KEN GREENHALL



ELIZABETH

Lumen

Elizabeth

Una novela sobrenatural

Ken Greenhall

Traducción del inglés y prólogo de
Laura Fernández

Lumen

narrativa

Prólogo

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO DE COENTIES SLIP, LA MANSIÓN EN LA QUE (ESPEJITO) (ESPEJITO) UNA DESPIADADA BRUJA ADOLESCENTE BUSCA ALGÚN TIPO DE FIN DEL MUNDO.

Érase una vez la primera novela de una tal Jessica Hamilton, o Ken Greenhall, y su condición de joya oculta de lo cotidiano sobrenatural.

Por
Laura Fernández

Eso que están viendo es un edificio junto al puerto. El puerto es el puerto de Nueva York. Oh, sí, tanto el edificio como el puerto, y ustedes, están *aquí* dentro. Aún no han tenido que calzarse sus propias botas para dirigirse, apuesta y galantemente —todo aquí dentro es ligeramente elegante, pero sobre todo es misterioso, porque no está exactamente *aquí*—, al número 46 de la calle Coenties Slip. Pero sin duda están tratando de decidir si deberían hacerlo. ¿Y saben qué papel me corresponde a mí? El de advertirles de que, si no lo hacen, tal vez se estén perdiendo un, bueno, *sobrenatural* paseo por El Otro Lado. No ocurre a menudo, déjenme decirles, que un libro se convierta en una especie de *puerta*, o,

digamos, ehm, *portal*, hacia otro lugar profundamente escondido, sumergido, *oculto,* a simple vista. ¿Se han decidido ya a calzarse ese par de botas? Oh, no, por supuesto. Es demasiado pronto. Déjenme que les cuente algo más. Algo, pero no demasiado, porque no soy yo quien está a punto de cruzar al otro lado del espejo por una vez.

Así que espejos, ¿eh? ¿Se han preguntado alguna vez por qué se reflejan en ellos? ¿Por qué lo hacemos? ¿No es extraño? ¿De qué forma algo *muerto* puede contener algo *vivo* y no resultar, en algún sentido, *mágico*? ¿Y por qué nos fiamos de lo que vemos? ¿Vemos lo que es, o lo que esperamos ver? Uhm. Retrocedamos un momento. Estábamos en el número 46 de Coenties Slip, e iba a decirles que tal vez les suene Coenties Slip. Es una calle del Distrito Financiero de Manhattan. Oh, sí, está muy cerca de Wall Street. Originalmente, sin embargo, fue una ensenada artificial del río Este para la carga y descarga de barcos. Hoy es una calle peatonal. El edificio que están viendo, el edificio que hay en el número 46, lleva ahí desde la época en la que todo eran muelles y cobertizos y sirenas de barcos *prestos* a atracar. Puede que Herman Melville lo recordase. Oh, cuando les he dicho que quizá la calle les sonaba, no he especificado que, si se encuentran entre aquellos que han leído *Moby Dick*, ya han pasado, literariamente, por *aquí*.

Basta, de hecho, haber ojeado la primera página de la novela para haber estado en ella, porque Ismael, el narrador protagonista, propone que paseemos por ella: «Pasead en torno a la ciudad en las primeras horas de una soñadora tarde de día sabático. Id desde Corlears Hook a Coenties Slip, y desde allí, hacia el norte, por Whitehall. ¿Qué veis?». Oh, podríamos haber visto muchas cosas. Entre ellas, el edificio de oficinas de los Cuttner y, junto a él, la

mansión Cuttner, cuyas estancias —oh, sus tenebrosos dormitorios— aún se iluminan con lámparas de gas, y tienen contraventanas, y gruesas cortinas y, adivinen, espejos. Viejos, oxidados y majestuosos espejos que no se limitan a mostrarte aquello que se supone se sitúa ante ellos, sino que atrapan almas. Y ¿qué ocurre con esas almas?

Les presento a Elizabeth Cuttner. Tiene catorce años y, como ella misma dice, solo un estado de ánimo. Y es uno cruel. Nada empático. Es uno casi instrumental. El mundo a su alrededor está lejos, es solo un ruido sordo y molesto. Como molestos son sus padres, y hasta su atractivo tío James, el pequeño Keith y todas esas serpientes que colecciona, la insulsa tía Katherine. Puede que la única que no resulte una especie de presencia etérea y absurda sea la abuela, Martha. Martha es un oráculo, un alguien sagrado, un inclasificable y misterioso pedazo del pasado que no deja de ir cada vez más lejos, ¿o no cuenta Elizabeth que de lo único que habla la abuela cuando se sienta a la mesa cada noche es de la historia familiar, de una familia que ya no existe porque está *muerta*? Elizabeth tiene un secreto. No, no tiene uno solo. Tiene más de uno. Uno tiene que ver con un espejo que hay en el desván, y otro, con lo que hace en el desván con su tío James, y el tercero, uhm, solo diré que, bueno, está relacionado con: una canoa, una tormenta, un lago, y cosas repugnantes.

Pero el espejo del desván. El desván es por supuesto el desván del 46 de Coenties Slip. Elizabeth está a punto de contarles lo que ve en él. Porque este libro es una confesión. Oh, sí. Cuando se calcen ese par de botas y salgan a la calle que hay aquí dentro, y contemplen el edificio en el puerto, la mansión de los Cuttner, lo harán bajo la mántrica voz de una adolescente que insistirá en recordarles que ha

dejado de ser una niña, y que ya es una mujer, y que por eso los hombres la miran como la miran, y por eso Frances la observa. ¿Frances? ¿Quién es Frances? Uhm. Frances es *eso* que vive en el espejo. Elizabeth cree que nosotros *también* podríamos verla. Que, quién sabe, quizá los espejos no sean solo espejos. Y algo *viva* en *ellos*. La señorita Barton, Anne Barton, la profesora particular de Elizabeth, no quiere ni oír hablar de *nadie* que viva en ningún espejo, aunque ¿no diría Elizabeth que la señorita Barton, *Anne*, se parece, en exceso, a alguien? ¿Y no es ese alguien ella? *¿Frances?* ¿Cómo...? No, eh, *¿por qué?*

Apuesto a que ya se han decidido respecto a lo que sea que van a hacer a continuación. Tal vez han decidido calzarse esas botas y acercarse a Coenties Slip. Mi consejo es que lo hagan. Que se muden por un tiempo a las habitaciones oscuras de la casa, sentarse a tomar el té con Elizabeth, subir al desván y, (EJEM), en fin, verla hacer lo que sea que haga con su tío allí arriba. Van a estar escuchando la voz de Elizabeth todo el tiempo, va a comunicarse *telepáticamente*, desde aquí, con ustedes. Tal vez les sorprenda la forma de las frases que ha construido Elizabeth para contarles lo que está a punto de contarles. Porque cada frase aquí dentro está cuidadosamente elegida para *abandonarles* en algún tipo de abismo. Elizabeth no tiene compasión con aquello que la rodea, y la manera en que se relaciona con el mundo —y lo cuenta— *tampoco*. Cada línea es un algo despiadado, y a la vez, aterradoramente familiar. Pero familiar en un sentido disfuncional y, sobre todo, *gótico*. Porque, sí, *Elizabeth*, esta novela que se llama como la adolescente, y bruja, que la narra y protagoniza, es una novela gótica.

¿Adolescente y *bruja*? Ajá. Al parecer, el año 1976 fue un buen año para regresar a lo sobrenatural. Después de todo, ese año no solo se publicó este encantadoramente maquiavélico *coming of age*, que pretendía, de alguna forma, *revivir* la posibilidad de un legado maldito que nada tenía que ver con la inocencia de Samantha Stephens, aquella ama de casa a la que le bastaba con mover ligeramente la nariz para *hechizar* tontamente a cualquiera. ¿Recuerdan *Embrujada*? Había domesticado el *caos* que la posibilidad de tener poderes suponía reduciéndola a la simpleza de limpiar rauda y mágicamente la casa, o servir una cena espectacular. *Embrujada* estuvo en antena entre 1964 y 1972. No sé en qué momento pidió Ken Greenhall la excedencia de ese lugar en el que trabajaba —era editor de obras de referencia, es decir, *enciclopedias*, primero formó parte del equipo de la *Encyclopedia Americana* y luego del de la *New Columbia Encyclopedia*— para escribir su primera novela, *esta* novela, *Elizabeth*, pero sin duda fue después de que *Embrujada* desapareciese. Y, ¿saben? Pese a su condición aún de joya oculta de lo cotidiano sobrenatural, de alguna forma, *devolvió* a la (BRUJA) el poder temible perdido.

O, al menos, trató de hacerlo.

No es casualidad, pienso, que el año 1976, el año en el que Ken Greenhall publicó *Elizabeth*, fuese el año en el que Anne Rice publicó *Entrevista con el vampiro*, una novela que reinventó y actualizó —hasta un punto que aún no ha sido superado— la figura del (VAMPIRO), a la manera en que *Elizabeth* hizo lo propio con la de la (BRUJA), proporcionándole una nueva *salida*, algún tipo de *reinicio*, o distinción —piensen en el asunto del (ESPEJO)—, que, a la vez, devolvía el misterio, y la ferocidad, la *inhumanidad* a la adolescencia,

entregándose por completo a lo maldito de un género —el terror, y no un terror cualquiera, el terror de Vernon Lee, y Edgar Allan Poe, un gótico retorcido, y viejo, y sin embargo, *nuevo*— que Stephen King y su *Carrie* —tal vez el referente más claro de *Elizabeth*, sobre todo, en cuanto a la asunción de la voz de una mujer joven por parte de un hombre, en este caso, nada joven, pues Greenhall tenía 49 años cuando se *estrenó* como escritor— habían esquivado para fundar aquello que únicamente aún está al alcance de él mismo, un terror en algún sentido posmoderno en el que el personaje ha dejado de ser una herramienta, y es la propia trama.

Podría decirse que, en eso, Greenhall, que firmó la novela con el nombre de soltera de su madre, Jessica Hamilton —volveré sobre ello en unas líneas, no se preocupen—, sigue los pasos de King. Puesto que Elizabeth Cuttner, como Mary Katherine Blackwood, más conocida como Merricat, la narradora de *Siempre hemos vivido en el castillo*, el clásico entre los clásicos de Shirley Jackson, da voz a una jovencita aparentemente vulnerable que no lo es en absoluto. La voz de la novela de Jackson, la encantadora y a la vez temible Merricat, es la que engendró, de alguna forma, a todas las demás, puesto que todas las demás —la de Carrie White, la de Elizabeth Cuttner, todo eso que vino después, todo eso que continúa— solo intentaron, y siguen haciéndolo, acercarse a ella. Se diría que Jackson inauguró una (FORMA), la de la confesión, o el flujo de conciencia a la vista —sé que no es así en el caso de King, pero lo es sin duda en el que nos ocupa—, de una chica sobrenaturalmente poderosa. Alguien que, como diría Terry Pratchett, o, mejor, como le dijo Rhianna Pratchett de niña a su famoso padre,[1] «devolvía el golpe». Y lo hacía de una manera en que no lo había hecho nunca.

Pero les he prometido que volvería sobre el asunto de Jessica Hamilton. Lo cierto es que Greenhall no solo firmó esa primera novela con el nombre de su madre. También firmó las dos siguientes. O, al menos, eso fue lo que ponía en su contrato con la editorial del momento. La razón sigue siendo, a día de hoy, un misterio, porque Greenhall también lo es. De él se sabe que nació en Detroit en 1928, y que trabajó como editor de esas enciclopedias. También que su familia procedía de Inglaterra, y que era listo, porque se graduó en el instituto a los 15 años. Luego trabajó en una tienda de discos, y fue reclutado por el ejército —acabó destinado en Alemania—, y vivía en Nueva York cuando pidió una excedencia de su trabajo para escribir *Elizabeth*. En los 20 años que siguieron, solo publicó otras cinco novelas. No concedió entrevistas. Apenas hay imágenes de él en ninguna parte. Solo he encontrado una fotografía en blanco y negro en la que aparece sonriendo, con un pedazo de biblioteca detrás, y la cara tan decididamente borrosa como la de Frances en el espejo oxidado del desván. Podría tener 50 años. También podría tener 36. Creo que si publicó con el nombre de su madre era porque temía que nadie leyese *Elizabeth* como debía hacerse, es decir, como había sido escrito, tratando de acercarse lo más posible a lo que podía sentir una adolescente *psicópata*, si el autor era un hombre. ¿De veras era un hombre el autor de aquel curioso y maquiavélico *coming of age* en el que la inocencia no existe, en el que toda ingenuidad y pureza ha sido hábil y macabramente extirpada para colocar en su lugar, qué? ¿El Mal? ¿El *deseo*? Uhm, ¿de veras?

Déjenme decirles una última cosa. No creo en las casualidades. Y algo ocurrió el año 1976. Pero ocurrió algo desigual. Algo que ha

permitido a Greenhall pasar desapercibido hasta ahora. Quién sabe por qué. Y que ha permitido que eso que reinventó —la *bruja*, y su relación con aquello de lo que es capaz, sus *poderes*— permanezca oculto. Porque, piénsenlo. Ya les he dicho que el año 1976 fue el año en el que Anne Rice publicó *Entrevista con el vampiro*. Anne Rice había perdido a una hija —una hija pequeña, una hija que ni siquiera había llegado a la adolescencia, una hija de seis años— por culpa de una enfermedad en la sangre, y escribió una novela en la que esa misma enfermedad la haría vivir para siempre, como un Peter Pan del Lado Oscuro. Oh, ¿no ha estado Peter Pan todo el tiempo en ese mismo Lado Oscuro? ¿Qué dirían que es el País de Nunca Jamás? ¿Dónde es que Nunca Jamás vuelve a ocurrirte Nada? ¡Ajá! Disculpen. Continúo. La novela iba a reinventar un género, el de los tipos de los colmillos, los chupasangres, reinventándolos a ellos. Oh, sí, iban a sentir culpa. Iban a volverse, *nietzscheanamente*, demasiado humanos. Y se iban a engendrar de otra forma. Una forma consciente, una forma maldita, que iba a dotar al vampiro de una profundidad tal que toda su historia podría volver a escribirse, como lleva desde entonces haciéndose.

¿Por qué no ocurrió lo mismo con *Elizabeth*?

Uhm, es un misterio.

¿Han decidido ya calzarse esas botas?

Porque si lo han hecho, van a compartir conmigo ese misterio a partir de ahora. Y, quién sabe, quizá a asistir a algún tipo de brillante (RESURRECCIÓN).

1

Cuando la abuela desapareció, el cristal del enorme y majestuoso espejo de su dormitorio apareció desperdigado por el suelo en pequeños fragmentos destellantes, como los restos de un vetusto mosaico destruido.

¿Piensas alguna vez en los espejos? Puede que sí. En tu cuarto de baño, quizá, una noche tranquila de domingo, mientras hacías una de esas cosas de las que nunca hablas con nadie. Puede que estuvieras cortándote los pelos que te crecen en la parte más oscura y húmeda de la nariz. Lo único que oías era el sonido de las diminutas tijeras.

Espero que no te moleste que sea tan directa. Recuerda que ya no soy una niña; soy una mujer. Lo dice mi espejo, y lo dicen las miradas de los hombres. De pequeña, vi a James, el hermano de mi padre, mirar a nuestro perro y luego mirarme a mí sin cambiar de expresión. Inmediatamente le enseñé a mirarme a mí de un modo que no tenía nada que ver con la forma en que miraba cualquier otra cosa.

Pero estaba hablando de espejos. ¿Has pensado en cuánto dependes de ellos? ¿Confiarías en tu belleza, o en tu atractivo poco convencional, si tu espejo no te tranquilizara al respecto un puñado de veces al día? A lo mejor te está engañando; puede que tu piel no

esté impecable; o puede que la curva sensual e ininterrumpida de tu labio inferior no sea perfecta porque has sido descuidada al pintarla. Lo cierto es que no hay forma de saber si el espejo te muestra lo que ven los demás, o la verdad.

Si has pensado seriamente en los espejos, sabrás que son misteriosos. Si esta noche entraras en tu dormitorio, quizá iluminándote con la llama de una vela, y te sentaras tranquilamente frente al espejo, podrías ver lo que yo he visto. Tendrías que sentarte en silencio, tener paciencia, y no mirarte, y tampoco mirar al espejo. Puede que advirtieras que la imagen que refleja no es la tuya, sino la de alguien excepcional que vivió en otra época.

* * *

Me llamo Elizabeth Cuttner, y tengo catorce años. Sé que mi historia te interesaría más si yo fuese alguien de mediana edad, pero te pido que recuerdes cómo eras a los catorce años. ¿Es posible que fueras más astuta que ahora? Casi seguro que algo te apasionaba por aquel entonces. ¿Y ahora te apasiona algo?

Confieso que hay muchas cosas de las que sé muy poco. Pero hay otras de las que sí sé. Sé, por ejemplo, que hace poco te sentaste a ver la televisión con alguien a quien supuestamente amas y que no pensaste en él ni en lo que veías. Tal vez pensaste con nostalgia o arrepentimiento en algo que te sucedió a los catorce años.

Creo que sé cómo te sientes ante el mundo. Puede que hace dos años no lo supiera, porque era una niña. Pero, como te he dicho, ahora soy una mujer, y no hay sentimiento que hayas experimentado que yo no haya experimentado también. Hasta es posible que haya

tenido experiencias importantes que a ti te han sido negadas. Creo que llegarás a convencerte de ello.

Me vine a vivir con mi abuela hace un año, después de matar a mis padres. No quiero parecer insensible. Déjame que te lo explique.

2

Mamá y papá me llevaron de vacaciones a la cabaña familiar de Lake George, en Nueva York. La cabaña siempre me había parecido fascinante y misteriosa. Me interesaban especialmente las inquietantes marcas dejadas por los antiguos inquilinos: unas manchas asombrosas; el pequeño agujero en la pared del baño tapado con un pañuelo deshecho y amarillento; quemaduras de cigarrillo en el borde de la mesa de pino barnizada.

Por la noche, oía el agua golpear las rocas del lago y, medio dormida, a veces lo confundía con el sonido de alguien ahogándose.

Aquella mañana decidí sorprender a mis padres sirviéndoles el desayuno en su cama nada mullida y más bien mohosa. Me desperté al amanecer y puse los pies en el suelo frío, advirtiendo la aspereza allí donde había empezado a desgastarse el barniz. Caminé lentamente por la habitación y, bajo la luz cenicienta, observé un movimiento inesperado que me sobresaltó por un instante, antes de caer en la cuenta de que era mi reflejo en el viejo espejo oxidado que colgaba sobre la cómoda.

Fue entonces cuando oí por primera vez aquella voz que con el tiempo se volvería tan familiar e importante para mí. Era tan distante y suave que pensé que se trataba de una ilusión causada por la

estridente oleada de cantos de pájaro que había comenzado con el amanecer.

Me detuve frente al espejo. Tenía los ojos entreabiertos, toqué los bordes exteriores y noté los pequeños depósitos costrosos que se habían formado allí durante la noche. Me agaché, sujeté el dobladillo de mi camisón arrugado y me lo quité por la cabeza. Volví a mirarme al espejo, me aparté, temblando, y tuve la sensación de que un extraño me había estado observando. Disfruté de esa sensación.

—Desayuno. He traído el desayuno.

Mis padres no estaban dormidos y su cara de sorpresa estaba teñida tanto de gratitud como de fastidio. Papá se frotó su pálida mejilla, y me pareció que bufaba como un gato. Aún no había tenido tiempo de adoptar la expresión de confianza y resolución de la que solía presumir. Y lo vi tal como mi madre y yo sabíamos que era. Tenía una hilera de arañazos rosados en el pecho.

Mi madre se había sonrojado. Levantó la sábana para cubrirse los pechos. Ella y mi padre querían hacerme creer que no había nada vergonzoso en el cuerpo humano, pero los tres sabíamos que no era así.

Debería de haber un rayo de sol brillando sobre las yemas líquidas de los huevos que había frito, pero ese día no había sol. Coloqué la bandeja sobre sus muslos, en la cama. Me senté al lado de papá. Él me rodeó con el brazo y apretó su áspera mejilla contra la mía. Me dio un beso y yo acerqué mis dedos a los arañazos del pecho. Su aliento estaba agrio por el whisky de la noche anterior. Papá tenía lo

que mamá llamaba un problema con la bebida, y que él consideraba un gusto por la vida.

Mamá hundió la punta de su tostada en la yema de uno de los huevos, liberando el cálido y radiante líquido. Todos sonreímos, pero nadie dijo nada. Me di cuenta de que los pájaros se habían callado y que se había levantado viento.

Esa mañana caminé por el bosque. Siempre me ha gustado la soledad, y me excita especialmente estar rodeada de seres no humanos. Tal vez creas que las cosas que viven en el bosque son agradables. No sé cómo puedes pensar algo así. Lo más probable es que no te hayas fijado bien, y solo veas florecitas y ardillas. ¿Qué me dices de los topos y los hongos? Aquella mañana vi de los unos y de los otros. El topo estaba muerto, y su delicado pelaje estaba plagado de hormigas. Los hongos eran de un naranja deslumbrante, y brillaban casi fosforescentes en la penumbra que atravesaba el espeso follaje estival de los árboles.

En nuestros bosques también hay carteles que advierten de la presencia de serpientes de cascabel y que dan instrucciones sobre cómo tratar las mordeduras. Me detuve a leer uno de los carteles, consciente de la vida oculta que me rodeaba y preguntándome qué me encontraría si trataba de levantar la roca sobre la que me había sentado.

No estaba lejos de la cabaña, y por los ruidos que oía, supe que mamá estaba fregando los platos del desayuno y que papá se estaba duchando. Platos baratos y desparejados golpeando el fregadero, y

el chorro irregular de la ducha retumbando contra las delgadas paredes metálicas.

Los dos estaban cantando. Dudo de que se supieran una canción entera, pero sí se sabían pedazos de muchas, y construían confusos *collages* con esos pedazos. Casi todas eran canciones de amor. Por lo que sé, mis padres no se querían, pero como mucha gente, sentían que debían hacerlo. Yo nunca he sentido la necesidad de amar a nadie.

Estaba a punto de volver a la cabaña cuando algo se movió en el suelo delante de mí. Me detuve y contemplé la tierra húmeda, cubierta de plantas podridas, extasiada por su olor a cosa muerta. Percibí otro destello de movimiento y, al instante, vi junto a mis pies a la criatura más fascinante que había observado nunca. Decidí que debía de ser un sapo. Era del color de la carne en descomposición y estaba repleto de verrugas de un verde negruzco. Lo cogí. Sentí como si estuviera sosteniendo la mano de un enano muerto. El sapo no se resistió, sino que se acomodó en mi mano y me miró fijamente, con aquellos ojos que parecían un par de diminutas uvas peladas. Nos observamos durante unos minutos, y sentí su corazón latir en mi mano. Mi propio corazón latía apresuradamente, a causa de una excitación que al principio parecía miedo. Pero al observar a la criatura que descansaba tranquilamente en mi mano, me di cuenta de que no tenía miedo. Apreté el sapo suavemente contra mi pecho. Parecía como si nuestros corazones latieran a la misma velocidad.

No podía soltar al sapo, pese a que era muy feo. No hizo ningún esfuerzo por escaparse, así que decidí llevármelo a la cabaña.

Papá estaba en el porche, contemplando el lago, y lo que se cernía sobre él, Tongue Mountain. Llevaba puesto el bañador, y sostenía un vaso de whisky. La niebla que tapaba la montaña se estaba disipando. El viento era frío, y el cielo gris se estaba llenando de nubes negras. Papá se estremeció. Su piel amarillenta y sin vida me hizo pensar en las hileras de carne de pollo expuestas en el mercado. Tenía las piernas delgadas, pero una barriga enorme se apostaba en la parte superior del bañador. ¿Era consciente de lo poco atractivo que resultaba?

Sonrió al verme.

—¿Te apetece dar un paseo en canoa? —me preguntó.

—Vale. Pero antes voy a dejar esto dentro.

Abrí la mano y le mostré el sapo. Papá se acercó y lo contempló. Se asustó, yo sabía que lo haría. Bebió un poco de whisky y me preguntó:

—¿No tienes miedo de que te salgan verrugas?

—No. He decidido que va a ser mi mascota.

Papá me miró, serio. Traté de imaginarme lo que estaba pensando. Era algo que tenía que hacer a menudo, porque se le daba bien ocultar lo que fuese que estuviera pensando. Mi padre era corredor de Bolsa, y una vez me dijo que el secreto de vender acciones consistía en evitarles a los clientes verdades desagradables. Debía tener razón, porque ganaba mucho dinero. Pero supongo que es más fácil evitar una verdad desagradable cuando se trata de un negocio, porque en otros ámbitos de la vida no lo es tanto. Sin ir más lejos, yo lo había visto tropezarse, y vomitar. Y también meterle mano a Miranda, mi amiga del colegio.

La puerta mosquitera se cerró de golpe, y ahí estaba mamá.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

Papá pareció aliviado.

—Nuestra hija ha cazado una bestia.

Mamá llevaba sandalias, y mientras caminaba por el porche en nuestra dirección recordé que sus pies eran la cosa menos atractiva que tenía. Me gustaba imaginar que los dedos torcidos y las desagradables protuberancias en forma de alguna clase de cuerno eran consecuencia de las torturas que había sufrido de joven.

A mamá le fascinó el sapo.

—Qué mono —dijo—. ¿Qué piensas hacer con él?

—Va a esperar hasta quedarse sola —dijo papá—. Y luego lo besará, a ver si se convierte en un príncipe.

Era algo en lo que no había pensado, pero cuando papá lo sugirió, supe que besaría al sapo. Aunque no estaría pensando en príncipes.

—Qué emocionante —dijo mamá. Acercó la cara al sapo—. Supongo que no querrás compartir a tu príncipe conmigo —dijo.

Papá se molestó.

—¿Por qué será que a las mujeres bonitas les atraen las cosas feas?

Mamá sonrió.

—¿No es una suerte para ti que sea así?

Estaba jugando a su juego favorito. La idea era decir algo cruel fingiendo que era broma. Si papá se ofendía, dejaba claro que era incapaz de soportar una broma y perdía. Sabía que la única manera de no perder era sonreír y devolver el golpe con un insulto.

—Oh, no me refería a ti, querida —dijo—. He dicho mujeres bonitas.

Papá nunca ganaba en aquel juego porque, a diferencia de mamá, rara vez sentía lo que había dicho. Le tocaba a mamá. Dijo:

—Tus opiniones sobre la belleza carecen de autoridad, cariño, igual que el resto de tus opiniones, a excepción de aquellas que tienen que ver con los negocios o el alcohol.

Papá se rio, lo cual significaba que había sido derrotado. Odié a mamá por empezar el juego, y odié a papá por perderlo.

—¿Damos ya ese paseo en canoa? —pregunté.

Papá agradeció que cambiase de tema. Observó el lago, el delicado oleaje.

—Me parece que el lago está un poco agitado, Elizabeth. Quizá por la tarde mejore.

—No te parecía que estuviera agitado hace cinco minutos.

—Ahora lo está mucho más.

No estaba nada agitado. Solo era que mamá lo había deprimido. Quería quedarse allí y beber.

—Creo que voy a ponerme algo encima —dijo. Se bebió lo que le quedaba en el vaso y se metió en la cabaña.

Mamá lo observó complacida. Me dijo:

—¿Por qué no vas a buscarle una casa a tu sapo? Hay cajas vacías en el armario. Yo bajaré al muelle.

Supuse que iba a dar un paseo en canoa.

La cabaña estaba a oscuras. Papá estaba en el baño. Me metí en mi habitación, cerré la puerta y puse al sapo sobre la cómoda. No se había movido desde que lo cogí. Fuera, el viento soplaba con fuerza,

y el roce con los árboles convertía el sonido en una suerte de respiración agitada. Miré al sapo fijamente. Le pregunté:

—¿Tienes nombre? ¿Tendrás uno si te beso?

No se movió. Lo alcé y acerqué su piel fría y repleta de verrugas a mi mejilla. Mis manos rodearon su cuerpo y presioné su cabeza contra mi boca, suavemente.

El viento sopló con más fuerza, como un jadeo cercano e interminable, y al separar ligeramente los labios y presionarlos contra su tripa, oí susurrar un nombre. ¿Core? ¿Gore? Sí, era Gore.

Mi corazón latía con fuerza, y una vez más sentí la necesidad de estrechar el sapo contra mi pecho. Pero esta vez me desabroché la blusa. Coloqué con cuidado al animal entre mis pechos y sentí sus patitas frías rozando mi piel. Levanté la vista hacia el espejo, y allí, bajo la tenue luz tormentosa, vi una cara que no era la mía. Cerré los ojos y oí susurrar mi nombre:

—Elizabeth. Mírame, Elizabeth.

Abrí los ojos. El espejo me devolvía una imagen borrosa, pero estaba claro que no era la mía. Miré a aquella figura fijamente durante un momento y, poco a poco, una sensación de terror se fue apoderando de mí. La cara me sonreía indecisa. No era una mujer joven, sino alguien que parecía tener la edad de mi madre: una mujer de pelo oscuro, peinado hacia atrás, y con raya en el medio. La cara estaba envuelta en la oscuridad, no podía ver su cuerpo. Podría llevar una túnica negra.

Volví a escuchar su voz, aunque su boca no se había movido.

—No me tengas miedo, Elizabeth. He venido a ayudarte. Me crees, ¿verdad?

—Sí.

—Puedes llamarme Frances.

—Sí, Frances.

No sé en qué estaba pensando cuando le contesté. Pero, pese a lo que dije, tenía miedo. Me estremecí y recordé el sapo. Volví a dejarlo en la cómoda, y me abotoné la blusa. Cuando lo hice, la imagen del espejo se desvaneció y empecé a reconocer mis propios rasgos, pálidos y totalmente en shock.

La voz también se había desvanecido, pero aún la oía.

—Elizabeth —susurró—. No me dejes.

Me alejé del espejo y la voz desapareció.

No te crees nada de lo que acabo de contarte, ¿verdad? Pero en cambio crees que el hombre ha pisado la Luna; que dejaron bolsas de orina allí para que se congelaran en las sombras. No me importa que creas que me he imaginado cosas. No me importa, porque sé que hay una parte de ti que me creería si se lo permitieras.

3

—¿Hay alguien en casa?

Era la voz de James, el hermano de mi padre. James tenía las piernas fuertes y bronceadas. Su cintura era musculosa, y nunca había visto incertidumbre en su mirada. Era mi amante.

Entré en la sala de estar. Papá no estaba. James estaba solo en el porche. Temía que su mujer y su hijo estuvieran con él. Estábamos separados por la puerta mosquitera, y aunque yo podía verlo con claridad, sabía que él no podía ver a través porque la cabaña estaba a oscuras. Me acerqué a la puerta y susurré:

—James.

El viento seguía soplando con fuerza, y no me oyó. Volvió a preguntar:

—¿Hay alguien ahí?

Hay pocas cosas más placenteras que observar a alguien en secreto. Lo he hecho a menudo, y creo que la mayoría de las personas solo existen cuando saben que alguien las observa. Es como el árbol que cae sin ser escuchado en el bosque: el sonido no escuchado no existe. La persona no observada generalmente tampoco existe. Sin embargo, eso no era cierto en el caso de James. Su presencia aumentaba con el aislamiento.

—James —susurré otra vez. Sus ojos se fijaron en la puerta y sonrió.

Apoyé la mano en la mosquitera. Sabía cómo la vería: extendida, pálida, y desmembrada.

—¿Estás sola? —preguntó.

—Creo que papá y mamá están en el muelle.

Un gancho colgaba a un lado de la puerta, sobre un pequeño arco astillado que se había formado en la madera. Levanté el gancho y lo coloqué en la argolla.

James tiró del pomo.

—Está cerrada —dijo—. Ábrela. Quiero tocarte.

Me aparté de la puerta y esperé a ver qué hacía James. Supongo que pensarás que estaba siendo infantil, pero había otra razón. A James le gustaban las situaciones desesperadas. Las circunstancias de su vida eran deliberadamente extrañas y caóticas, y a menudo lo obligaban a comportarse desesperadamente. Eso lo complacía, y a mí me gustaba contribuir a su placer.

James levantó la pierna y de una patada abrió un agujero en el centro de la mosquitera. Metió la mano por el orificio dentado y abrió la puerta. Cuando entró en la cabaña le di la espalda. Se me acercó por detrás, pasó el brazo izquierdo por encima de mis pechos y me mordió el cuello. Su mano derecha se coló bajo mi falda. Me encantó.

Encontramos a mis padres en el muelle. Papá arrastraba una canoa del cobertizo de los botes, visiblemente enfadado.

James gritó:

—¡Hola!

Papá me había prohibido usar esa palabra. Decía que solo era apropiada para mujeres en anuncios de televisión. Papá quería que estuviera por encima de todo eso.

—Jim —dijo papá—. ¿Qué haces aquí? —Parecía más molesto que nunca.

Mamá, repantigada en una silla de playa, echó los hombros hacia atrás, se cruzó de piernas luciendo un pálido muslo surcado de venas azules y sonrió.

James se fijó educadamente en aquel muslo, y luego la miró a los ojos, fingiendo que aquello le había gustado.

—He tenido que llevar a Katherine y al crío a casa de su madre —dijo James—. La vieja no me soporta, ya sabes. Así que he pensado que podía pasarme por aquí a saludar. He traído algunas cosas. Podríamos hacer un pícnic.

Papá nos dio la espalda y tiró de la canoa. El ruido del aluminio arrastrándose sobre los clavos del muelle se mezcló con el sonido del viento.

Mamá miró a papá, frunció el ceño, se puso en pie y caminó hasta donde se encontraba James.

—Qué idea tan encantadora, James. Podemos ir en canoa a una de las islas.

—El agua está demasiado agitada para ir tan lejos —dijo papá.

Mamá cogió a James del brazo.

—Jim y yo prepararemos la comida —dijo—. Ayuda a tu padre con la canoa, Elizabeth —me ordenó, y James y ella se dirigieron a la cabaña.

Me senté y contemplé a papá forcejeando con la canoa. Escuché la risa agresiva de mamá en la distancia. Yo sabía que a James no le gustaba su risa, y tampoco las arrugas que se le formaban en la cara cuando reía.

—No te necesito —dijo papá—. ¿Por qué no le echas una mano a tu madre?

Probablemente no quería que estuviese sola con James. Papá no era consciente de que nadie a excepción de él se sentía atraído por mamá.

O quizá solo quería estar solo. Papá nunca estaba cómodo conmigo, en especial desde que me había convertido en una mujer. Creo que fue su incomodidad la que me hizo ser consciente del poder que conlleva la feminidad. ¿Qué pensó cuando caminé a su lado, y le cogí el brazo para rozarlo contra mi pecho? Creo que sintió una mezcla del deseo que provocaba en James y del miedo que infundía a los chicos del colegio.

Puede que mamá estuviese sujetando de aquella forma el brazo de James. Puede que su risa fuera agresiva porque se había dado cuenta de que el poder de su feminidad tenía los días contados. Era el único poder que había conocido.

Yo no cometería los errores que mamá había cometido. Pensé en el espejo y en la pálida imagen de Frances. Había dicho que me ayudaría. Y yo iba a tener más de un poder a mi alcance.

Papá acababa de empujar la canoa al agua.

—¿Adónde iremos a hacer el pícnic? —pregunté.

—No creo que debas venir, Liz. —Papá solo me llamaba Liz cuando estaba enfadado conmigo.

—¿Por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado. Es peligroso que vengas, no sabes nadar.

—Mamá y tú tampoco sabéis.

—Pero estamos más acostumbrados a salir en canoa que tú.

—Estás enfadado porque el tío James está aquí.

Papá temblaba. Estaba de pie, la montaña de árboles oscuros quedaba a su espalda. En la arena, al borde del agua, pude ver las huellas de un pequeño animal de garras afiladas. El día anterior, papá había almorzado en un restaurante de Manhattan, cálido y familiar. La chica del guardarropa le sonrió y lo llamó por su nombre.

—No vas a venir, Liz. Puedes quedarte en la cabaña y leer.

Papá estaba siendo sarcástico. Una vez entró en mi cuarto y me encontró acariciando la encuadernación de tela de un libro. La tela era blanca, y el título del libro estaba estampado en oro. Me quitó el libro y colocó mi mano derecha encima de una de las suyas. Me hizo pasar las yemas de los dedos por el dorso de la otra.

—Lees demasiado —dijo. Esa noche mi madre había ido a jugar al bridge y él se sentía desgraciado.

A papá le gustaba sentirse desgraciado. Estaba de pie en el muelle, con las zapatillas empapadas por el agua que se había derramado de la canoa. Si me hubiera abrazado y me hubiera dicho que quería que lo acompañara a una isla, le habría frotado los pies pálidos con las manos, alisando la piel arrugada e ignorando los restos de suciedad bajo las uñas. Pero como estaba absorto en su desgracia, decidí aumentarla. Me aparté de él.

Mientras caminaba de vuelta a la cabaña recordé que había dejado el sapo en la cómoda de mi habitación. Gore. ¿Estaría aún allí? Abrí la mosquitera rota. ¿Qué le habría contado James a mi madre sobre aquello?

Estaban en la cocina, hablando de comida, pero pensando, estaba segura de ello, en algo menos inocente. Me daban la espalda, y mi madre preparaba emparedados de sardina. Con las manos brillando de aceite, alineaba cuidadosamente los pequeños cuerpos decapitados sobre oscuras rebanadas de pan. Se llevó un dedo a la boca y lo lamió lentamente. Estaba demasiado cerca de James. Era una mujer desesperada y repugnante, y yo quería que su desesperación aumentara.

Gore no se había movido. Lo cogí y me senté en el borde de la cama. Tenía el espejo delante pero no me miré. Al poco, algo empezó a respirar agitadamente, y susurró:

—Elizabeth, mírame.

Levanté la vista y vi a Frances con claridad por primera vez. Era más joven de lo que me había parecido en un principio: puede que tuviese unos treinta años. Su cabello y sus ojos eran oscuros y su piel pálida. Tenía un rostro firme, pero descuidado. Llevaba un vestido de lino barato.

—¿Me ves con claridad, querida?

—Sí.

—¿Sabes por qué me estás viendo?

No pude responder. La aparición había adquirido una expresión encantadora, y empecé a darme cuenta de lo atractiva que era Frances. Quería tocarla.

—Me ves porque somos parecidas —dijo—. He venido a enseñarte cosas de ti misma. He venido a ofrecerte poderes. ¿Los aceptarás?

—Sí, Frances. Creo que sí.

—Los que te rodean malinterpretarán tus poderes, como malinterpretaron los míos. Mi cuerpo fue examinado y maltratado.

Que el tuyo también lo sea. Debes aceptarlo.

Frances había suavizado la voz. Hablaba con lo que parecía un acento británico, pero era diferente a cualquiera que hubiera escuchado antes.

—Acepta la marca —dijo.

Sentí que algo me tocaba. Bajé la vista. Tenía la falda corta que llevaba puesta levantada hasta los muslos y había una araña descansando sobre mi rodilla derecha. Subía lentamente por mi muslo, negra contra la piel blanca. Me la habría sacudido de encima, pero estaba sujetando a Gore y no podía abrir las manos. Recordé cómo, antes, la mano de James había subido por mi pierna.

—Has elegido —dijo Frances.

La araña se detuvo y sentí una breve punzada de dolor justo donde se había posado. Moví mis manos hacia ella, y de pronto la lengua del sapo apareció y la araña desapareció. En su lugar me quedó una pequeña marca rojiza. Parecía una letra de un idioma extraño.

—¿Elizabeth? —Era mi madre, llamándome desde la otra habitación.

Me miré al espejo. Frances sonreía dulcemente, pero su imagen se estaba desvaneciendo.

—Gore hará lo que quieras —dijo. Y desapareció.

Vi mi propia cara sonrojándose. Yo también sonreía.

—¿Elizabeth, estás ahí? —La puerta se abrió. Era mi madre. Tenía el ceño fruncido—. ¿Qué estabas haciendo? —preguntó—. Estás rara.

—Le estaba dando de comer al sapo. He encontrado una araña.

Frunció aún más el ceño. James estaba detrás de ella. Me estaba mirando el muslo.

—Quédate jugando con tu amiguito, entonces —dijo mamá—. Nosotros nos vamos de pícnic.

—¿No puedo ir con vosotros? —pregunté.

—No. No es seguro.

—¿Por qué no la llevamos, Sheila? —dijo James—. Soy un buen nadador. Yo cuidaré de ella.

A James le habría gustado estar en el agua conmigo, con la ropa pegada al cuerpo, aferrándonos el uno al otro, flotando en la oscuridad. Pero no dijo nada más. Y mi madre no cedió.

—Dejaré que cuides de mí a cambio —dijo. No debería haberlo dicho.

—Iré al muelle con vosotros de todos modos —dije. Me metí a Gore dentro de la blusa y caminé detrás de ellos. El sendero entre los árboles estaba atravesado por raíces que surgían como grandes venas pálidas allí donde la tierra se había desgastado. James y mamá llevaban la cesta de pícnic entre los dos, como si fuese un pequeño ataúd. El cuerpo frío de Gore me apretaba el estómago. El bosque estaba más oscuro que nunca.

La oscuridad apenas era más ligera cuando llegamos al muelle. Papá se había sentado en la canoa, y tenía una botella en la mano. Nos sonrió, obviamente no le gustaba nada lo que veía. Pero decidió ser amable.

—Todos a bordo para el diluvio. Menos los menores —dijo.

—¿No llevas salvavidas? —pregunté. No lo haría ahora que lo había sugerido.

—No. Solo paraguas.

—Estaremos bien cuando lleguemos a las islas —dijo mamá—. Allí hay un refugio.

Papá se acercó para ayudar a cargar la canoa. Yo fui al borde del muelle y busqué el sapo bajo mi blusa. Lo dejé caer en la parte delantera de la canoa, susurrando:

—James no debe sufrir ningún daño.

Papá y James subieron a la canoa. Ambos ayudaron a mamá a subir. Cada uno le tendió una mano, y me fijé en cómo temblaba la piel flácida de sus brazos. Ella reía, absorta en su propio placer. Papá y James estaban sentados en los extremos de la canoa. Mamá iba sentada en el medio, y se giraba sin disimulo para mirar a James.

Mientras la canoa se alejaba, solo James me despidió con la mano. Fue entonces cuando comprendí lo que sucedería. Mamá volvió a reírse, sumida aún en el placer. Su último placer.

Mientras observaba cómo la canoa se alejaba, inestablemente, por el agua gris, me di cuenta de que alguien me observaba desde los árboles cercanos. Me volví hacia el bosque y reconocí al señor Hurlbut. A la gente no le gustaba el señor Hurlbut. Sabía cuándo iba a romperse el hielo en primavera, y su mujer gritaba por las noches. Aunque probablemente tenía la edad de mi abuela, no lo veía como un viejo, sino como un joven con aspecto de viejo. Era la única persona que conocía que no se bañaba muy a menudo. Lo admiraba.

—Hola, señorita Elizabeth.

Lo saludé con la mano.

—Tus padres se equivocan al salir con este tiempo —dijo tranquilamente.

—Lo sé. Les gusta cometer errores.

—¿No iba tu tío James con ellos?

—Sí.

—Lo considero un hombre prudente.

—Yo no lo veo así. Pero es un buen nadador.

El señor Hurlbut asintió, reduciendo la distancia entre las sucias arrugas que se le formaban en el cuello.

—Te arreglaré esa puerta mosquitera —dijo.

Una de las razones por las que el señor Hurlbut resultaba desagradable era que su expresión rara vez cambiaba.

Me di la vuelta y empecé a alejarme en dirección a la cabaña.

Me senté en el porche y esperé que alguien caminara solemnemente por el sendero para anunciarme que mi vida había cambiado. A mi espalda, en la cabaña, el espejo reflejaba una pared sin vida revestida de pino. El viento, aunque amortiguado por el lago, seguía siendo agresivo, y me levantó la falda en un momento dado. Contemplé la extraña marca roja de mi muslo, y empecé a temblar.

No fue hasta mucho después cuando levanté la vista. Tenía delante a James y al señor Hurlbut. Mis manos se aferraban desesperadamente a los brazos de la silla. El señor Hurlbut me miraba con una expresión que lo mismo podía querer decir que me compadecía como que me acusaba de algo. James tenía la ropa empapada, pegada firmemente al cuerpo. Una gota de agua resbaló

por su cabello enmarañado, se deslizó por su frente y su mejilla, y pasó por la comisura de su boca sonriente.

4

Así fue como acabé viviendo en casa de mi abuela. La casa fue construida en 1836, y contiene veintitrés espejos. El que más me gustaba estaba en el desván y había sido fabricado hacía un montón de años en Inglaterra.

James también vivía en casa de la abuela. A menudo nos citábamos en el desván, y nos tumbábamos frente al espejo sobre una alfombra polvorienta a medio enrollar. No le había hablado a James de Frances. Él no sabía que ella nos observaba y que, mientras lo hacía, susurraba una y otra vez una lista de palabras desagradables. Ella y James me hablaban a menudo del placer que les causaba. Yo sentía algo más que placer.

A veces pensaba en la mujer y el hijo de James en la habitación de abajo. Se avergonzaban fácilmente, y trataban de quererme como se debe querer a una hija y una hermana nueva.

La abuela solo aparecía a la hora de la cena, y solo hablaba de cosas que sucedieron antes de que ella naciera. Hace muchos años, hizo algo que provocó que su marido la abandonara encolerizado. No había vuelto a verla ni a hablar con ella desde entonces, pero ella seguía llevando su apellido y disfrutando de su fortuna igualmente.

Su nombre era Jonathan Cuttner. Sus oficinas estaban en el edificio contiguo al nuestro, pero nunca nos visitaba.

Los Cuttner habían sido proveedores de barcos desde que la familia llegó a América en el siglo XVIII. Abastecieron y mantuvieron a generaciones de marinos mercantes. James sabía cómo vivían esos hombres. Había permanecido despierto por la noche, oyendo el forcejeo de las placas de acero contra la fuerza del agua oscura. Había olido la grasa rancia de la cocina y visto al cocinero toser sangre. Decía que los hombres en el mar realizan actos que serían inaceptables en cualquier otro lugar.

Vivíamos en el número 46 de la calle Coenties Slip, y no teníamos vecinos; al menos, no en el sentido habitual. Durante el día, las calles se llenaban de trabajadores: exportadores, agentes marítimos y otros que tenían las oficinas en las pocas manzanas de edificios de cuatro plantas de estilo federal que habían sobrevivido junto al nuestro. Cada año, los rascacielos del distrito financiero se acercaban más, y estábamos amurallados contra el paseo marítimo por una cortina de vidrio y metal de cuarenta pisos.

Pero por la noche, la vida abandonaba esos edificios. Los trabajadores se iban y, o bien se dirigían al norte de Manhattan, o bien cruzaban el río, dejando a los Cuttner a solas con el puerto y los gatos que se escabullían por las calles oscuras.

Te harás una mejor idea de cómo vivíamos si te describo nuestras cenas. Se servían a las siete. Para entonces ya no había un alma en la calle, y solo parecía existir la casa. Era como un instrumento musical que amplificaba con su madera vieja los sonidos de sus

habitantes. Éramos gente tranquila, incluso Keith, el hijo de James, que tenía once años. Creía que Keith era asexuado, pero no estaba segura. Coleccionaba serpientes.

El señor y la señora Taylor vivían en el sótano. Mantenían la casa limpia y preparaban las comidas. Tenían cierto aire de inocencia. Era una cualidad con la que rara vez me había encontrado, y siempre en personas que no conocía bien. Esperaba poder conocer mejor a los Taylor.

Antes de cenar me sentaba en el estudio, contiguo al comedor. Escuchaba los sonidos que provenían de abajo, de la cocina, donde la señora Taylor asaba animales pequeños y trozos de otros más grandes. De arriba me llegaba la voz apagada de James hablando con Katherine, su mujer. No me interesaba lo que le decía. Él creía que yo estaba celosa, pero solo porque pensaba que estaba enamorada de él como él lo estaba de mí.

Mi abuela entraba en el comedor todas las noches a las siete en punto. Siempre llevaba vestidos negros que le llegaban hasta los pies. Tenía el cuerpo esbelto y firme, y yo me preguntaba qué hacía en el silencio de su cuarto siempre cerrado para mantener la piel tan tersa y los músculos tan fibrosos. Quería que me invitara a su cuarto.

James se sentaba a la derecha de la abuela, y su mujer se sentaba justo delante. Yo me sentaba al lado de James y delante de Keith, que no solía levantar la vista de la mesa. A mi espalda, encima de la chimenea, había un espejo enorme, con el marco dorado. Creo que a Keith le daba miedo mirarlo.

El señor Taylor sirvió la comida, manejando con cuidado la delicada vajilla antigua y mirando constantemente a la abuela. Antes

de probar bocado, la abuela nos miró a cada uno como si fuera la primera vez. Creo que nos encontraba divertidos, pero no lo suficiente como para mantener un interés más que momentáneo. Rara vez hablaba, salvo para contar breves y precisos relatos de la vida de sus antepasados. Pensé que se los inventaba, pero la escuchaba con atención porque a menudo hablaba de lo sobrenatural.

Contó que sus antepasados ingleses habían mantenido una casa de campo en el condado de Essex durante el siglo XVI, y que a veces hablaban de «los clarividentes» que vivían en las proximidades.

James decía que nunca había oído a la abuela contar la misma historia dos veces, por lo que estaba convencido de que se pasaba el día inventándose la historia que nos contaría por la noche. Mientras hablaba, sus finos labios se estiraban dejando al descubierto delicados y relucientes trozos de comida a medio masticar.

Fue durante una de esas cenas cuando James nos avisó de que alguien iba a venir a vivir con nosotros. Sabía que lo que iba a decir tenía que ver conmigo, porque me había estado mirando toda la cena como si intentara adivinar mi estado de ánimo. Seguía sin entender que solo tengo un estado de ánimo.

Mientras servían el postre, dijo:

—Elizabeth, tengo buenas noticias.

Eso quería decir que tenía malas noticias.

—He contratado a un preceptor; vivirá con nosotros hasta que estés lista para volver a la escuela.

Me negué a volver a la escuela después de irme a vivir con mi abuela. Nunca me había gustado la escuela, aunque siempre sacaba buenas notas. Los profesores y el estudio eran bastante inofensivos, pero lo que de verdad importaba era lo que ocurría en secreto entre los alumnos. Estaba harta de aquel viciado y tonto mundo, totalmente en manos de algo tan poco profundo como el béisbol y la regla.

James sonreía con miedo. Temía lo que podía decirle o hacer la próxima vez que estuviéramos solos.

—No creo que sea necesario —dije—. No pienso volver nunca más a la escuela.

Katherine me miró con condescendencia.

—Pero eres una chica tan inteligente… —dijo—. No podemos dejar que desperdicies tu talento. Estoy convencida de que no tardarás en cambiar de opinión.

Había sido ella quien lo había organizado todo. Keith sonreía con arrogancia. Asistía a una escuela privada, infelizmente y sin éxito.

No tenía sentido oponerme, fuera lo que fuese aquello. Estaba segura de poder lidiar con el preceptor y sacar partido de la situación. Esperaba que fuera un hombre.

—¿Quién es el profesor? —pregunté.

—Es la señorita Barton —dijo Katherine—. Viene muy bien recomendada y es especialmente buena en Historia Europea. De hecho, es una pariente lejana. Tu abuela ha hablado sobre la historia familiar con ella por carta.

—¿Es vieja?

—Supongo que, para ti, sí. Pero es más joven que yo. Diría que unos treinta y cinco.

Miré a James. Tal vez me había equivocado al pensar que Katherine lo había planeado. Podría ser que James simplemente quisiera tener a otra mujer en casa. Necesitaba la atención y los halagos constantes de las mujeres, y se había alegrado mucho de dejar el negocio de su padre para ocuparse de lo que él llamaba la administración de los asuntos de la abuela. Es más feliz cuando una mujer lo mira, y no me sorprendería que incluso la vieja señora Taylor hubiera levantado la vista de lo que estuviese haciendo en la cocina para observarlo de pie frente a ella con el batín abierto. Su mano huesuda se habría distendido de placer, dejando caer el cuchillo de trinchar al suelo.

—Estoy seguro de que te llevarás bien con la señorita Barton —me dijo James—. Parece una persona extraordinariamente imaginativa.

Creo que la gente imaginativa es la responsable de la mayor parte de los problemas del mundo, pero no vi motivo para advertirles. Dejaría que lo descubrieran por sí mismos.

—Supongo que no tengo otra opción —dije.

—Creemos que deberías intentarlo —dijo Katherine—. Hemos quedado en que la señorita Barton se mude la semana que viene, a modo de prueba. Se instalará en la habitación de invitados de tu piso.

Mi abuela había estado escuchando atentamente mientras sorbía el coñac que siempre tomaba al final de la comida. No dijo nada, pero miró a James con total desaprobación. Estaba segura de que llegaría el día en que la abuela me invitaría a su dormitorio. Sabía que teníamos cosas importantes que contarnos.

Después de cenar, subí al desván. James iba a la ópera, y sabía que no subiría a verme. A James le gusta la ópera, pero a mí me

parece vulgar. Aunque, como ya te he dicho, a James le encantan las situaciones desesperadas.

Me senté en la alfombra, frente al espejo, y me entregué a mi placer secreto. Frances me habló antes de aparecer. Su voz sonó débil al principio, pero luego se fue volviendo más rica y clara.

—Mi Elizabeth está radiante esta noche —dijo.

Me había acostumbrado a su extraña forma de hablar, y apreciaba sus palabras raras.

—Cuando era doncella, yo también era hermosa. Y los hombres como James se aprovechaban de ello. Incluso los señores me invitaban a sus aposentos. No me has visto de doncella, ¿verdad?

—No, Frances, ¿puedo?

Me llevó un tiempo darme cuenta de que Frances no siempre tenía la misma edad cuando se me aparecía. Al principio pensé que el espejo distorsionaba sus rasgos, pero más tarde caí en la cuenta de que las distorsiones las provocaba el tiempo. Sin embargo, nunca la había visto con menos de veinticinco años.

—Mira, conejita mía —dijo—. Así era yo a tu edad.

Lentamente, una imagen empezó a formarse. Estaba muy cerca de mí. A veces se mantenía a distancia, de modo que podía verla de cuerpo entero. Pero esa noche la vi de cintura para arriba.

Por la manera en que Frances se manifestaba tal y como había sido al final de su vida, no estaba claro si alguna vez había sido hermosa. Pero cuando apareció de joven vi que alguna vez había sido innegablemente bella. Me pregunté qué había causado la erosión de esa belleza.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó. Su voz sonaba más dulce que nunca.

—Sí, Frances.

—Mi único poder entonces era el poder de la apariencia. Lo cambié por el de la fuerza, querida. —Llevaba un vestido escotado, cuando lo que solía llevar eran vestidos de cuello alto, así que por primera vez estaba viendo la piel blanca como la cera de su pecho—. Presta atención —me dijo.

Mientras hablaba, su rostro empezó a cambiar. Los diminutos músculos que daban frescura y movilidad a sus rasgos comenzaron a suavizarse y a descolgarse. Aparecieron unas diminutas líneas de expresión alrededor de sus ojos y boca. Observé especialmente una zona pálida en la base de su garganta, que se fue volviendo áspera gradualmente, y en la que de pronto surgió la misma marca roja que yo tenía en el muslo. Cuando la marca apareció, los rasgos de Frances se fijaron y dejó de ser hermosa.

El placer que solía sentir al estar con Frances empezó a abandonarme, y por una vez preferí ser yo la que se reflejase en el espejo.

—Tus deseos son órdenes, Elizabeth —dijo, leyéndome la mente. Su imagen fue inmediatamente reemplazada por la mía, o por lo que parecía una versión ridícula de esta. Me vi con treinta años más. Mi piel estaba surcada por las mil marcas apenas visibles de media vida. No parecía haber sido una vida tranquila.

Estaba más asustada que nunca, y mientras salía corriendo del desván, agachada para evitar las vigas a la vista del techo bajo, oí la risa de Frances.

En el pasillo, me crucé con Keith. Llevaba una pequeña serpiente verde brillante en la mano y, al pasar junto a él, abrió la boca, como

si algo que hubiera visto lo hubiese horrorizado. ¿Qué había visto al mirarme?

Lo ignoré y corrí al cuarto de baño de mi habitación. Encendí las luces y me miré al espejo. Me vi como sabía que era: joven, hermosa, intachable. Respiraba con dificultad, aliviada, y pensé que era la primera vez que me comportaba como una cría desde hacía meses. También sería la última.

5

Tres días después llegó la señorita Barton. James vino a mi habitación esa mañana, como solía hacer. Le dijo a Katherine que iba a despertarme, pero yo siempre estaba despierta cuando él entraba en mi cuarto. Nunca estaba vestida. Él se detenía en el umbral de la puerta y alzando la voz lo suficiente como para que Katherine lo oyera, decía:

—Es hora de levantarse, Elizabeth.

Yo sonreía y apartaba las sábanas. Él se arrodillaba al borde de la cama y a veces me besaba la marca del muslo. A menudo pensaba en mis padres y en aquella última mañana en la cabaña.

Cuando James salió de la habitación, recordándome que me encontraría con la señorita Barton a la hora del desayuno, me volví hacia el espejo. Entonces ya sabía que Frances solo aparecía cuando yo lo deseaba o cuando tenía un mensaje para mí. Mientras dudaba sobre si debía o no invocarla, apareció. Su imagen se veía claramente detallada a la luz de la mañana, pero permanecía a distancia, enmarcada por una puerta. No habló, y la observé un momento, consciente de que había algo inquietante en su apariencia. Entonces me di cuenta de que llevaba ropa moderna: una falda gris que le llegaba justo por debajo de las rodillas y una blusa lavanda de manga larga.

Dijo una sola palabra:

—Cuidado.

Y desapareció.

La llamé, pero el espejo solo me devolvió mi propio reflejo. Fruncí el ceño, como cuando tenía miedo.

No tenía muchas ganas de conocer a la señorita Barton. Me bañé lentamente, sin jabón, tumbada en la vieja bañera de mármol, observando mi cuerpo a través del agua tibia y deformante. Me preguntaba si era feliz, o si algo así era importante.

Mientras terminaba de vestirme, llamaron a la puerta. Abrí. Era Katherine.

—Elizabeth —dijo—. Te presento a la señorita Barton.

Katherine se hizo a un lado y dejó pasar a una mujer. Llevaba una falda gris y una blusa lavanda. Era Frances.

—Hola, Elizabeth —dijo.

Por un momento me sentí demasiado confundida para hablar. Pero al mirar a aquella mujer a los ojos me di cuenta de que no podía ser Frances. Aquellos ojos no habían visto nada más horrible que una sucesión de habitaciones mal decoradas, unas habitaciones en las que ella yacía sola, con las manos bajo las sábanas.

Mi confusión desapareció al instante, y recordé que Frances me había advertido del peligro. Agradecí la oportunidad de usar mi nuevo poder. Sonreí y dije:

—¿Qué tal, señorita Barton? Su nombre no es Frances, ¿verdad?

Parecía confundida.

—No —dijo—. Me llamo Anne. Pero creo que sería más apropiado que me llamase señorita Barton. ¿No le parece?

—Oh, por supuesto. Solo estaba siendo curiosa, señorita Barton.

Llegaría el día, estaba segura, en que me rogaría que la llamara Anne. Y yo me negaría.

De camino al desayuno pasamos por su habitación, donde sus cuatro vestidos pasados de moda colgaban en la oscuridad del armario, dóciles, exudando el leve olor agrio de su poco interesante cuerpo.

Keith estaba en la escuela, y James había salido por negocios. Katherine, la señorita Barton y yo estábamos sentadas en el comedor. Yo tomé tostadas frías y bebí un té amargo mientras ellas hablaban con cierta excitación, tocándose de vez en cuando, y olvidándose pronto de mí. Eran dos mujeres abandonadas, intentando remediar cada una el abandono de la otra. Parecía improbable que la señorita Barton fuera una amenaza para mí.

Después del desayuno, Katherine llevó a la señorita Barton a recorrer la casa. Katherine conocía la antigüedad y el origen de cada alfombra, curiosidad, cuadro y mueble de la vieja mansión. Se consideraba una historiadora, pero no se daba cuenta, como la abuela, de que la historia no son nombres ni fechas, sino un joven jadeante que se agarra el vientre con los dedos ensangrentados mientras otro hombre lo observa, sonriendo y sosteniendo un punzón marinero. Había un punzón marinero en la repisa de la chimenea del comedor. A veces lo cogía y lo apretaba con fuerza hasta que veía al moribundo caer en la cubierta del barco. Había otros objetos en la casa que me mostraban acontecimientos pasados. Los acontecimientos nunca eran agradables. Amaba la casa y esperaba no tener que dejarla nunca.

Fui a mi dormitorio mientras las mujeres recorrían la casa, hablando en voz baja, sonriendo y pasando las yemas de sus dedos

húmedos por los paneles de nogal, sin pensar en quienes las habían precedido.

Frances me esperaba en mi dormitorio.

—No subestimes a la señorita Barton —me dijo.

—No percibo ningún peligro.

—Ya has visto que se parece a mí.

—Claro. Pero no tiene tu fuerza.

—Es una de mis descendientes. Mis descendientes me han repudiado y han negado mi legado. Te lo repito, ten cuidado.

Me pregunté por primera vez si me habría vuelto más fuerte que Frances.

—Tendré cuidado —dije—. Ahora descansa.

La imagen de Frances se desvaneció. Bajé al estudio y esperé a que la señorita Barton viniera a por mí para empezar las clases. Mientras esperaba, cogí un trozo de tela escocesa que nunca antes había tenido en las manos.

Esa noche, durante la cena, James interrumpió a la abuela, lo cual era algo que nunca le había visto hacer. La presencia de una mujer desconocida en la casa lo había excitado y sabía que estaba deseando subir conmigo al desván.

—Señorita Barton —dije—. Tal vez quiera que le enseñe el barrio después de cenar.

El rostro enrojecido de James palideció ligeramente.

—¿No sería más seguro hacerlo por la mañana? —preguntó.

—Pero por la noche es más bonito.

—Entonces iré con vosotras —dijo.

—Oh, no creo que les pase nada —dijo Katherine—. Los maleantes prefieren la parte alta, donde hay más víctimas.

James bebió un poco de vino.

—Antes, los barcos atracaban en la puerta de esta casa —dijo la abuela—. En lugar del estruendo de los camiones, los Cuttner oíamos el crujido de las vigas. Las sirenas de los barcos sonaban toda la noche.

La señorita Barton y yo caminábamos por las calles estrechas y desiertas hacia Battery Park. Nuestros rostros estaban pálidos, reflejando débilmente el resplandor fluorescente de los silenciosos edificios de oficinas, donde en aquel momento estaban vaciando las papeleras. Me pregunté si los trabajadores nocturnos sentían curiosidad por las personas que habían llenado aquellas papeleras durante el día; si, entre informes arrugados y envoltorios de antiácido, habían encontrado notas inacabadas con palabras apasionadas destinadas a ser vistas solo por una persona, o por nadie.

Pensé en lo que había dicho la abuela. Las calles por las que caminábamos en otro tiempo fueron parte del puerto. El vertedero había extendido los límites de la ciudad; el presente había desplazado al pasado.

—¿Preferiría haber vivido en otra época, señorita Barton?

—En realidad, prefería no haber vivido. Todo el proceso me parece absurdo, pero no más absurdo ahora que en cualquier otro momento.

¿Por qué me diría algo así? Quizá intentaba ganarse mi compasión.

—¿Le sorprende que lo admita? —me preguntó.

—Intento no sorprenderme.

—Quería que supiera que mi intención es responder a todas sus preguntas con total sinceridad, con más sinceridad que a cualquier pregunta de su tío o su tía. Usted y yo deberíamos tener una relación especial. Espero que sea sincera conmigo.

—Sí, claro. —No tenía intención de ser sincera con ella. Esperaba que no tratara de cogerme de la mano.

Nos detuvimos en Fraunces Tavern, donde supuestamente George Washington había pronunciado el discurso de despedida a sus oficiales en 1783.

—Qué edificio tan bonito —dijo la señorita Barton.

Podría haberle dicho que en realidad se había construido en 1907 y que un crítico lo había considerado «arqueología ilusoria»; que su propósito era proporcionarles a hombres como mi padre un pretencioso lugar al que llevar a los clientes a almorzar. Pero no dije nada.

—Hay tan pocos recordatorios físicos del pasado en Nueva York —prosiguió—. Creo que los objetos antiguos son muy importantes. Son espejos en los que podemos ver el reflejo de vidas pasadas.

¿Dijo aquello sin intención? ¿O había subestimado a la señorita Barton? Decidí que había sido casualidad y la ignoré. Paseamos por Battery Park. Del agua llegaba una brisa con olores que era mejor no tratar de identificar. El parque estaba prácticamente vacío, y la imponente mole del Castle Clinton se alzaba ante nosotras. El castillo

era un fuerte de principios del siglo XIX, circular y sin techo. No sabía si habían muerto hombres allí.

Nos cruzamos con la Mujer del Cochecito de Bebé, una vagabunda que pasaba las noches en el parque. Empujaba un viejo cochecito de bebé, antaño elegante, cargado de objetos que atesoraba. Entre sus tesoros había huesos enormes. Reía a menudo.

Un ferry salía hacia Staten Island, y la señorita Barton miró con añoranza sus luces. Creo que se sentía incómoda en la oscuridad. Nos apoyamos en la barandilla, al borde del agua, mirando hacia el puerto. La señorita Barton contempló la tranquilizadora figura de la estatua de la Libertad mientras yo pensaba en mis padres y en las olas grisáceas de Lake George. James había dicho que papá y mamá no habían tratado de mantenerse a flote; que parecían haberle dado la bienvenida al agua fría y envolvente. Me pregunté si la señorita Barton sabría nadar.

Caminamos de regreso a casa en silencio.

Esa noche, ya tarde, me encontré con James en el desván e hicimos cosas que no solíamos hacer, cosas que le resultaban dolorosas. Quería que gritara para que la señorita Barton, que probablemente estaba despierta en la habitación de abajo, lo oyera y se preguntara por qué había venido a vivir con nosotros.

Al salir del desván, James y yo nos detuvimos en las escaleras. Le costaba dejar de tocarme. Mientras me abrazaba, miré por encima de su hombro hacia el pasillo apenas iluminado. De repente, la puerta de la habitación de la señorita Barton se abrió y vi salir a la mujer de James. Caminó apresuradamente por el pasillo, y bajó las

escaleras hacia su dormitorio, mirándome fugazmente con una expresión que no pude identificar. Iba descalza y llevaba puesto un abrigo negro de piel.

6

A la mañana siguiente, durante el desayuno, nos sonreíamos a menudo y hablábamos de cosas sin importancia. Éramos como cualquier otra familia. Vimos la necesidad de ocultar la verdad de nuestros sentimientos. Fingíamos que nuestros apetitos podían saciarse con tostadas y cereales; que nuestro conocimiento del mal se limitaba a lo que aprendíamos en el periódico de la mañana.

La señorita Barton y yo empezamos con las clases esa mañana. Y estas dieron comienzo, como la mayoría de los procesos formales, con engaños.

—Se lleva bien con su tío, ¿verdad?

—Lo intento. Pero no creo que le gusten las jovencitas. De hecho, creo que la tía Katherine es mucho más cariñosa, ¿no le parece?

La señorita Barton se sonrojó bajo la densa capa de maquillaje que se había aplicado de forma desigual. Nadie habría pensado que pasaba tanto tiempo arreglándose. Resultaba que su cuarto de baño estaba junto al mío, y yo había pegado la oreja a la pared aquella mañana para escucharla mientras se aseaba, murmurando y escupiendo. Había sido un proceso notablemente largo, considerando los resultados que había obtenido. Pensé en su parecido con Frances y en las sutiles diferencias que había entre ellas.

Ambas mujeres descuidaban su aspecto, pero en el caso de Frances era por pura indiferencia. La señorita Barton era simplemente inepta.

Iba a enseñarme Historia Europea, Literatura Inglesa, Biología, Francés y Música. Decidí que sería una buena estudiante, aunque no esperaba aprender gran cosa. Sabía que no iba a hablarme de la afición sobrenatural de Catalina la Grande por los caballos ni de la celebración del «minuto feliz» del conde de Rochester. Sí esperaba, sin embargo, aprender algo sobre cómo veían los demás a Frances y lo que hacía.

El espejo del estudio era redondo y convexo, y mientras estábamos allí sentadas esa mañana, pude ver el rostro distorsionado de Frances en él. Miraba fijamente a la señorita Barton, y en un momento dado, dijo:

—Puta zorra.

Cuando Frances habló, la señorita Barton, que había estado comentando nuestra necesidad de ir a una librería, se calló y miró inquieta alrededor. Iba a vivir muchos momentos como ese a partir de entonces.

La familia se adaptó rápidamente a una nueva rutina. La señorita Barton y yo nos reuníamos en el estudio todos los días laborables por la mañana desde las nueve hasta el mediodía. Por las tardes tenía tiempo libre para leer y preparar tareas. Sin embargo, leía muy poco, porque aún me quedaba mucho por aprender sobre la casa y las personas con las que la compartía.

Katherine y la señorita Barton se reunían frecuentemente por las tardes, y parecía que cada día la apariencia de Katherine cambiaba de alguna manera. Hasta ese momento, Katherine había sido una mujer aburrida, del montón, que solo llamaba la atención por su pelo, grueso y muy rizado. No era un pelo bonito, pero creo que algunas personas lo encontraban excitante porque se parecía mucho al vello púbico. A mí me parecía repugnante, y a menudo deseaba que se cubriera la cabeza en la mesa.

Se había cortado el pelo tras la llegada de la señorita Barton, lo cual la hacía aún más ridícula. Antes tenía un cuerpo extrañamente inodoro, pero empezó a usar fragancias extrañas que, concluí, debían de ser caras lociones para después del afeitado. La señorita Barton a menudo olía ligeramente a las mismas fragancias.

James nunca había sido tan feliz. Acusó a Katherine de haberse enamorado de la señorita Barton y fingió estar indignado. En realidad, la idea de que su mujer estuviera liada con otra mujer lo excitaba, y las emociones reales y fingidas de aquella situación enriquecieron su vida. Se volvió mucho más abierto en cuanto a nuestra relación, y por las tardes, cuando Katherine y la señorita Barton se iban de compras a la zona alta, me llevaba a la cama de su mujer.

—Tú serás Katherine —me decía— y yo seré la señorita Barton.

De vez en cuando, había una tarde en que todos, menos la abuela, estaban fuera de casa. Durante esos días, yo visitaba las habitaciones.

Estas visitas eran uno de mis mayores placeres. Creo que todo el mundo disfruta al quedarse solo en la habitación de otro cuando ese otro no está. Sientes ese pálpito incluso en una habitación de motel.

No importa cuán ordenada esté ni lo impersonal que resulte, porque de alguna forma está impregnada de la intimidad de quienes han pasado antes por allí. Para mí, el placer de estar en una habitación que contiene los objetos de la vida de otro es casi abrumador.

Frances me seguía en mis visitas. Me observaba desde los omnipresentes espejos mientras abría con cuidado los cajones. Bajo la ropa interior primorosamente doblada de la señorita Barton encontré tres libros ilustrados y un paquete que contenía unas agujas largas y curvas.

En la habitación de Keith, sus serpientes yacían enroscadas entre rocas en tanques de cristal. En un rincón había una jaula donde los ratones correteaban y olfateaban, cada uno esperando el momento en que trataría de trepar desesperadamente por las paredes de cristal de uno de aquellos tanques para serpientes mientras sus cuerpos esbeltos y fríos se estiraban.

Pasé un rato en la habitación de los Taylor. Su armario contenía más zapatos de los que esperaba encontrar; algunos eran tan pequeños que solo podían calzar los pies de un niño.

7

La señorita Barton y yo nos encontrábamos en el estudio. Las contraventanas de nogal estaban abiertas y el sol de la mañana proyectaba un rectángulo brillante que cambiaba gradualmente sobre la vieja alfombra turca. Solía quedarme mirando embobada el intrincado patrón de la alfombra mientras la señorita Barton murmuraba lo que fuera que trataba de enseñarme en esa clase. De vez en cuando se perdía, o se quedaba en blanco, y olvidaba qué había estado diciendo, y yo levantaba la vista y la encontraba mirándome ligeramente confundida. Era difícil creer que sintiera algo más que admiración por mí.

—¿En qué parte de Inglaterra vivía, señorita Barton?

Sonrió, y la confusión desapareció. Era la primera vez que le hacía una pregunta personal desde la noche en que paseamos juntas por el parque.

—Nací en Chelmsford. ¿Sabe dónde está?

—No.

—Está en el condado de Essex, justo al norte de Londres. Los Barton llevan viviendo allí al menos cuatrocientos años.

Recordé que mi abuela había hablado de Essex.

—¿Alguna historia interesante?

—No. No especialmente. A no ser que le interesen los juicios por brujería. Hubo algunos en los siglos dieciséis y diecisiete. Supongo que es lo más destacable que ha pasado. Por lo que sé, al menos uno de mis antepasados fue acusado de brujería.

—No cree en lo sobrenatural, ¿verdad?

El sol de principios de otoño iluminaba desde atrás la espesa pelusilla de las mejillas de la señorita Barton y ocultaba su expresión.

—Lo que no creo es que pueda ignorarse con facilidad —dijo—. Mucha gente se ha creído poseída, y ha confesado ser una bruja, aunque sabía que esa confesión podía suponerle la muerte. Cualquier cosa que la gente crea con tanta intensidad debe tomarse en serio.

Frances había aparecido en el espejo convexo. Normalmente encontraba mis clases aburridas, y solo aparecía vagamente, mirando a la señorita Barton, pero rara vez hablaba.

—Enséñale tu marca —me dijo aquel día.

Moví la silla para que la parte inferior de mi cuerpo quedara al sol y crucé las piernas lentamente, procurando que pareciera que la falda se me subía por accidente. La señorita Barton sabía, como todas las mujeres, que no existen esa clase de accidentes. Bostecé despacio, cerrando los ojos y abriéndolos rápidamente. La señorita Barton miraba fijamente mis muslos y se mordía el labio inferior. Mi marca brillaba a la luz del sol.

La señorita Barton pronunció mi nombre. Su rostro ensombrecido revelaba algo que podría haber sido miedo o deseo.

Frances se rio.

Llamaron a la puerta y James entró en la habitación. Solía visitarnos por la mañana antes de irse a la zona alta, donde supuestamente tenía reuniones de negocios.

Creo que la señorita Barton le tenía miedo a James. No sé por qué, pues no era más complejo ni más malvado que su hijo pequeño. A menudo fingía coquetear con ella y luego sonreía ante su incomodidad.

—Hola, señoritas. ¿Puedo traerles algo de la zona alta? Una falda más larga para Elizabeth, por ejemplo.

Estaba celoso.

—¿Crees que soy lo suficientemente mayor para eso? —pregunté.

—Nunca se es lo suficientemente joven para aprender algo de modestia, ¿no cree, señorita Barton? —dijo.

La señorita Barton frunció el ceño, puede que contrariada.

—Creo que prefiero la inocencia a la modestia —dijo.

—Yo también —repuso él—. Pero la inocencia no se aprende, ¿verdad?

—Puede que no —dijo la señorita Barton—. No es una materia que yo enseñe, en cualquier caso.

Estaba empezando a relajarse. No le gustaba James, pero sus preguntas la distraían. Era algo que pronto descubrí sobre ella. Cuando se enfadaba conmigo bastaba con preguntarle algo sobre un tema que le interesara, y enseguida se encantaba con su respuesta o, mejor dicho, con ella misma. He descubierto que las cosas que la gente dice son irrelevantes para su verdadera naturaleza. Si tuviera que fiarme solo de lo que decía, habría pensado que la señorita Barton era una mujer buena, que me deseaba lo mejor.

—¿Y a ser mala se puede aprender?

Frances sonrió.

Las cenas se volvieron incómodas después de que la señorita Barton viniera a vivir con nosotros. A la abuela le interesaba saber qué sabía la señorita Barton de nuestra historia familiar, pero no podía cambiar su costumbre de no dirigirse jamás individualmente a nadie de la mesa.

Pero no tardó en idear un sistema. La abuela sacaba el tema que le interesaba, y la señorita Barton nos contaba lo que sabía al respecto. Hablaban tanto de los Cuttner como de los Barton. Las cosas de las que hablaba la señorita Barton resultaban siempre menos interesantes que las que contaba la abuela, y esto era así porque la señorita Barton temía herir la sensibilidad del pequeño Keith.

Una noche, la abuela dijo:

—En mil quinientos noventa y dos, Frances Barton, que vivía en Hatfield Peverel, cerca de Chelmsford, fue acusada de brujería.

Estábamos comiendo chuletas de cordero, que la señora Taylor había dejado crudas. Había pequeños charcos de sangre en nuestros platos. No dijimos nada, esperamos a que la señorita Barton le contestase.

—Frances Barton llevaba mucho tiempo siendo sospechosa de brujería —dijo, tras dudar, y después de mirarme—. Durante el juicio, examinaron su cuerpo y le encontraron una marca roja en el pecho. Admitió haber dibujado un círculo en la tierra, delante de la casa de unos vecinos. La mujer encontró un sapo dentro del círculo.

A los pocos días, su hijo pequeño se ahogó. Frances fue condenada y murió de una fiebre en prisión.

Cuando la señorita Barton mencionó la marca de la bruja, James, que había estado haciendo pedazos su sangrienta chuleta con el cuchillo, hizo una pausa, alzó la vista y me miró.

Le guiñé un ojo.

Esa noche encontré una serpiente en mi cama.

Me había retirado a mi cuarto para ensayar un poco. La señorita Barton me estaba enseñando a tocar la flauta, y dos o tres noches a la semana me pasaba una hora haciendo todo tipo de sonidos nada armoniosos con aquella cosa. Nunca le había encontrado el sentido a la música, y mientras ensayaba, mi mente se entretenía con imágenes y pensamientos infinitamente más productivos. Sin embargo, aprendí a tocar una melodía bastante bien. Me la había enseñado Frances. Estaba en un tono menor, y cuando se la toqué por primera vez a la señorita Barton, fingió que le gustaba, pero vi cómo se le ponía piel de gallina.

Había dejado la flauta en la cama y cuando entré en la habitación esa noche, una banda oscura que al principio pensé que era un trozo de gruesa cinta negra rodeaba mi instrumento. Entonces observé que la supuesta cinta se movía lentamente, enroscándose sinuosamente alrededor de la flauta. Cuando me acerqué, advertí músculos bajo aquella piel escamosa y brillante. La serpiente continúo su lento movimiento en espiral, y me dije que Keith la había puesto allí; quería asustarme, o, quién sabe, tal vez era un regalo.

Y entonces oí a Frances decir:

—Ya es hora de que cuentes con tu propio espíritu maligno, cosita mía.

Me volví hacia el espejo. Frances me miraba con ternura. Tenía canas en el pelo y la cara enrojecida. La veía como debía de haber sido durante los últimos días que pasó en prisión. Me di cuenta de que el parecido entre ella y la señorita Barton era superficial. Sus ojos habían visto cosas distintas de maneras profundamente diferentes. Las lecciones que importaban las estaba aprendiendo, no de la egocéntrica y anodina señorita Barton, sino de Frances, que solo existía para mí.

—Tócala, Elizabeth.

Me senté en la cama y extendí la mano hacia la serpiente. Toqué su cabeza triangular y pasé los dedos lentamente por su cuerpo frío y duro. Empezó a subir por mi brazo, hasta que llegó al cuello, lo rodeó y metió la cabeza en la parte delantera de mi blusa, buscando el calor de mi cuerpo.

La llamé Pequeño Demonio, y a partir de aquella noche durmió siempre conmigo.

8

Creo que soy una persona amable. No sé por qué, pues ni he dado amor ni lo he buscado. Pero no lo rechazo cuando me lo ofrecen quienes sean que fingen comprenderlo y necesitarlo. Creo que es posible que el amor sea malo. Ciertamente, se ha cometido una enorme cantidad de actos horribles en su nombre. La señorita Barton hablaba del amor con gran respeto, y a menudo señalaba su efecto en la historia, y en la literatura, pero a mí no me interesaban sus teorías románticas. Me impresionaba más el hecho de que Ana Bolena tuviera seis dedos en una de sus manos que el amor que Enrique le profesaba.

James no era el único que me quería, ni el único al que hacía feliz.

Me había convertido en la única amiga de Keith. Le dejaba que me hablara de serpientes y, cuando me preguntaba, le mostraba cosas de las que solo había leído o había oído susurrar confusamente a otros chicos del colegio. No me lo había dicho aún, pero yo sabía que Keith me quería.

Katherine vivía angustiada antes de que yo me convirtiera en una especie de hija para ella. Había buscado la estabilidad tratando de convertirse en parte de la casa, de sus muebles; subía silenciosamente la escalera de caracol, recorría sus pasillos, daba cuerda a sus complicados relojes antiguos, y tomaba aquellos

objetos que recordaban otro tiempo con sus dedos temblorosos, curiosa y confundida. Le traje a la señorita Barton, liberándola de la obligación de atender las necesidades de James. El amor que Katherine sentía por mí era tan neuróticamente simple como el resto de sus emociones.

La señorita Barton quería cambiarme, pero desde su condición de profesora no sabía cómo hacerlo. Y desde su condición de persona racional, no sabía por qué tenía que hacerlo. Me quería, y en consecuencia creía que solo podía aportarme cosas buenas. Estoy segura de que la mayoría de la gente habría considerado a la señorita Barton modesta, inteligente y admirable en casi todos los sentidos. Pero yo sabía que le quitaba los puntos negros a Katherine.

No todos habrían admirado a James. Algunos habrían considerado que cuidaba demasiado su cuerpo, pero que su mente era un desastre. Se habrían dicho, con razón, que podía ser la clase de hombre que bailaba desnudo y sonriente mientras su hija adoptiva tocaba una extraña melodía con la flauta.

Y sin embargo, formamos una comunidad unida por la felicidad.

Los demás creían que nuestra felicidad provenía del amor. Solo yo sabía que había otra fuerza al mando, una que solo yo podía ver. Esperaba que no cambiase nunca. Sabía que nuestra felicidad se vería amenazada tarde o temprano, pero estaba preparada para hacer frente a cualquier ataque.

La primera amenaza llegó en forma de visitante. Alguien quería ver a la abuela. Hacía años que la abuela no se veía con nadie que no viviera con ella. Su vida social se acabó con el divorcio, y James la protegía de aquellos que querían hacer negocios con ella.

La tarde que recibió aquella visita yo había ido a la parte alta de la ciudad, a la sede central de la biblioteca pública, en la calle 42. Rara vez salía de casa, y cuando lo hacía, casi nunca iba más al norte de Canal Street y Chinatown. Solía pasarme por los muelles abandonados, donde los olores eran desagradables, y en algún sentido interesantes, y contemplaba el agua oscura, donde había objetos pálidos semisumergidos moviéndose con la corriente.

Me sentía incómoda en el centro de Manhattan, donde los ríos quedaban muy lejos, y los edificios nuevos se erguían con la gracia de una lápida. Nadie parecía darse cuenta de que las gaviotas revoloteaban y chillaban sobre nuestras cabezas. Y nadie más parecía verse reflejado, de alguna forma, en los vagabundos que cojeaban y se tumbaban en el parque que había detrás de la biblioteca.

Una vez dentro de la biblioteca, cuando dejé atrás a los guardias y atravesé el torniquete, me relajé. Había muchas cosas que admirar en el edificio de la biblioteca: madera tallada, mármol con un patrón abigarrado, techos dorados, murales absurdos. En la sala de lectura principal encontré dos de los libros en los que se mencionaba a Frances. Entre las acusaciones que se habían formulado contra ella en 1590 figuraban la de bruja y la de confraternizar con un «clarividente» capaz de localizar objetos desaparecidos. No se especificaba la resolución del caso. En 1592 fue catalogada como mujer de conducta indecente, y se la acusó y condenó por haber embrujado a un niño que acabó muerto.

Cerré los libros y miré alrededor en la enorme sala de lectura. Había muchísima gente sentada junto a las pesadas mesas de roble: gente que buscaba información, entretenimiento o algún tipo de

refugio. Nadie diría que era gente que controlaba las cosas. Parecían inofensivos, como Frances en su época y como yo ahora. Sin embargo, Frances tuvo que sufrir por aquello que podía hacer, y yo sabía que algún día también tendría que enfrentarme al juicio de los resentidos y los envidiosos.

Cuando estaba a punto de entrar en casa esa tarde, vi que había un hombre esperando en la puerta del edificio de al lado.

—¿Elizabeth? —dijo.

—Sí.

—Soy tu abuelo.

—¿El señor Cuttner?

—James me dijo que estabas viviendo con él. Me preguntaba si querrías visitar mis oficinas y conocerme.

No le respondí. Tenía curiosidad respecto al tipo de hombre que podía ser, pero relacionarme de cualquier forma con él sería traicionar a la abuela.

—¿Por qué no les echas un vistazo ahora, si tienes un rato? —dijo.

—No puedo quedarme mucho.

—No esperaba que lo hicieras. No esperaba nada, salvo algo de curiosidad, o quizá algo de aprensión.

Abrió la puerta y se hizo a un lado. Tenía el mismo encanto que mi padre había cultivado, un encanto que a la gente le incomodaba, porque se basaba en la debilidad. Crucé la puerta. Eran más de las cinco y no había rastro de los demás trabajadores.

La puerta se cerró tras de mí, y en el silencio del edificio oí cómo se separaban los labios del señor Cuttner; oí el leve sonido que

hicieron sus mucosas al despegarse. Respiraba por la boca, cerrándola de vez en cuando para tragar y humedecerse los labios. Me pregunté cómo mi abuela había podido vivir con él.

—Este edificio no es tan bonito como el tuyo —dijo—. Hemos tenido que hacer algunas concesiones por el bien del comercio, y por mi propio bien.

Había una puerta de ascensor delante de mí. Hacía juego con los paneles de madera pulida del vestíbulo. Las paredes estaban repletas de grabados enmarcados y fotografías de barcos.

La oficina del señor Cuttner estaba en el segundo piso, separada apenas por unos centímetros de ladrillo y yeso de la habitación de la abuela en el edificio contiguo. Nos sentamos y hablamos de la muerte de mis padres y de mi vida con James. Evité contarle la verdad, y él se mostró satisfecho. Me habló de sus negocios, que eran su vida, y me pregunté qué verdad estaría evitando contarme.

Mientras hablaba, cogí un abrecartas de su escritorio. Sujeté con fuerza el mango hecho con un diente de ballena y vi, superpuesta sobre el rostro del señor Cuttner, la imagen borrosa de la abuela. Estaba de pie, desnuda, en los brazos de un hombre. No era la abuela que ahora conocía, sino una versión más joven. Su cabello aún no había encanecido, y sus ojos eran los de alguien que veía el presente, no el pasado. No reconocí al hombre que la abrazaba, pero supe que era alguien al que había visto antes.

Dejé el abrecartas y el abuelo volvió a aparecer con nitidez.

—Me gustaría que fuéramos amigos —dijo—. Y que te pasaras por aquí cuando quisieras.

Al salir caí en la cuenta de que no había visto ni un solo espejo en el edificio.

La silla de la abuela estaba vacía en la mesa de la cena esa noche. Estaba en su habitación con una visita, nos dijo James. Cenamos en silencio, todos molestos por el cambio de rutina y preguntándonos quién habría podido convencer a la abuela de alterar sus costumbres, aunque fuera una sola noche. Creo que los demás se dieron cuenta por primera vez de la importancia que tenía la abuela en sus vidas. Los sostenía no solo con su casa y su dinero, sino también con su presencia distante y su sentido de la historia familiar. Lo único que no había aportado era autoridad moral; iba a ser Frances quien la aportara, a través de mí.

De vez en cuando, los demás miraban con inquietud la silla vacía de la abuela. Yo la ignoraba y, sin embargo, notaba cómo, invariablemente, después de echarle uno de aquellos vistazos al lugar que la abuela no estaba ocupando, me miraban a mí. Comprendí que, en su ausencia, mi asiento se convertía en la cabecera de la mesa.

Creo que fue la señorita Barton la primera en comprender lo que estaba pasando. Empezó a hablar del pasado, con la esperanza de asumir la autoridad de la abuela. Detuvo su monólogo cuando Keith se echó a reír y Katherine se sonrojó. El comedor volvió a sumirse en un silencio solo interrumpido por los leves y desagradables ruidos que provoca la comida al ser consumida.

Me fui a mi habitación después de cenar, y Frances me estaba esperando.

—James no vendrá a verte esta noche —dijo.

Había noches en las que ella le impedía verme, las noches en las que ella y yo estábamos a solas. Me puse el camisón y me senté frente al espejo. La casa estaba excepcionalmente silenciosa, hasta el punto de que me pareció oír el leve latido del motor de un barco que navegaba en la oscuridad del puerto.

—Hay un desconocido en casa —dijo Frances.

—Sí, ¿lo has visto?

—Sí. Habla de la muerte.

—¿Puedo verlo?

—No puedo invocarlo. Pero si sales a las escaleras a medianoche, lo verás marcharse.

Empecé a peinarme, jugando a un juego con Frances que a las dos nos encantaba. Mientras el peine se deslizaba rítmica y lentamente por mi pelo, nuestras imágenes se alternaban en el espejo. Mientras la estática crepitaba, tarareé la melodía que Frances me había enseñado. Pensé en lo real que se había vuelto para mí, y en cómo su presencia me tranquilizaba. Sabía que, cualesquiera que fueran los problemas que pudiesen surgir, ella me ayudaría a superarlos, y que, mientras estuviéramos juntas, prevaleceríamos.

Justo antes de medianoche, fui a las escaleras y me senté en la sombra, desde donde podía ver la puerta del dormitorio de la abuela. A los pocos minutos la puerta se abrió y apareció la figura de un hombre. Estaba de espaldas a mí, y solo vi su silueta, pero había algo familiar en él. Entonces recordé lo que había visto en la oficina del señor Cuttner aquella tarde. El hombre que tenía delante era el mismo que había visto abrazando a la abuela. La puerta se cerró

rápidamente y el hombre se dio la vuelta para irse. Era el señor Hurlbut, el cuidador de nuestra cabaña en Lake George.

«Le ha hablado de la muerte», dijo Frances. Recordé la expresión del señor Hurlbut aquella mañana con James en el lago. Entonces no había entendido lo que significaba. Ahora sí: era un conocimiento indeseado.

Desapareció rápidamente por las escaleras, dejando tras de sí el penetrante olor de un hombre al que le traían sin cuidado las opiniones de quienes vivían en habitaciones con calefacción.

9

A la mañana siguiente, durante el desayuno, intentamos fingir que el peligro había pasado. Katherine y la señorita Barton seguían con sus obvios y patéticos jueguecitos.

—¿Más café, Katherine? —La señorita Barton se acercó a la vitrina y trajo la gran cafetera de plata. Apretó su rechoncho muslo contra el hombro de Katherine mientras permanecía de pie junto a ella y le llenaba la taza.

James esbozó una sonrisa mientras las observaba.

—¿Queda algo para mí, Anne? —preguntó.

La señorita Barton se acercó a él, y mientras le servía el café, James le pasó la mano delicadamente por la parte posterior de su ajustada falda sin planchar. Le empezaron a temblar las manos y derramó el café en el plato.

Era propio de James querer complicar las relaciones, y yo sabía que era inevitable que tratara de fastidiar a la señorita Barton. Pero como carecía de la inteligencia y la sutileza necesarias para fastidiar incluso a aquella mente tan común, no le quedaba otra opción que acercarse físicamente.

Me pregunté si James era una persona peligrosa. Siempre me había parecido bastante inofensivo, pero quizá fuera porque compartíamos ciertos deseos. ¿Cómo habría sido si me hubiera

interpuesto entre él y sus deseos? Recordé la puerta mosquitera rota.

Fui la primera en ver a la abuela. Estaba de pie en la puerta del comedor, mirándonos con una expresión que nunca antes le había visto. Podía parecer ira, pero no era tan simple: era una mirada de enjuiciamiento y desaprobación. Llevaba una blusa blanca, una falda de *tweed* gris, un cárdigan rojo y un largo collar de perlas barrocas grises.

Cuando la señorita Barton se sentó, la abuela ocupó su lugar habitual en la cabecera de la mesa.

—Os recuerdo que todos estáis aquí porque yo lo permito —dijo—. Sé que sois conscientes de ello. Y os recuerdo que todos sois niños, de una u otra clase. ¿Alguien está dispuesto a decir que no es así?

Se me ocurrió que la abuela podría haberse vuelto loca, y me pregunté qué le habría hecho o dicho el señor Hurlbut la noche anterior. Nadie parecía dispuesto a responder a su pregunta. Katherine y la señorita Barton miraban sus platos como si fueran niñas, y James sonrió, fascinado y sorprendido.

—No soy una niña, señora Cuttner —dije.

—Elizabeth, que tengas la edad suficiente para ser malvada, no quiere decir que seas adulta.

—En serio, mamá —dijo James—. Supongo que tu visita de ayer no fue grata. Quizá podamos hablarlo durante la cena. ¿Por qué no descansas esta mañana?

Sabía lo que tenía que hacer. Me puse en pie y fui hacia la abuela. La cogí de la mano y le dije:

—Sí, abuela. Te llevaré a tu habitación. Podemos hablar más tarde.

Bajó la mirada hacia mi mano. Se la veía cada vez más confundida.

—Malvada —dijo—. Frances es culpable. Tiene que confesar.

Miró la luz de la mañana en su jersey rojo y empezó a llorar.

James estaba detrás de ella. El placer que había sentido por la situación que se estaba produciendo al parecer acababa de convertirse en miedo.

—Ven con nosotros —dijo.

La acompañamos a su habitación. Lloró en silencio de camino.

Unas gruesas cortinas colgaban sobre las ventanas cerradas, y la habitación estaba iluminada por una lámpara de gas que parpadeaba en la pared. La mayoría de las habitaciones de la casa tenían lámparas similares, pero no sabía que aún funcionaran. No distinguía muchos detalles en el desorden de la habitación a oscuras, pero sobre una enorme cómoda había un gran espejo ovalado con un marco de madera tallada. Frances nos observaba.

Mi abuela me soltó la mano y se sentó en la cama. Había dejado de sollozar.

—Déjanos solos, Elizabeth —dijo—. Tu tío y yo tenemos que hablar.

Ahora que ya no nos tocábamos, vi que recuperaba las fuerzas. No quería dejarla sola con James, pero fue él quien me lo pidió.

—Todo irá bien. Déjanos solos.

Al salir de la humedad y la oscuridad de la habitación, miré hacia atrás. La abuela volvía a parecer segura y fuerte, como al entrar en el comedor. James estaba sentado en un enorme sillón orejero de cuero. Parecía pequeño y débil, y sabía que, discutieran lo que discutieran, mi abuela se impondría. No le temía.

Fui a mi habitación y cerré las contraventanas. Alcancé la lámpara de gas y accioné la válvula. Empezó a girar poco a poco, y oí un leve silbido. Encontré unas cerillas que James había dejado en la cómoda y encendí el gas. Era obvio por qué la abuela prefería aquella luz suave y parpadeante a las bombillas eléctricas. Qué agradable habría sido sentarse en su habitación y escucharla hablar del pasado, examinar objetos ocultos en rincones oscuros.

Eso ya no era posible. La habían corrompido, y pronto la luz llenaría su habitación, destruyendo el mundo creado por la oscuridad y su presencia.

—Debemos actuar —dijo Frances—. Te daré instrucciones esta noche.

La señorita Barton me esperaba en el estudio. Estaba sentada muy tiesa en una silla de respaldo recto. Intentaba olvidar que yo le había enseñado a sentarse con las piernas cruzadas en el suelo, a quitarse los zapatos, a reír y, a veces, a descuidar su falda.

—¿Has hablado con tu abuela?

—No. James está hablando con ella.

—Espero que no esté enferma. Un cambio repentino de personalidad rara vez es buena señal.

—El cambio es inevitable, ¿no, señorita Barton? ¿No ha cambiado usted desde que está con nosotros?

—No en lo fundamental. He hecho nuevos amigos y he tenido que adaptarme a ellos, eso es todo. En cualquier caso, mi trabajo consiste en cambiarte a ti, no en cambiar yo.

—¿Y ha tenido éxito?

—¿En qué sentido?

—¿Me ha cambiado?

—No, Elizabeth, aún no. Pero creo que lo conseguiré, tarde o temprano. Cuando tú me dejes.

Creo que la señorita Barton se consideraba una persona virtuosa. Tal vez pensaba que la virtud residía en lo que creía, más que en lo que era.

James entró en el estudio. Siempre había pensado que James sabía exactamente quién era y que aceptaba su naturaleza sin cuestionarla. Pero en ese momento parecía como si se arrepintiera de algo. Si alguien le hubiera lanzado algún objeto de repente, no habría levantado los brazos para cogerlo.

—Mi madre quiere que te envíe a un internado, Elizabeth. Inmediatamente. Y, Anne, tú tendrás que irte.

—Qué raro —dijo la señorita Barton—. ¿Te ha dicho por qué?

—En realidad, no. Habla vagamente del Mal, pero no sé a qué se refiere.

Me pregunté si James estaría diciendo la verdad.

—¿Tenemos que hacer lo que dice? —inquirió la señorita Barton.

—Supongo que sí. Es su casa, y ella decide quién puede vivir aquí.

—¿Por qué no nos vamos a vivir a otro sitio? —pregunté, sabiendo que a James le parecería inconcebible. Tendría que volver al trabajo y sonreír a tipos a los que no soportaba.

—No creo que sea necesario —dijo—. Deberíamos poder convencerla de que no son más que tonterías. De la misma forma que alguien la ha convencido de lo contrario.

—¿Quién es Frances? —preguntó la señorita Barton—. Dice que Frances es la culpable.

—Es alguien que habita en su imaginación —dijo James—. Lo olvidará, y nosotros también.

James se sentía impotente. Suponía, como la mayoría de la gente, que si esperaba y lo deseaba de verdad, las cosas acabarían saliendo como él quería. Pero hay otros métodos.

La abuela no bajó a cenar esa noche. El señor Taylor dijo que había pedido que le llevaran algo de comer a su habitación. Al parecer, la señora Taylor se había visto afectada por el cambio de rutina en la casa. Preparó unas mollejas gomosas y glandulares con una salsa insípida. Keith salió corriendo de la mesa, entre arcadas. James bebió más vino de la cuenta, las manos de la señorita Barton temblaban y el pie de Katherine rozó uno de los míos por debajo de la mesa.

Después de la cena, me fui a mi habitación. Abrí la caja en la que guardaba a Pequeño Demonio, mi serpiente. Extendí la mano y su cuerpo negro y brillante se enroscó rápidamente en mi antebrazo. Me puse delante del espejo, donde Frances me esperaba.

—La abuela dice que eres culpable —dije.

—No sabe nada de mí.

—Quiere que me vaya de esta casa.

—No te irás. Hazme caso. Muy cerca de aquí hay un edificio circular. Ve allí con Pequeño Demonio, y un vaso que no sea muy grande. Sabrás qué hacer con él. Ahora descansa.

En cuanto se desvaneció la imagen de Frances, empecé a sentirme agotada y somnolienta. Me tumbé en la cama, sin saber qué pensar de lo que ocurriría a continuación, pero convencida de que sería la noche más extraordinaria de mi vida. Me dormí en cuestión de minutos.

Me despertó un sonido inexplicable. Estaba muy cerca de donde yo me encontraba, y al abrir lentamente los ojos vi una figura que salía de la habitación. Era la señorita Barton, y llevaba unas tijeras en la mano. Al ver las tijeras, me di cuenta de que lo que había oído era el sonido de un corte de pelo. Bajé la vista, me miré el hombro y allí estaba, un mechón de pelo. Era un mal corte, las puntas estaban dentadas de forma desigual y algunos mechones habían caído sobre la blusa. ¿Por qué la señorita Barton me habría quitado un mechón de pelo? Estaba a punto de ir tras ella cuando recordé que tenía algo más importante que hacer. Me preparé para salir de casa.

La noche era clara y fresca. La luna llena se alzaba sobre el puerto, y su impasible luminiscencia contrastaba con las dispersas luces amarillas de los barcos que pasaban y con las lejanas luces de la costa. Ante mí se alzaba el muro bajo y macizo del Castle Clinton. Hubo un tiempo en que el edificio estaba separado de la isla, amenazante e inexpugnable. Ahora, unido a Manhattan por un vertedero, se veía empequeñecido por un semicírculo de edificios de oficinas iluminados. No estaba segura de poder entrar en la vieja fortaleza tal y como Frances me había indicado. Normalmente, las pesadas puertas se cerraban con candado al anochecer, pero esa noche solo encontré una pesada barra, que fue abriéndose poco a poco al apoyarme en ella.

Dentro de la fortaleza, ya con la puerta cerrada de nuevo, descansé un momento. La presencia de la ciudad se había desvanecido, salvo por el resplandor que proyectaba en el cielo de aquellos muros descubiertos. La grava crujió bajo mis pies cuando me desplacé hasta el centro del patio circular. Pequeño Demonio se movió dentro de la bolsa de lona en la que la llevaba. La solté y se

deslizó delante de mí, destacando por su oscuridad sobre la palidez de la grava. Se enroscó justo en el centro del patio.

Cuando llegué junto a ella, saqué un pequeño espejo de mano redondo de la bolsa y lo coloqué sobre el cuerpo enroscado de Pequeño Demonio.

—Martha —dije, sin saber por qué—. Con mi don y mi poder te ordeno que desistas. Martha Cuttner, te ordeno que desaparezcas. Tres veces. Martha Cuttner, con mi don y mi poder te ordeno que desistas y desaparezcas.

Y entonces se hizo el silencio. Detrás de mí se alzaba la ciudad y su gente. Algunas de esas personas se habían cruzado conmigo por la calle y se habían quedado mirándome, creyendo que yo nunca había hecho cosas innombrables de noche, como las que habían hecho, o las que habrían querido hacer.

La luna comenzaba a asomar por encima del muro de la fortaleza, y la miré fijamente, ajena a todo lo demás, hasta que fue completamente visible. Cuando su último borde brillante rozó la pared, se oyó un estruendo a mis pies, miré hacia abajo y vi que el espejo se había roto, y que Pequeño Demonio había desaparecido. En cuanto volví a levantar la cabeza, una densa nube se desplazaba por encima de la luna. Empecé a temblar y eché a correr por las calles vacías, sintiendo una euforia que podría confundirse con terror.

No se veían luces en los edificios de Coenties Slip. La corta calle estaba vacía, salvo por el coche de James, aparcado frente a nuestra casa. Me detuve en la esquina, preguntándome qué habría pasado mientras estaba fuera. Desde donde yo me encontraba, no oí ni vi nada inusual, pero cuando me acerqué a la puerta oí un leve crujido.

Volví a detenerme. El sonido no provenía de nuestra casa, sino de la oficina contigua del señor Cuttner. En una ventana del segundo piso había una figura pálida, de rasgos vagos, que bien podría haber sido un rostro, un rostro que había presenciado algo intolerable.

Al entrar en mi habitación oí el sonido del agua en la ducha. La puerta del baño estaba entreabierta y proyectaba una línea de luz en el suelo de la habitación a oscuras, justo donde la ropa de James estaba desperdigada. Lo llamé, y al instante su cuerpo mojado se apretaba contra el mío, y me cantaba en italiano. Creo que era un aria del *Don Giovanni* de Mozart. Cuando dejó de cantar, me susurró:

—No te quites la ropa.

Volvía a estar contento.

10

—Me dolería mucho tener que dejarte —dijo la señorita Barton—. Pero supongo que te haría bien volver a la escuela, estar rodeada de jóvenes otra vez.

Estábamos en el estudio, a punto de dar comienzo a una clase de Poesía. No habíamos mencionado a la abuela durante el desayuno. Al principio, los demás parecían temer que la vieja apareciera y se cargara aquel momento feliz, como había hecho el día anterior. Los tranquilicé. Les hablé del prometedor futuro que nos esperaba a todos, y no tardaron en sonreír y sumirse en sus fantasías ególatras.

Y por eso, justo entonces, cuando se suponía que debíamos estar hablando de poesía, la señorita Barton seguía absorta en su fantasía.

—¿Echas de menos a la gente de tu edad? —me preguntó.

Quería que le dijera que la encontraba muchísimo más interesante que a nadie de mi edad. Pero no iba a darle esa satisfacción.

—A algunos, sí —dije—. Pienso a menudo en Miranda.

—¿Miranda? No recuerdo que la hayas mencionado nunca.

—Estuvimos muy unidas durante un tiempo. Pero ella se hizo mujer antes que yo, y yo no siempre entendía algunas de las cosas que me pedía que hiciera.

La señorita Barton arqueó ligeramente las cejas.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas raras. Una vez me pidió que le diera un mechón de mi pelo.

—Oh, no creo que haya nada de malo en eso —dijo la señorita Barton. Ya no fruncía el ceño, parecía avergonzada.

—No hay nada de malo en la idea del mechón de pelo, pero sí lo hay en lo que quería hacer con él.

La señorita Barton no quiso saber qué había querido hacer con él. No sé qué le habría dicho si me lo hubiera preguntado. Me miró fijamente, probablemente preguntándose si la había visto salir de mi habitación la noche anterior.

Cuando consideré que había llegado el momento de que dejase de darle vueltas al asunto, dije:

—¿No deberíamos leer algo de poesía?

Me gustaba el sistema que utilizábamos para analizar poemas. La señorita Barton leía uno en voz alta, y luego lo comentábamos. Elegía poemas de todas las épocas y no me decía quién era el autor hasta después de que lo hubiéramos comentado. Me pareció de lo más sorprendente lo similares que eran la mayoría de los poemas entre sí, pese a haber sido escritos con siglos de diferencia. Quizá se debiera a que el comportamiento de un chiflado varía poco de un siglo a otro.

—¿Han perdido la cabeza la mayoría de los poetas? —le pregunté.

La señorita Barton parecía complacida. Tal vez yo fuese la primera de sus alumnas a la que le gustaba la poesía.

—Es posible —respondió—. Al menos la mayoría han sido distintos de los demás. Por eso nos parecen valiosos.

—¿Diría que yo también soy distinta?

La señorita Barton me miró con el semblante serio.

—Sí —dijo—. Pero no tan distinta como podrías pensar. Todos somos raros de una manera u otra.

—Entonces usted también lo es.

—Sí. —Me tocó la mano—. Pero nunca le haría daño a nadie. Es importante que no le hagas daño a nadie, Elizabeth.

Como la mayoría de las personas indefensas, la señorita Barton hizo de su debilidad una virtud. Le cogí la mano y dije:

—No intentaría hacerle daño a nadie que me quisiera.

Cuando la abuela no bajó a cenar esa noche, James le preguntó al señor Taylor si quería que le llevaran la cena a su habitación. Creo que el señor Taylor era un gran devoto de la abuela. Le había servido el té por las tardes, mucho tiempo atrás, cuando su mano, al tomar la taza, aún era suave, y no estaba surcada de venas. Le había lustrado los zapatos, pasando el trapo por el cuero húmedo, con los ojos cerrados y sonriendo.

No sonreía cuando regresó al comedor esa noche. Se inclinó junto a James y le susurró algo, vacilante.

James me miró.

—¿Alguien ha visto a mamá hoy? No está en su habitación.

Nadie respondió.

James le dijo al señor Taylor:

—No puede haber salido. Deberíamos echar un vistazo por la casa.

—Contad conmigo —dije.

Quería volver a ver la habitación de la abuela.

Los fragmentos del espejo estaban esparcidos por el suelo y por la parte superior de la cómoda, reflejando la apacible llama de la lámpara de gas. James y el señor Taylor observaron los pedazos dispersos y guardaron silencio. Creo que el espejo roto los asustó más que la ausencia de la abuela; era un presagio. Todo el mundo sabía que traía mala suerte, pero en su caso era aún peor. Sabían que había habido vida en aquel cristal; que los miles de imágenes que constituían la historia de esa habitación se habían desintegrado con el espejo. Una vida había sido destruida.

James pulsó un interruptor en la pared y la habitación se llenó de una luz brillante. Del alto techo colgaba una pequeña pero elaborada lámpara de araña de cristal tallado que ocultaba varias bombillas potentes. Las paredes y el techo quedaron salpicados de deslumbrantes reflejos que provenían tanto de los fragmentos del espejo como de la lámpara. La habitación, que antes parecía un lugar interesante y misterioso, ahora tenía un aspecto patético y abandonado.

Nos reunimos en el estudio después de registrar la casa. No encontramos a la abuela, por supuesto, ni nada que indicase qué podía haber sido de ella.

Aunque yo sabía que era la responsable de su desaparición, no sentía culpa alguna. Solo había sido una intermediaria entre su naturaleza entrometida y otras fuerzas. No le había apuntado con un arma; no le había presionado la tráquea con los pulgares ni había

sumergido su cabeza en el agua. Ella simplemente había desaparecido, como resultado de sus propias acciones.

James estaba de pie frente a la chimenea.

—No hay signos de violencia ni de forcejeo, aparte del espejo roto —dijo—. No creo que debamos alarmarnos por el momento.

Katherine, sentada muy tiesa en el sofá, abrazaba a Keith.

—¿Cuándo fue vista por última vez? —preguntó.

—El señor Taylor le llevó la cena a su habitación anoche. Recogió la bandeja sobre las nueve. ¿Alguien ha vuelto a verla desde entonces?

Nadie respondió.

—A lo mejor ha salido —dijo Katherine.

—¿Y qué me decís de la visita? —preguntó la señorita Barton—. ¿Alguien sabe quién era o cuándo se marchó?

—Taylor le abrió la puerta —dijo James—, pero no era nadie que hubiera visto antes. El hombre le dio una nota para que se la entregase a la abuela, y ella dijo que lo recibiría en su habitación. No sé cuándo se fue, pero Taylor dice que a las nueve seguía en su cuarto.

Querían convertir la desaparición en un misterio. No la clase de misterio fascinante que era en realidad, sino más bien esa clase de misterio que solían ver en televisión. No iba a decirles que había visto al señor Hurlbut. Lo que hubiera compartido con la abuela esa noche debía seguir siendo secreto. Todo el mundo tiene derecho a preservar sus secretos. ¿Acaso podríamos soportar el mundo con la facilidad con que lo hacemos de saberlo todo en todo momento? ¿Sabiendo lo que alguien había hecho con otro en una habitación tan oscura como aquella?

—¿Adónde puede haber ido? —preguntó Katherine—. Hacía años que no salía de casa. Y cuando lo hacía, tiempo atrás, era para ir a Lake George.

—Supongo que podría estar allí —dijo James—. Solía ir a menudo, de forma impulsiva.

Ojalá no fingieran preocupación. Les avergonzaba admitir su alivio.

James estaba especialmente emocionado. Se pasaba todo el rato su pequeña y traviesa lengua por los labios resecos.

—No podemos hacer nada más esta noche. Si no vuelve por la mañana, tal vez me acerque al lago. Y si no está allí, deberíamos denunciar su desaparición. No podemos hacer nada más por ahora.

Keith se retiró a su habitación y los demás nos quedamos allí sentados sin hablar. La casa estaba en silencio, afuera había empezado a llover con fuerza.

La señorita Barton se levantó de la mesa y se sentó en el sofá, junto a Katherine. James nos sirvió coñac.

—Brindo por mis señoritas —dijo.

De camino a mi cuarto, en el piso de arriba, pasé por el dormitorio de la abuela. Apagué la luz del techo, giré lentamente la válvula de la lámpara de gas hasta apagarla también, y la habitación quedó a oscuras. Salí y cerré la puerta, privando al espejo roto de los últimos vestigios de luz.

Cuando llegué a mi habitación esperaba encontrarme con Frances, pero no estaba. Me senté delante del espejo y la llamé, pero lo único que el espejo reflejaba era mi rostro. Una fina línea me cruzaba la frente, una línea que nunca antes había visto. Y sentía algo que

nunca antes había sentido: miedo de no volver a ver a alguien a quien quería.

11

A la mañana siguiente, James partió a primera hora hacia Lake George en su pequeño coche rojo. Esperaba que me invitara a ir con él. Le encantaba ir conmigo en coche. A veces hasta me dejaba conducir.

—Más rápido, más rápido —me susurraba, sonriendo, mientras el coche se desviaba repetidamente hacia la grava del camino. Creo que la muerte le traía sin cuidado.

Yo era la única que quería estar en casa esa mañana. Cuando Keith se fue al colegio, Katherine nos pidió a la señorita Barton y a mí que la acompañásemos al centro. Quería comprarse ropa. Le gustaba entrar en las pequeñas tiendas de la Quinta Avenida; cerrar la cortina del probador; quitarse el vestido y reemplazarlo por uno que tal vez se había probado otra mujer rica y desgarbada. Le gustaba que la vendedora se pusiera junto a ella y contemplasen juntas su reflejo en el espejo de cuerpo entero, y ella le tocase los pechos, y le dijese:

—Está usted muy bien dotada, señora.

Rechazamos la invitación, pero cuando Katherine se fue, la señorita Barton me dijo que deberíamos salir a que nos diera el aire. Caminamos hacia Battery Park. Me disgustaban las calles estrechas durante el día, la sensación que provocaban de estar perdidas entre

la multitud, y la luz intensa. Al entrar en el parque me fijé en el cielo. Battery Park es uno de los pocos lugares de Manhattan donde puede verse algo más que una estrecha franja de cielo. La tormenta de la noche anterior estaba dando paso a la calma, y un fuerte viento dispersaba rápidamente las nubes bajas y oscuras. Por un instante, un rayo de sol bañó la arenisca rosa y beis de Castle Clinton, que a continuación fue engullida por la oscura sombra de una de aquellas nubes bajas.

—Nunca me he subido al ferry de Staten Island —dijo la señorita Barton—. ¿Es largo el viaje?

—El viaje de ida y vuelta dura aproximadamente una hora.

—¿Vendrías conmigo si voy ahora?

Habría preferido volver a casa. Quería estar sola en la habitación de la abuela, registrar sus armarios, tocar cosas viejas. Pero acepté hacer el viaje con la señorita Barton en barco, porque sabía que no me habría dejado estar sola de todas formas.

El ferry no estaba listo para embarcar y deambulamos por la sala de espera. Creo que la gente tiende a revelar su verdadera naturaleza en lugares así, al verse obligada a compartir el aburrimiento con desconocidos. Los mayores tenían la mirada perdida, como si lamentaran el pasado, o bien temieran el futuro. Los niños corrían y gritaban, entregados a la acción, sin entender nada.

A pesar del intenso y gélido viento, permanecimos en la popa del barco unos minutos, mientras nos alejábamos de la orilla. Intenté localizar nuestra casa, pero me fue imposible. Nadie diría que había una casa entre tanta torre amontonada. Sin embargo, me dije que la mansión Cuttner sería recordada mucho después de que los edificios

que la rodeaban, con sus escritorios y sus ordenadores, fuesen olvidados.

Entramos en la principal zona resguardada del barco y nos sentamos en un banco de madera próximo a una ventana sucia. Cuando pasamos junto a la estatua de la Libertad, la señorita Barton fingió admirarla. Sabía que fingía porque habíamos hablado de arte muchas veces y parecía saber mucho de escultura.

Dije:

—Creo que el tamaño es lo único impresionante. Si fuera tan pequeña que pudiera caber en cualquier rincón de tu habitación, ¿no crees que resultaría ridícula?

Sonrió.

—Puede —dijo—. No son más que un montón de cortinas, ¿no?

—Y un sombrero muy raro.

—Aun así, me conmueve —dijo—. Supongo que me afecta su simbolismo. Significó mucho para la gente que llegó de Europa en el siglo diecinueve, incluida mi familia.

Señalé Ellis Island, abandonada, sombría y hundida en el agua como un viejo barco. Sus cuidados edificios debían de albergar ratas y cucarachas.

—Me pasa lo mismo con la isla —dije—. La primera vez que la vi, creí oír voces al otro lado del agua, parecían asustadas.

La señorita Barton se estremeció y apartó la mirada de la ventana. El limpiabotas pasó junto a nosotras. Era un hombre pequeño, que siempre vestía de negro y llevaba una caja negra con un reposapiés encima y un taburete adosado a ella. Nunca levantaba la vista y nunca hablaba, siempre tenía la mirada clavada en cubierta y en los pies de los pasajeros.

—¿Me limpia los zapatos? —le pregunté.

Se detuvo ante mí y se acuclilló hasta sentarse en el taburete. Empezó a quitarme el zapato derecho.

—No —dije—. Quiero dejármelos puestos.

Apoyé el pie derecho en el reposapiés metálico. Era resbaladizo. El hombre metió la mano derecha en un bote de betún y luego empezó a frotar las yemas de los dedos sobre mi zapato. Notaba el frescor del betún a través del fino cuero. Si el hombre hubiera levantado la vista, habría visto la marca roja de mi muslo, pero solo me miró los pies. La señorita Barton había olvidado el puerto.

Cuando el hombre se fue, le pregunté a la señorita Barton si iba a echar de menos a la abuela.

—Hablas como si supieras que no va a volver —dijo.

—Es que no va a volver.

El repentino rubor que había teñido su rostro empezó a desvanecerse.

—¿Acaso sabes dónde está?

—No.

—Entonces no puedes estar segura, ¿verdad? Solo imaginas que sabes algo.

Recordé que James me había dicho una vez que la señorita Barton tenía mucha imaginación. Pero hasta el momento yo había visto pocas muestras de ello. Puede que hubiese aprendido de gente excepcional, pero solo entendía las cosas más simples. Su mente era un catálogo, y sus emociones no eran más refinadas ni controladas que las que tenían los gatos que se veían por la calle de noche.

—¿No dirías que imaginar es una forma de conocer? —le pregunté.

Me dirigió una mirada de profesora. Mis pies quedaron relegados al olvido.

—Hay una gran diferencia entre lo que consideramos imaginar y la imaginación en sí. Es importante que lo sepas —dijo.

Comprendí que su mundo estaba hecho de palabras. El mío, de conocimiento y poder.

En el viaje de vuelta nos encontramos al señor Cuttner. Estábamos en la proa del ferry, observando cómo el gigantesco barco maniobraba para atracar, cuando oímos su penetrante voz a nuestras espaldas.

—Hola, Elizabeth.

Quise ignorarlo, pero se me plantó delante. Al mirarlo, oí el gemido del barco raspando los pilotes.

—Ojalá hubiera sabido que estabas a bordo —dijo—. Te habría llevado conmigo al puente. He estado hablando con el capitán.

Le presenté a la señorita Barton. Él le cogió la mano y me rodeó los hombros con el brazo. Sabía que probablemente era un hombre solitario, pero no tenía derecho a imponerme su soledad. Recordé que James había dicho que al abuelo siempre le molestaba que mencionasen a la abuela.

—La abuela ha desaparecido —dije—. No la habrás visto, ¿verdad?

Retiró el brazo de mi hombro y se apartó de nosotras. Ya no sonreía, y tenía el labio inferior caído. Pero dudaba de que estuviera tan perturbado como parecía.

—Hace años que no veo a tu abuela —dijo.

Me pregunté si todavía la querría o si la había querido alguna vez. Mientras lo miraba, bajaron las rampas que nos conectaban con tierra firme y la gente a nuestro alrededor se preparó para salir.

Avancé, deseando librarme del viejo y de lo que fuera que sintiese. Quería pensar en el limpiabotas, que volvería a estar solo, con los bolsillos llenos de monedas, esperando a sus próximos clientes anónimos.

El señor Cuttner caminó hasta casa con nosotras, preguntando cosas de la abuela e intentando cautivar a la señorita Barton. Aunque su capacidad para cautivarla y la de ella para dejarse cautivar eran francamente ridículas, parecían llevarse bien. Dijo que podría pasarse por casa después de cenar. No se me había ocurrido pensar que, sin la abuela, tal vez quisiera recuperar a su familia. No creía que hubiera un lugar para él en la casa, y me preguntaba cómo reaccionaría James ante la presencia del viejo.

James nos llamó desde el lago esa tarde. Dijo que no había rastro de la abuela allí y que iba a pasar la noche en la cabaña.

El señor Taylor era el único hombre en casa esa noche. Le di instrucciones para que no dejara entrar a nadie, y cuando me dijo que creía que debía preguntarle a Katherine, le aseguré que no era necesario. Le pregunté si esa noche podía pasar por mi habitación después de la cena, y arreglar un cajón de la cómoda que se había atascado. Había esperado que dijera que sería más conveniente que lo hiciese por la mañana, durante mis clases, pero en lugar de eso me miró muy serio y estuvo de acuerdo.

Katherine se había puesto un vestido nuevo para la cena. Era de un color que nadie debería tener que mirar mientras come, y de manga corta, y las mangas le apretaban tanto que formaban unos círculos rojos en la pálida piel de sus brazos.

Yo iba de negro.

Después de la cena me fui a mi cuarto y me senté unos minutos, con la esperanza de que Frances apareciera. Cuando me di cuenta de que no lo haría, fui a la cómoda y abrí el cajón en el que guardaba la ropa interior. Saqué unas bragas negras, las coloqué en el espacio que hay entre el cajón y uno de los laterales de la cómoda, y cerré el cajón hasta que se atascó. Luego cogí la flauta y me puse a tocar hasta que oí un débil golpe en la puerta.

El señor Taylor había traído su caja de herramientas. No cerró la puerta del dormitorio al entrar, se dirigió a la cómoda y dejó la caja en el suelo. Le mostré qué cajón estaba atascado y me quedé a su lado mientras tiraba de él con cuidado. Se abrió de golpe, volvió a tirar, lo retiró y sacó las bragas con una mano. Esperaba que se sonrojara, pero no lo hizo. Dijo:

—Te recuerdo de bebé, Elizabeth. Por aquel entonces yo ya era viejo.

Abrió la caja y observó las herramientas, ordenadas, meticulosamente limpias. Olían ligeramente a grasa. Era la primera vez que veía una expresión de cariño en su rostro. Encontró una barra de lubricante similar a la cera y frotó las guías del cajón.

—Ahora debería funcionar sin problemas —dijo.

—¿Cómo era de niña? —le pregunté.

—Creo que hacías cosas raras a menudo.

—¿Dirías que me portaba mal?

—Diría que no tenías ni idea de qué era portarse mal ni bien.

Tenía razón. Recuerdo haberme sorprendido de lo fácil que era que todo el mundo aceptase sin más lo que se suponía que estaba bien y mal. La mayoría de las cosas no parecían lo suficientemente importantes como para tener que clasificarlas en un lado o en otro.

Probablemente, el señor Taylor pensaba que no estaba bien estar a solas con una jovencita en su dormitorio. Sin embargo, no tardaría en estar en el sótano con su mujer, puliendo cubiertos deslustrados y juzgando en silencio a los que vivíamos en la casa.

12

James regresó por la tarde, al día siguiente. Como no dio con ningún indicio de que la abuela hubiera pasado por Lake George, decidió llamar a la policía para denunciar su desaparición.

Dos detectives de la Oficina de Personas Desaparecidas vinieron a casa después de la cena. Escucharon nuestra historia como si hubieran escuchado a una mujer hermosa y sonriente que hablase un idioma que no entendían. Asintieron cortésmente, para que no se notara que se aburrían. Vieron el espejo roto de la abuela, pero solo le dieron importancia al desorden de su habitación. Nos aseguraron que aparecería al cabo de uno o dos días. Probablemente estaba visitando a una amiga. Pero de todos modos harían algunas averiguaciones.

Frances tampoco apareció esa noche, y empecé a pensar que a lo mejor no volvería a verla. Pero, aunque deseaba que me visitara, sabía que ya no la necesitaba. Quizá ya me había dado todo lo que tenía que darme.

Antes de subir al desván donde me veía con James, pasé por la habitación de Keith.

—Me preguntaba cómo están tus serpientes —dije.

Se sintió halagado.

—La rey escarlata está mudando de piel —dijo. El agudo tono de niña de su voz se tiñó de una aspereza que, o bien era cosa de la emoción, o bien de su condición de casi hombre.

Me acercó una serpiente con un vistoso patrón de anillos rojos, negros y amarillos. La piel alrededor de su cabeza estaba como rota, y una parte se había desprendido. Keith tomó la piel opaca y apergaminada entre sus dedos y la despegó. Pareció gustarle.

—¿Les has puesto nombre a todas? —pregunté.

—Sí.

Creo que se avergonzó.

—¿Cómo se llama esta?

—Martha.

Era el nombre de la abuela.

—¿Echas de menos a la abuela? —pregunté.

—Le tenía miedo. ¿Crees que volverá?

—No, Keith.

Sonrió y me rodeó con sus brazos suaves y delgados. En su cómoda había una caja llena de pieles de serpiente sueltas, sin cuerpo.

Creo que todos fuimos felices durante los días siguientes, y nadie hablaba de la abuela. Una mañana, la señorita Barton me dijo:

—Ayer comí con tu abuelo.

Fingí no estar lo suficientemente interesada como para responder.

Ella continuó:

—Está preocupado por tu abuela. No cree que estemos haciendo lo bastante para encontrarla.

—Pensaba que no quería volver a verla.

—No creo que quiera volver a verla. Pero quiere saber dónde está.

—Yo creo que es raro.

—No lo es. Al parecer, tu abuela hizo algo que él nunca podrá perdonarle. Pero pasaron muchos años buenos juntos, y él no lo ha olvidado. Es un buen hombre, en serio.

No sé qué hizo pensar a la señorita Barton que sabía algo sobre los hombres. Les tenía miedo físico y estaba dispuesta a creer que tenían una fuerza que superaba su comprensión. Podía aceptar sus engaños más evidentes incluso después de las semanas que había pasado con nosotros.

—Quizá el abuelo tuvo algo que ver con su desaparición —dije.

—¿Por qué iba a tener algo que ver?

—Porque es posible, ¿no? Lo he visto mirando por la ventana de su oficina, de noche, solo en la oscuridad.

—Eso no prueba nada. Y aunque te parezca excéntrico, no deberías juzgarlo por eso. Te he dicho más de una vez que tendrías que ser más tolerante, Elizabeth.

Supongo que la señorita Barton creía que darme instrucciones morales formaba parte de su trabajo, pero yo no acababa de entender las distinciones que establecía. Nunca hablamos de las visitas de James a mi habitación, ni de las de Katherine a la suya. Era como si pensara que lo que hacías en privado era menos importante que lo que hacías en público. Me preguntaba qué diría si le hablara de Frances. Puede que lo hiciese algún día.

—¿Sabes algo acerca de lo que podría haberle pasado a la señora Cuttner? ¿Hay algo que no nos estás contando, Elizabeth?

—No tengo ni idea de dónde está —dije.

—¿No quieres que la encontremos?

—A lo mejor ella no quiere que la encuentren.

La señorita Barton estaba empezando a adoptar su reprobatoria e insufrible mirada de profesora.

—¿Y si alguien le ha hecho daño? —dijo—. ¿No crees que esa persona debería ser castigada?

Pensé que había llegado el momento de zanjar la conversación.

—Sí. Pero no creo que haya nada que pueda hacerse. —Le toqué la mano—. Si crees que hay algo, dímelo —añadí—. Pero tratemos de no estar tristes mientras tanto.

—Nunca he sido más feliz —dijo la señorita Barton, y seguimos con la clase. Empezó a hablar de la Cruzada de los Niños. Miles de niños fueron enviados a liberar Tierra Santa, creyendo que la inocencia triunfaría allí donde otras fuerzas habían fracasado. Los niños murieron.

James estaba atareado por aquel entonces, pasaba mucho tiempo reunido con el abuelo y los abogados. Incluso me hablaba con menos frecuencia de lo habitual, lo cual me gustó, pues no tenía el menor interés en lo que pudiera decirme. Había sido educado, como mi padre, para no preocuparse por otra cosa que no fueran los negocios y sus apetencias. En el caso de mi padre, habían primado los negocios, en su caso, el deseo. Como Katherine había comprobado, si no compartías ese deseo, James podía resultar insoportable.

Unas noches después de su visita al lago, James anunció que debíamos dar por hecho que la abuela no volvería. Dijo que había muchas complicaciones legales, pero que no veía razón para que no siguiéramos viviendo como habíamos vivido hasta ahora. Luego, cuando estábamos a solas, me pidió que no lo abandonase nunca. Yo estaba convencida de que le había pedido lo mismo a su mujer en algún momento, cuando aún tenía un cuerpo firme y joven.

—Espero no tener que irme nunca —dije.

Lo decía en serio, pero era con la casa, y no con James, con quien quería quedarme.

Aunque sabía que ya no necesitaba a Frances, aún me sentía incómoda sin ella, y cada noche pasaba un rato ante el espejo, esperando que apareciera. Empecé a pasar más tiempo con la señorita Barton por las noches debido a su parecido con Frances. Era mi deseo de ver a Frances lo que había traído confusión y dolor a mi vida.

13

La confusión empezó una noche cuando subí al desván, ya tarde. Había tenido un sueño horrible, que tenía que ver con Frances. En el sueño, estaba en el desván, observándola en el espejo viejo y polvoriento. Ella sostenía un colador y unas tijeras, y estaba sentada a una mesa frente a un hombre que sujetaba un pequeño bolso de cuero. El hombre abrió el bolso y dejó caer unos pequeños objetos brillantes sobre la mesa. Frances hablaba, pero no podía entender sus palabras. Cerró los ojos, y sus labios empezaron a moverse lenta y repetidamente siguiendo el mismo patrón, como si pronunciara una sola palabra. Aunque no podía oír la palabra, supe que era el nombre de alguien.

Al despertar, me di cuenta de que el hombre que se había sentado frente a Frances se parecía mucho a mí. Deseaba ver a Frances desesperadamente.

Me quedé a oscuras escuchando los sonidos que salían de la habitación de la señorita Barton. Creo que rara vez dormía, y a menudo la oía moverse por su habitación. Se oían jadeos ocasionales y el rumor de agua corriendo.

Pensé en el espejo del desván y en la de veces que había visto a Frances allí. Me levanté, me puse un camisón, salí de la alcoba y subí las escaleras.

Alguien había movido ligeramente la alfombra. No estaba en su sitio. La recoloqué y me senté frente al espejo.

—Frances —dije—. ¿Dónde te has metido?

No hubo respuesta, y solo vi mi propia imagen. Mi cuerpo era visible allá donde entraba en contacto con la tela fresca y transparente de mi camisón.

—¿No estás orgullosa de mí? Me deshice de la abuela. Hice lo que me dijiste. Ahora somos felices aquí. ¿Por qué no te unes a nosotros?

Se oyó una voz desde la puerta.

—¡Elizabeth! ¿Qué has hecho?

Miré la figura que estaba allí de pie, y por un momento pensé que era Frances, pero no. Era la señorita Barton.

—¿Qué le hiciste a tu abuela? ¿Y quién es Frances?

No había nada que pudiera decir.

—Cuéntamelo, Elizabeth.

—Vete. Yo no juzgo tus actos privados. Y tú no deberías juzgar los míos.

La señorita Barton entró en la habitación y cerró la puerta tras ella.

—Lo que yo hago no tiene importancia. Ninguna importancia —dijo—. Y eso quiere decir que seguramente está bien. Porque a la vez resulta inofensivo.

Se sentó a mi lado y me apartó el pelo de la cara con suavidad, apoyando la mano en mi nuca.

—¿Quién es Frances? —inquirió.

Me pregunté si debía decirle la verdad. Había considerado a la señorita Barton una amenaza cuando llegó para quedarse a vivir con

nosotros, pero ahora sabía que era inofensiva, como ella misma acababa de admitir. Quizá su parecido físico con Frances significaba que era una especie de imagen inversa que complementaba, en lugar de amenazar, a la persona que veía en el espejo. En cualquier caso, sabía que yo ostentaba una posición de poder. Si fuera necesario, podía ocuparme de ella de la misma forma que me había ocupado de la abuela. Aunque había medios más fáciles de librarme de ella: podía pedirle a James que la despidiera, o simplemente sonreír y posar una de sus manos en uno de mis pechos. Era una persona de lo más manejable, y quizá no estaría mal tener una confidente.

—¿Me quiere, señorita Barton? —le pregunté.

Su mano se movió involuntariamente por mi cuello. Había dicho algo sagrado para ella. Hasta donde yo podía entender, el amor no era más racional y, desde luego, tenía menos valor práctico que lo que había aprendido de Frances. Sin embargo, aquellos que se burlaban de mis habilidades eran capaces de hacer todo tipo de cosas absurdas por amor.

—Te quiero mucho, Elizabeth. —Su mano empezó a temblar ligeramente.

—Necesito poder confiar en usted para responder las preguntas que me ha hecho: su confianza y su comprensión.

En realidad, por supuesto, no necesitaba tal cosa, pero estaba hablando de conceptos que ella respetaba para que me tomara en serio.

—Puedes confiar en mí —dijo—. Lo único que quiero es ayudarte, si puedo.

—Muy bien —asentí.

Retiré su mano de mi cuello y me acerqué a ella, sentada con las piernas cruzadas, sintiéndome como un chamán ante la hoguera de una tribu, a punto de revelar sus secretos más profundos. La señorita Barton cruzó las piernas torpemente junto a mí y se quedó mirándome fijamente. Bajaba la vista de vez en cuando y me miraba el escote, la redondez medio oculta, sus sombras oscuras.

La casa estaba en completo silencio, y yo hablaba en voz baja. Empecé contándole la primera aparición de Frances, y luego le hablé de mis padres y de la desaparición de la abuela. La señorita Barton me escuchó sin interrumpirme. Frunció el ceño y separó apenas los labios.

Cuando dejé de hablar, nos quedamos sentadas en silencio durante un rato. Al final, la señorita Barton intentó decir algo, pero solo emitió un susurro ininteligible. Se aclaró la garganta y dijo en voz baja:

—Pobrecita. ¿Quieres que crea que eres una bruja?

—Aquellos que no entienden mis poderes me llamarían así, pero yo no uso esa palabra. Es un término que se emplea por miedo y desconocimiento.

—¿No crees que podría haber otras explicaciones para algunas de las cosas que han pasado? Lo de tus padres pudo ser un accidente, y en realidad no sabes qué le ha pasado a la abuela.

—¿Cree que me he inventado a Frances?

—Creo que es posible.

—Pero puedo demostrar que no. Me dejó su marca.

Me levanté el camisón. La marca destacaba con un rojo intenso en mi pálido muslo. La señorita Barton me miró en silencio durante un

buen rato y a fin se volvió. Parpadeó repetidamente, y vi lágrimas en sus ojos. Cogí su mano y la coloqué sobre la marca.

—Es real, ¿verdad, señorita Barton?

Movió sus rollizos dedos de uñas cortas por encima de la cicatriz.

—Ojalá me llamaras Anne —dijo.

—No pienso en usted de ese modo —le dije.

Le aparté la mano y me bajé el camisón.

—¿Te has enfadado porque dudo de tu historia? —me preguntó.

—No. No esperaba que me creyera. No de inmediato. Pero con el tiempo lo hará.

—No estoy segura de querer creerte. Quieres que crea que has hecho cosas monstruosas.

—Solo he deseado que ciertas personas desaparecieran. Todo el mundo lo ha hecho alguna vez, usted también. ¿Tan monstruoso le parece?

—Lo es si tienes, o crees que tienes, la posibilidad de hacer realidad tus deseos.

No quería discutir con ella. Quienes carecen de poderes siempre creen que tenerlos es malo. Me levanté y le tendí la mano a la señorita Barton para ayudarla a levantarse. Me miró como nunca antes lo había hecho. Había un elemento nuevo en su expresión: miedo.

—¿Podemos intercambiar promesas? —me preguntó.

—Por supuesto —dije. La gente que pide que cumplas una promesa imprecisa no espera que lo hagas en realidad.

—Si acepto la posibilidad de que lo que dices sea verdad —dijo—, ¿aceptarás tú la posibilidad de que no lo sea del todo?

—Sí.

—¿Y considerarás seriamente cualquier prueba o hipótesis que presente en contra?

—Sí.

Supuse que debía dejar que creyera algo distinto de la verdad, porque la verdad amenazaba sus convencionales creencias. Pero para cuando saliera el sol, ya estaría despierta cuestionándose esas creencias, y al mirarse al espejo temblaría y dudaría.

Bajamos las escaleras y nos detuvimos en la puerta de su habitación. Le susurré:

—Se parece mucho a Frances.

14

A la mañana siguiente, Katherine estaba inquieta durante el desayuno. Era evidente que la señorita Barton solo pensaba en mí y me dirigía las miradas que solía reservarle a Katherine.

—Señorita Barton —dije—, me pregunto si hoy podría saltarme las clases.

—¿Por qué querrías hacer algo así? —preguntó con cara de disgusto. Obviamente esperaba pasar la mayor parte del día hablando conmigo sobre lo que le había contado la noche anterior.

Keith me miró con resentimiento, envidiando mi libertad.

A Katherine le gustó lo que propuse.

—Las dos trabajáis muchísimo —dijo—. ¿Por qué no vamos juntas al centro, Anne? Seguro que tienes compras que hacer. Podríamos comer y ver una película.

La señorita Barton no quería arriesgarse a llevarse mal con Katherine. Se pondría uno de sus raídos trajes y la seguiría por los grandes almacenes, ofendida por sus excesos: los aromas discordantes de los mostradores de perfume; los estantes sin vida de deslumbrantes vestidos sin estrenar. Se compraría tres bragas blancas de algodón y se preguntaría por qué nunca antes se había fijado en la cantidad de espejos que había en las tiendas.

—No quiero sentar un precedente —dijo.

—Tonterías —dijo James—. Todos necesitamos descansar de vez en cuando. ¿Por qué no nos tomamos el día libre? Cancelaré mis citas y me llevaré a los niños a algún sitio.

—Yo tengo un examen —dijo Keith—. No puedo ir.

Obviamente no le atraía la perspectiva de pasar una tarde con su padre. No creo que a James le disgustase su hijo, pero lo trataba más como una abstracción que como una persona. James no trataba en serio a nadie que no fuera sexualmente maduro.

—¿Qué planeabas hacer, Elizabeth? —me preguntó la señorita Barton.

—Nada en particular. Solo quería salir de casa.

Parecía ofendida, sabiendo que lo que quería era estar lejos de ella; que quería evitar lo que pensaba decirme y preguntarme.

James le dijo a la señorita Barton:

—¿Por qué no hacéis algo frívolo Katherine y tú? Elizabeth y yo haremos algo educativo. El Museo de Historia Natural, tal vez. ¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros, Keith? Podríamos ir a ver esqueletos de serpientes.

Keith insistió en ir al colegio, y Katherine y la señorita Barton hicieron su excursión de señoras.

No me apetecía pasar tanto tiempo con James, sobre todo si insistía en llevarme al museo. Porque me obligaría a hablar con él y a pensar en él: dos cosas que rara vez hacía y de las que nunca disfrutaba. Pero primero haríamos lo que hacíamos a menudo y que siempre disfrutábamos.

James me pidió que subiera despacio las escaleras. Él se quedó abajo, observándome y sintiendo, aparentemente, un placer oscuro. Por muy estúpidos que fueran sus juegos, yo los disfrutaba,

probablemente porque eran juegos. Él entendía la importancia del ritual, y lo que tenía de irracional. No sé qué más entendía, pero al parecer se desenvolvía bastante bien en el mundo cotidiano. Lo había visto firmar cheques y marcar números de teléfono con placer y facilidad. Sospecho que sonreía más a menudo de lo debido.

Esa mañana pasamos un rato en todos los dormitorios. Forzó las fauces de una de las serpientes de Keith. Revisamos el botiquín de la señorita Barton y me enseñó unas fotos que le había hecho a Katherine en su noche de bodas. No debió de ser una de las noches más felices de su vida.

Comimos en la terraza del zoo de Central Park, pero me negué a mirar los animales. Nunca he entendido por qué a tanta gente le fascinan los animales; por qué los miran, los crían e incluso los veneran. Quizá su interés no sea más que una expresión de su culpa. La mayoría de las personas que miraban a los animales estaban digiriendo trozos de carne al mismo tiempo.

—¿Eres feliz? —me preguntó James.

—¿Eso importa?

—Sí. Porque he estado intentando hacerte feliz. Quiero saber si lo he conseguido.

—Me gusta mi vida. Me gusta mucho, James.

No le dije que me habría gustado igual sin él. Habría encontrado otra casa, otra persona devota. Sin embargo, no podía negar que su devoción era excepcional. De lo que no era consciente era de que él se debía a su placer y no a mí.

—¿Me quieres, Elizabeth?

—No.

Aquello no le gustó.

—Ojalá me quisieras —dijo.

—No es verdad. Los amantes son inestables y peligrosos.

—Pero yo te quiero. ¿Eso me convierte en alguien peligroso?

—Sí.

Se quedó pensativo. Empezaba a sentirme incómoda. El sol calentaba con fuerza, los niños hacían ruidos desagradables y los animales apestaban.

James insistió en ir al Museo de Historia Natural. No me hacía ninguna ilusión, porque consideraba que el mundo natural no tenía historia; tenía un pasado complicado, pero carecía de sentido sin el ser humano.

Caminamos apresuradamente entre minerales, huesos y animales disecados y polvorientos, deteniéndonos ocasionalmente ante ciertas piezas arqueológicas. James, quizá sin darse cuenta, se paró delante de una muestra de armas primitivas. Yo me entretuve unos minutos observando unos objetos ceremoniales africanos, y admiré en particular un sonajero de marfil con una talla muy elaborada. Tenía un pequeño espejo de bronce pulido engastado en el mango, con forma de serpientes entrelazadas. Me pregunté quién lo habría sostenido y con qué propósito.

—Eres un poco mayor para que te gusten los sonajeros —dijo James.

—Ese sonajero ha matado a gente —dije—. Estoy segura.

—Qué dices. No se mata a la gente haciendo ruidos siniestros. Se mata aplastándoles el cráneo.

—Aunque esa sea la más simple y la más obvia, no es la única manera.

—Pero suele ser la más eficiente.

—¿Crees que eso fue lo que le pasó a la abuela? —pregunté.

James pareció disgustarse por primera vez en lo que iba de día.

—No sabemos qué le pasó, ¿verdad? —dijo.

Me pregunté cómo debía de sentirse James con la desaparición. No le había causado ninguna molestia en particular, y le había otorgado el control de la casa. Pero era posible que quisiera a Martha.

—¿Querías a tu madre?

—No. Ella nunca lo hubiera permitido. Pero a veces, cuando estábamos solos, me tocaba. No me dejaba tocarla. Me acariciaba la cara con las yemas de los dedos y hablaba del pasado. Sabía que no debía quererla, pero había un vínculo especial, como secreto, entre nosotros.

Extendí la mano y le puse las yemas de los dedos en la mejilla.

Cuando volvimos a casa, Katherine y la señorita Barton estaban en el estudio. La señorita Barton estaba descalza, y sofocada. Katherine le pidió al señor Taylor que nos trajera té. Los cuatro nos sentamos en silencio, sonriendo de vez en cuando. Katherine sirvió un té claro de sabor ahumado en tazas translúcidas, y nos dispusimos a contemplar el atardecer.

A los pocos minutos reapareció el señor Taylor. Primero me miró, y luego le dijo a James:

—El señor Cuttner quiere verle. Está esperando en el vestíbulo.

James pareció alarmarse.

—¿Mi padre?

—¿Por qué no lo invitamos a tomar el té? —preguntó Katherine.

—No creo que sea una visita de cortesía —dijo James—. No ha estado en esta casa desde que yo era niño. Será mejor que vaya a ver qué quiere.

James y el señor Taylor salieron de la habitación. No sabía cómo le sentaría a James que su padre estuviera en casa. Habían trabajado juntos durante años, y según me había contado, era cuestión de tiempo que lo pusiera al frente del negocio. Pero supuse que no solían mencionar el hecho de que eran padre e hijo.

Mientras esperábamos a que James regresara, la señorita Barton evitaba mirarme y su taza tintineaba casi imperceptiblemente en el platillo.

El señor Cuttner y James entraron en la habitación, exhibiendo una sonrisa impostada.

—Papá quería saber si teníamos alguna noticia de mamá —dijo James—. He pensado que podríamos hablar de ello mientras tomábamos el té.

El señor Cuttner nos saludó, pero no pudo evitar distraerse contemplando la habitación. Los viejos y pesados muebles, los libros y los objetos acumulados por generaciones y generaciones de su familia debían de resultarle más reales y conmovedores que las personas, desconocidas en comparación.

—No ha cambiado. En absoluto —dijo.

—¿Te refieres a la habitación? —preguntó James—. No. No creo que a nadie se le hubiera ocurrido cambiarla.

—Pensaba que no volvería a verla —dijo el señor Cuttner.

Parecía estar sacando fuerzas de la habitación. Por un momento, dio la impresión de que se había olvidado de los órganos enfermos de su cuerpo y la mancha de leche en su corbata.

—Me temo que no hay noticias de mamá —dijo James.

El señor Cuttner no lo escuchaba. Nadie escuchaba. Creo que todos nos preguntábamos si mi abuelo no estaría planteándose reclamar sus derechos sobre la casa. Aunque hacerlo no habría sido lo más astuto por su parte.

Se levantó y empezó a caminar lentamente por la habitación.

—La gente cambia demasiado rápido —dijo—. Nada permanece en nadie. —Se acercó a la pared y se detuvo frente a un espejo enmarcado en un ojo de buey—. Se miraba en él antes de sentarse a la mesa para cenar. Se tocaba el pelo.

Entonces me di cuenta de que mi abuelo era un hombre codicioso. Me pregunté si la mayoría de las veces, una codicia como la suya tenía algo que ver con el hecho de creer que la posesión de cosas te otorgaba algún tipo de inmortalidad, puesto que las cosas estaban hechas para durar, mientras que la vida humana no. Nunca lo tuve por alguien tan ingenuo. Era cristiano, y debía de creer que el espíritu era supremo. Cogió una pieza de jade pulido, sin tallar, que decoraba una mesa. Yo también había sostenido aquel jade. Y al hacerlo vi a dos jóvenes, uno de los cuales sostenía un cinturón de cuero con tachuelas metálicas.

Antes de irse, se metió el pedazo de jade en el bolsillo del abrigo.

Esa noche, después de que James abandonara mi cuarto, la señorita Barton llamó a la puerta. Llevaba el mismo vestido que se había puesto por la mañana. La tela de las axilas, que había estado limpia y seca durante el desayuno, ahora se veía oscura y húmeda.

—Quiero decirte algo antes de que te metas en la cama —dijo.

Pensé que lo que diría era que estaba enfadada por cómo la había evitado todo el día, pero sonrió con cariño.

—Quiero hablarte de Frances —dijo.

—No va a convencerme de que no existe.

—No. No pienso intentarlo. Solo quiero convencerte de que sé algo sobre ella. No fui sincera contigo anoche, pero creo que debo serlo si quiero ayudarte. Ven conmigo.

La señorita Barton me rodeó con el brazo y me situó frente al espejo.

—¿Qué ves? —dijo.

Era demasiado fuerte para tener miedo de lo que pudiera ver, pero noté que se me tensaban los músculos. En el espejo solo aparecía una imagen: la mía. No había ni rastro del cuerpo que se apretaba contra mí, y que podía ver de reojo.

Me aparté de la señorita Barton y me apoyé en la pared. Ella me miró con una mezcla serenidad y pesar.

—Dime a quién me parezco —inquirió.

No pude responder.

—No te habías dado cuenta, ¿verdad? Pertenecemos a la misma estirpe, Elizabeth. Somos hijas de Frances. Pero debes aprender a negar su legado, como hicimos tu abuela y yo.

—No. No te creo.

—Aprenderás a creer —dijo, y comenzó a desabrocharse el vestido lentamente. Se lo bajó y sacó los brazos de las mangas. Extendió la mano hacia atrás, se desabrochó el sujetador y se lo quitó. En el hueco que había justo encima de sus pechos colgantes, sus pechos de pezones duros, había una marca, una señal roja, idéntica a la mía.

—No puede ser verdad —dije—. Lo habría sabido.

—Estabas demasiado absorta en ti misma, querida; demasiado preocupada por tu limitado conocimiento.

No podía aceptar que aquella mujer fuese algo más que un ser débil y vulgar. Era inteligente, quizá, pero de una forma muy común. Se quedó frente a mí, ridículamente semidesnuda, esperando a que me deshiciera de lo único que me importaba. Cuando se dio cuenta de que yo no compartía su estado de excitación, volvió a enfundar los brazos en el vestido.

—Te contaré más por la mañana —dijo—. Piensa en lo que has visto, querida. Y ten en cuenta una cosa: no puedes hacerme nada, como tampoco podías hacérselo a tu abuela.

Salió de la habitación, con su raído sujetador colgando estúpidamente de la mano.

Cogí un pintalabios y dibujé un círculo enorme y cuidadosamente proporcionado en el espejo. Dentro del círculo escribí: «Anne Barton».

15

—Buenos días, Elizabeth.

La señorita Barton estaba sentada a la mesa del desayuno, sonriendo. Quise salir corriendo de aquella casa, pero le devolví la sonrisa y vi cómo se metía una cápsula de vitaminas en la boca y bebía un sorbo de zumo de naranja. Se le pegó un trozo de pulpa en la comisura del labio. Katherine se acercó y se lo limpió con una servilleta. Aquello me hizo perder el apetito.

Me fui al estudio a esperarla. Estaba dispuesta a escucharla, por muy inquietante o absurdo que fuese lo que tuviera que decirme. Estaba segura de que me revelaría un punto débil que yo podría utilizar para restablecer el equilibrio en nuestra relación, un equilibrio que tan cuidadosamente habíamos instaurado.

Accedió a la habitación en silencio. Su estúpida sonrisa se había desvanecido.

—Sé que estás dolida —dijo—. No quiero que lo estés. Solo quiero que sepas cómo llegué aquí y que averigüemos qué ha sido de tu abuela.

No estaba segura de si pretendía ser condescendiente o no, pero me lo pareció.

Y a continuación me dijo:

—Las mujeres de nuestra familia han tenido que lidiar con el legado de Frances, con sus poderes, desde su muerte en el siglo dieciséis. Esos poderes solo hacen daño y destruyen a quienes no les hacen frente. Aquellos que los han aceptado han sufrido. Es fácil rechazarlos, como hemos hecho tu abuela y yo. Ella sabía que eras vulnerable y me trajo aquí para protegerte. Espero que aceptes mi ayuda.

—¿Por qué debería aceptarla? —le pregunté. Quería que me tragara cada mañana una de aquellas asquerosas cápsulas de vitaminas y que pretendiese que James era un marido fiel y admirable. Quería que me convirtiera en una vieja temerosa del presente—. ¿Por qué iba a cambiar toda esa fuerza por debilidad?

—La fuerza no es tuya —dijo—. Todo ese poder es de Frances. Ella te utilizaría y tal vez acabara destruyéndote.

—¿Puede decirme por qué Frances ya no viene a verme?

—Tal vez la hayas rechazado inconscientemente. Solo aparecerá cuando aceptes todo lo que representa. ¿De verdad no te avergüenzas ni arrepientes al pensar que pudiste causar la muerte de personas que formaban parte de tu familia, que te querían?

—Nunca he deseado la muerte de nadie. Solo los he expuesto al poder de Frances.

—Frances no puede haberle hecho daño a tu abuela.

—Entonces ¿qué le ha pasado?

—Es lo que debemos averiguar. Debemos preguntarles a todos qué vieron esa noche.

La señorita Barton quería jugar a los detectives. Como tenía miedo de la verdad, buscaba una explicación corriente, por inadecuada que fuera. Quizá la razón por la que tanto ella como el resto amaban las

cosas vulgares tenía que ver con aquel miedo. No podían soportar lo que ocurría de verdad. Les aterrorizaba.

Yo había estado en el Castle Clinton y había rodeado el cuerpo helado de una serpiente con mi mano. Eso era verdad.

La señorita Barton me tocó la mano. Sabía que había estado hablando, pero no había entendido lo que me había dicho. Lo repitió:

—Hay otra manera. ¿Has visto cosas violentas?

—Los objetos me muestran cosas cuando los toco.

—¿Has tocado algo en la habitación de tu abuela?

—No.

—Ven conmigo.

Subimos las escaleras. La puerta de la habitación de la abuela estaba entreabierta, las contraventanas estaban abiertas y la brillante luz de la mañana iluminaba el desorden de objetos acumulados por la vieja durante aquellos largos años a solas. El señor Taylor estaba de pie en el centro de la habitación. Sostenía unas largas medias de rejilla negras y estaba boquiabierto por la sorpresa.

—He estado ordenado un poco las cosas —dijo.

Los fragmentos del espejo roto habían desaparecido.

Le dije al señor Taylor:

—Me pregunto si podría volver más tarde.

—Sí —dijo—. Si así lo desea.

Buscó con la mirada dónde poner las medias. Se las quité y, avergonzado e irritado, salió de la habitación.

La señorita Barton se sentó en la cama, cerré las contraventanas y encendí la luz de gas. Observé lentamente la habitación. En cada

superficie y a lo largo de cada pared se apilaban objetos que hablaban de la vida de la abuela, de la misma manera que las capas de escombros y basura en un yacimiento arqueológico hablan de la vida de sus antiguos habitantes.

Había libros, cartas y recortes de periódico apilados al azar, ocultando parcialmente otros objetos: una bufanda gris descolorida y rota; un frasco medio lleno de cápsulas marrones deformes; una fusta con el mango de cuero desvaído por el sudor de las manos; una boquilla de pipa con hendiduras amarillentas que había sido sujetada por dientes de oro; una navaja con el mango perlado y la hoja corroída; el intrincado esqueleto de un animal diminuto.

Me acerqué al marco que había sujetado el espejo. Quedaban algunos trozos de cristal astillado en sus bordes interiores. Retiré uno de los trozos y lo coloqué en la palma de mi mano derecha. Al cabo de un momento, mi mano empezó a temblar, y la habitación pareció oscurecerse. Vi el rostro de la abuela. Parecía asustada, tenía los ojos muy abiertos, y levantó la mano como para alejar a alguien o algo. Otra mano, más grande y más fuerte que la suya, la agarró de repente por la muñeca y la apartó. Su rostro desapareció, y vi el destello de un candelabro de plata que descendía rápidamente.

Se oyó un golpe seco y un crujido, y un jadeo ahogado.

Entonces se hizo la oscuridad.

—¿Elizabeth? —preguntó la señorita Barton—. ¿Estás bien?

Poco a poco fui consciente de que sentía un dolor agudo en la mano derecha, que tenía cerrada y apretaba con fuerza, pegada al costado. La levanté y vi la sangre manando entre mis dedos. La señorita Barton me los fue estirando y me quitó el vaso, que se me

había incrustado en la palma. Me llevó al baño contiguo, y allí me lavó y vendó la pequeña herida.

—¿Qué has visto? —me preguntó.

—No lo he entendido bien. Alguien estaba atacando a la abuela. La golpeó con un candelabro de plata.

—¿Quién la golpeó?

—No he podido verlo.

—¿Estás segura de que era un hombre?

—Solo he visto una mano, pero parecía la mano de un hombre.

—Pero ¿sabes quién era el hombre?

—No.

Regresamos al dormitorio y nos sentamos juntas en el borde de la cama.

—¿Estás asustada? —me preguntó la señorita Barton, que respiraba con dificultad.

—No —dije.

No tenía miedo, solo estaba confundida.

Lo que había visto me había parecido abrumadoramente real, y sin duda era la escena de un asesinato.

—Deberías volver a mirar —dijo la señorita Barton.

Me ofreció un trozo de vidrio con gesto vacilante. Lo cogí con dos dedos, evitando sus bordes afilados, y al instante volví a ver el acto violento exactamente como lo había presenciado la primera vez. Incluso sin el efecto sorpresa, la visión fue impactante.

La señorita Barton me miraba con preocupación. Se me había caído el fragmento de vidrio al suelo.

—¿Has vuelto a verlo? —me preguntó.

—Sí.

—¿Has reconocido al hombre?

—No.

Nos sentamos en silencio un momento. Quería estar sola para reflexionar sobre el significado de lo que había visto. Entonces ¿era cierto que yo no era la responsable de la desaparición de la abuela? Sentí el muslo de la señorita Barton rozando el mío y me volví para mirarla. En la penumbra, su parecido con Frances era notable, y deseé que fuera Frances para poder interrogarla.

La señorita Barton no parecía consciente de mi presencia. Observaba atentamente la habitación.

—No veo ningún candelabro de plata —dijo.

—No. Pero buena parte de las otras habitaciones tienen uno como mínimo —recordé.

—Sí. Y estoy segura de haber visto uno aquí, en la cómoda. Se lo han llevado.

—Puede. —Su descubrimiento no me interesó—. Creo que voy a irme a mi cuarto a descansar —dije.

Subimos. Cuando la señorita Barton entró en su habitación, me fijé en que, en una mesa junto a su cama, había un pesado candelabro de plata.

16

Me acosté en la cama y me puse a escuchar los sonidos que llegaban de la calle. A pesar del ruido continuo de camiones y coches, aún podían oírse voces, e incluso los pasos de la gente que caminaba por nuestra estrecha calle; gente que hablaba de negocios o de lo que había leído en el periódico aquella mañana. Rara vez había oído a alguien decir algo realmente importante a la luz del día o cuando había más de una persona presente. Deseaba poder oír los pensamientos de quienes caminaban solos. De aquellos que no pensaban en negocios, sino en cosas que nunca le contarían a nadie.

Cada poco tiempo volvía a lo que había visto en la habitación de la abuela. Intentaba identificar la mano que le agarraba la muñeca. ¿Era la mano de James, fuerte, con anillos de oro y sin vello? ¿La del señor Taylor, rechoncha y verrugosa? ¿La del señor Cuttner, rígida y repleta de venas azules? ¿La del señor Hurlbut, curtida por el sol y con las uñas sucias? No tenía ni idea. Era una mano masculina, pero no sabía de quién. Entonces recordé que las manos de la señorita Barton también eran masculinas.

Me molestaba estar pensando en aquello, y me sacaba de quicio la señorita Barton, pues era la culpable de que lo estuviera haciendo. Si quería restaurar el equilibrio y volver a sentirme en casa, tenía

que neutralizarla. Supuse que se consideraba particularmente íntegra porque había rechazado el legado de Frances.

La imaginé en ese momento, desaliñada y orgullosa, frente al espejo del baño que solo reflejaba la puerta tras ella. Creo que la gente que se cree íntegra acaba volviéndose ridícula, por el incesante autoengaño al que se ve expuesta.

Añoraba la sencillez y la honestidad de Frances.

Me levanté, bajé, y me encontré con Katherine. Ella y yo rara vez hablábamos, pero sabía que estaba intranquila por las tensiones que se estaban generando en la casa y quería tranquilizarla. Normalmente, su sencillez me resultaba inquietante, porque se basaba en una falta de percepción, pero, a veces, como en ese momento, su ingenua buena voluntad me resultaba de lo más atractiva.

—Iba a dar un paseo —dije—. ¿Te gustaría venir conmigo, mamá?

Le dio vergüenza que la llamase mamá, porque sabía que la mera idea de hacerlo resultaba absurda en todos los aspectos menos en el legal.

—Pues sí, querida. Estoy contigo en un momento.

Fue a su habitación y regresó con un bolso de aspecto caro, probablemente hecho con la piel de un animal extremadamente raro y tímido. Se estaba poniendo unos guantes de tela azul pálido. Me pregunté si llevaría guantes el día que a James se le ocurrió por primera vez la genial idea de encontrarse con ella cada día al llegar a casa, y acostarse juntos.

Salimos, y el comportamiento de Katherine cambió de inmediato. Siempre parecía más relajada entre la gente desprevenida de la calle que en casa, donde todo eran exigencias y enfrentamientos.

—¿Adónde te gustaría ir? —preguntó Katherine.

—Oh, me trae sin cuidado.

—¿Me acompañas a hacer la compra?

Caminamos hacia el oeste, hacia una pequeña tienda en la que comprábamos el café, el té y extraños alimentos de importación. Nunca me ha interesado la comida, pero a Katherine le parecía algo exótico. Lo que ella consideraba cierta devoción por los sabores desconocidos y extravagantes era posiblemente un interés más complejo hacia otras cosas. La había visto en la cocina con la señora Taylor, tocando cuerpos viscosos y elásticos. Los calamares y las vísceras le interesaban especialmente.

—¿Eres feliz con nosotros? —me preguntó Katherine.

—No me imagino viviendo en ninguna otra parte —dije.

La palma de mi mano palpitaba levemente bajo la venda.

—Creo a que a todos nos hace felices que estés aquí. Hasta que hemos tenido este problema con la abuela, me parecía que nos habíamos convertido en una familia envidiable. Espero que la abuela esté bien.

—¿No tienes idea de qué ha sido de ella? —le pregunté.

—No. Ni la más mínima idea. Por supuesto, nunca acabé de entenderla muy bien, pero no me la imagino yéndose. Ni queriendo mandarte a un internado.

—No me habría gustado irme —dije—. La señorita Barton y yo nos llevamos tan bien. En cierto modo es como una hermana para mí.

Katherine se sonrojó ligeramente y me miró.

—Me alegra que te sientas así —dijo.

No quería hablar de la señorita Barton ni de la abuela. De hecho, parte de su peculiar encanto era que rara vez hablaba con alguien.

Parecía pensar en la gente como la mayoría de nosotros pensamos en el fin del mundo: como algo en lo que estamos inmersos inevitablemente, pero de lo que no debe hablarse.

La tienda tenía aquel penetrante, amargo olor propio de los granos de café, un aroma que parecía más animal que vegetal, y me recordó las jaulas de los pequeños mamíferos del zoo.

Mientras Katherine hacía su pedido en el mostrador, un pequeño gato blanco y negro que había estado dormitando en un rincón levantó la cabeza y me miró fijamente. Se acercó veloz hasta donde yo estaba y empezó a frotarse contra mis piernas, ronroneando enérgicamente.

—¿Te gustan los gatos? —preguntó Katherine.

—No lo sé —dije—. Nunca he vivido con uno.

—A la señorita Barton le gustan, creo. Estuvo aquí conmigo la semana pasada y ese mismo gato se frotó contra ella de la misma forma. Y parecía encantada.

Mientras Katherine terminaba de hacer su pedido, me agaché y acaricié el cráneo estrecho y huesudo del gato. Me sentí en paz como hacía días que no me sentía.

—Parece que quiere venirse contigo —dijo Katherine. Extendió una de sus manos enguantadas para tocar al gato, pero el gato se retiró rápidamente a su rincón. Pareció molesta por un momento, y a continuación me preguntó—: ¿Te gustaría tener un gato?

La idea no me atraía especialmente, pero vi que a Katherine le emocionaba el hecho de tener algo distinto que comprar.

—Tal vez —dije.

—¿Por qué no compramos uno ahora mismo? Hay una tienda de mascotas fascinante a unas manzanas de aquí. Hace años que no

voy.

La tienda resultó ser enorme, ruidosa y sucia. Todo tipo de animales y pájaros gruñones y nada sanos nos miraban desde sus diminutas jaulas. Un guacamayo que estaba mudando las plumas se balanceaba de un lado a otro en la barra, chillando sin parar. Un chimpancé joven, con los ojos vidriosos de ira, golpeaba los barrotes de su jaula con una taza de metal.

Katherine estaba asustada. Quizá se estaba imaginando, como yo, lo que podía pasar en la tienda por la noche, con el neón rojo zumbado en el escaparate, mientras algunos animales se escondían al fondo de sus jaulas repletas de tiras de periódico sucias, y otros miraban desesperadamente la oscuridad.

Una persona joven, no supe distinguir si era un chico o una chica, nos preguntó si podía ayudarnos. Decidí que para mí sería un chico y me pregunté si Katherine había llegado a la misma conclusión. Lo dudaba. El dependiente era un chico negro, delgado, de piel clara y pelo largo, oscuro. Nos enseñó varios gatos, la mayoría jóvenes, nerviosos y ridículamente caros. Katerine se sintió atraída por una pequeña familia de tres abisinios, y pese a ser más tranquilos y elegantes que el resto, me parecieron insípidos y egocéntricos. Casi había optado por dejar que Katherine decidiera, cuando vi en una jaula que parecía vacía un enorme gato rojizo de pelo largo, tendido en la oscuridad. Movía la cola lentamente y no dejaba de mirarme. Tenía los ojos entrecerrados. Eran de color verde pálido. Sentí como si alguien me tocase la base de la columna con un frío trozo de metal.

—Creo que la señorita ya ha tomado una decisión —dijo el dependiente.

—Sí —respondí.

El joven abrió la puerta de la jaula e introduje la mano vendada. El gato puso la pata sobre la venda y extendió lentamente sus zarpas, soltando la venda y dejando al descubierto la herida en mi palma.

—Sí —repetí—. Me gusta este.

Volví a ponerme la venda y pasé la mano por el espeso pelaje del gato. Se tumbó boca arriba y le acaricié la barriga. Era un macho.

Al salir de la tienda, el dependiente me dio su tarjeta y me dijo:

—Por favor, llámeme si quiere que la ayude con alguna otra cosa.

En la tarjeta venía su nombre, su dirección y su número de teléfono. Se llamaba John Dickson.

Nos llevamos el gato a casa en un transportín con una tapa de plástico transparente. Yo me encargué de llevarlo por la calle, y mientras caminábamos no podía evitar mirar en el interior de vez en cuando. El gato se había acurrucado tranquilamente, y me pareció notar las tenues vibraciones de su ronroneo a través del asa del transportín.

—¿Cómo vas a llamarlo? —preguntó Katherine.

—No lo sé, puede que Scratch.

—No me parece muy apropiado. Parece tan manso.

—Pero si tiene zarpas. Lo llamaré Señor Scratch.

—Peor aún. ¿A veces no llaman al Diablo Señor Scratch?

—Oh, ¿de veras?

Cuando llegamos a casa y abrimos el transportín, Scratch subió inmediatamente las escaleras y se sentó ante la puerta de mi habitación. Lo seguí y dejé que entrara. Saltó encima de la cómoda y se sentó frente al espejo. Un rayo de sol cayó sobre su lomo, intensificando los tonos naranjas de su pelaje y otorgándoles un

brillo llameante. Empezó a mover la cabeza de un lado a otro y emitió un sonido grave que parecía un gemido de mujer.

—Silencio, pequeño —dije.

Pero el sonido continuó, así que lo cogí en brazos, me senté en la cama y acomodé su cuerpo tembloroso en mi regazo. El gemido se fue apagando poco a poco. Bajo el espeso pelaje había un cuerpo delgado y firme que transmitía una agradable calidez a través de la fina tela de mi falda.

—Listo —dije—. Cuidaremos el uno del otro.

El gemido se convirtió en un ronroneo.

A James no le gustaba el gato y se negaba a que permaneciera en mi cuarto cuando estábamos juntos. Los demás rara vez lo veían, porque no acostumbraba a salir de mi habitación, parecía feliz allí, acurrucado en mi cama, relajado y a la vez alerta, mirándome con los ojos apenas abiertos, como si esperara ser requerido para una importante tarea. La señorita Barton desaprobaba que tuviera cualquier tipo de animal, pero Scratch le tenía cariño y no podía evitar tocarlo.

17

A partir de entonces la casa se sumió en una agradable rutina, y creo que todos habríamos sido felices en la medida de lo posible de no haber sido porque a la señorita Barton seguía preocupándole la desaparición de la abuela. Hablaba de ello a diario, durante la cena y durante mis clases. Se enteró por el señor Taylor de que había un candelabro de plata en la habitación de la abuela, y que había desaparecido.

Al parecer, yo era la única que se había ausentado de la casa en algún momento de la noche en que desapareció y, según sabía, el señor Cuttner estaba en sus oficinas, que se encontraban en la puerta de al lado.

La señorita Barton almorzaba regularmente con el señor Cuttner. Creo que, en su inútil terquedad, imaginaba que se sentía atraída por él. Un día almorcé con ellos. Fuimos a una marisquería que quedaba cerca de la lonja de Fulton. Primero recorrimos la lonja. A mediodía estaba prácticamente desierta; el hedor y las cabezas y vísceras de pescado desechadas eran el único indicativo de que había habido actividad aquella madrugada. Los gatos callejeros y unas gaviotas enormes y agresivas hurgaban entre los restos viscosos. Mientras caminábamos, las manos del señor Cuttner

rozaban ocasionalmente la cadera, ceñida por una faja, de la señorita Barton.

En el restaurante, el señor Cuttner pidió un bogavante y se enfrascó en la tarea de partirlo, vaciarlo y chuparlo. La señorita Barton le iba haciendo preguntas sobre su vida con la abuela. Él ignoraba la mayoría. Viendo que actuaba con una cautela desmesurada, pregunté lo que ella temía preguntarle:

—Abuelo, ¿por qué dejaste a la abuela?

Hizo una pausa sosteniendo una pinza de bogavante en el aire.

—No me gusta hablar de eso —dijo.

—Lo sé. Pero todo el mundo se lo pregunta. La verdad no puede ser tan horrible como lo que se rumorea.

Pensé que me iba a decir que me callara y comiera. Pero me miró fijamente. Se le había aflojado la mandíbula y hacía ruido al respirar. Parecía haberse dado cuenta de que, pese a nuestra diferencia de edad, yo ya no era una niña, sino una mujer, una mujer a la que quería complacer.

—Todos asumen que había otro hombre —dije.

Al abuelo se le encendió el rostro. Creo que estuvo a punto de lanzarme la pinza de aquel bogavante, pero dijo:

—¿Y quién suponen todos que era el otro hombre?

—No lo saben —dije—. Pero yo sí lo sé.

La señorita Barton me miraba con una mezcla de desaprobación y fascinación.

—¿Cómo puedes saber tal cosa? —preguntó.

—Porque lo vi —dije—. Él la visitó.

—¿Has sabido todo este tiempo quién la visitó aquel día?

—Por supuesto.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque no era asunto de nadie. Tampoco mío. Y no diré quién era a menos que el abuelo quiera que lo diga.

El abuelo me miró con renovado respeto, puede que con miedo. Y se echó a reír. Soltó la pinza del bogavante y siguió riéndose. La gente a nuestro alrededor interrumpía sus conversaciones para mirarlo. Recordé el rostro solemne y firme del señor Hurlbut cuando salió de la habitación de la abuela. Obviamente, él nunca se había reído como un histérico en toda su vida. Sabía que, al igual que lo había sido la abuela, era incomparablemente superior al señor Cuttner.

—Será nuestro secreto —dijo el abuelo cuando dejó de reírse. Ya no tenía que preocuparme por su intromisión. Sería un generoso amigo.

Después de comer, la señorita Barton y yo pasamos la tarde en el estudio. Le preocupaba que yo tuviera información que consideraba necesaria para su «investigación», y me pidió repetidamente que le dijera el nombre de aquel visitante de la abuela. Fue una tarde desagradable. La señorita Barton tenía las fosas nasales dilatadas y los ojos entrecerrados. Un pequeño bulto de grasa rodeaba cada uno de sus muslos justo donde terminaba la faja.

Yo quería que habláramos con cariño de Frances y sus descendientes. Quería recordarle a la señorita Barton el placer que se había negado a sí misma. Quería devolverle el valor perdido, que aceptara su legado. Sin embargo, empecé a darme cuenta de que no compartiríamos nada parecido hasta que dejara de preocuparse

tanto por la desaparición de la abuela. Y acabé preguntándome si no tendría que resolver aquel asunto para volver a ver a Frances.

—Anne —dije.

La señorita Barton guardó silencio, pareció sorprendida por un momento, y finalmente sonrió. La había llamado por su nombre.

—Anne, ¿no existe gente, gente de nuestra especie, que pueda contarnos la verdad? ¿Y no sería estupendo que nos ayudasen, para no tener que pasar más tardes como esta?

—Supongo que todavía existen, sí. En el siglo dieciséis eran considerados clarividentes. Pero intento convencerte de que no necesitamos nada de eso.

—¿Qué hacía que esas personas fueran clarividentes?

—Podían encontrar objetos perdidos y curar enfermedades.

—¿Se las tenía por brujas?

—Generalmente no, creo. Sus poderes eran sobrenaturales, pero no necesariamente tenían que ver con el Diablo. Solían ser acusadas de brujería blanca, no de practicar magia negra.

Obviamente, la señorita Barton estaba tan interesada en el tema como yo, y lo más probable era que lo estuviese por la misma razón que yo, aunque fingía que su interés era meramente histórico.

—¿Tenían algún ritual?

—Usaban palabras y fórmulas mágicas y algunos objetos: espejos, un colador, unas tijeras.

—¿Conoce a alguien que aún haga ese tipo de cosas?

Sospechaba que sí, pero no esperaba que lo admitiera.

—No —dijo—. Conocía a gente en Inglaterra, pero aquí no.

Iba a tener que encontrar a alguien por mi cuenta.

Nos quedamos un momento en silencio, y por fin ella dijo:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por llamarme Anne.

Era fácil de complacer.

Al día siguiente me llamaron por teléfono. Era el dependiente de la tienda de animales.

—Aquí John Dickson —dijo, con una voz sexualmente tan ambigua como su aspecto físico—. Me preguntaba si había tenido algún problema con el gato que se llevó. Nos gusta asegurarnos de que nuestros clientes quedan completamente satisfechos.

—Es muy considerado por su parte —dije—. No tengo ninguna queja. Me vendió un animal extraordinario.

—Sí. Eso pensaba. Bueno, no la molestaré más. Aunque si tiene alguna duda, si necesita algún tipo de información, llámeme.

—De acuerdo. Gracias.

Colgué preguntándome por qué se hablaba tan poco de cómo funcionaba el mundo de verdad; por qué oíamos hablar tanto de congresistas, presidentes de bancos y de toda esa gente que ostenta el poder de una forma tan prosaica, y tan poco de quienes lo hacemos de un modo distinto.

Mientras estaba al teléfono, James se me acercó por detrás y me puso las manos en los hombros.

—Sube —dijo.

Podría haber sido un congresista.

18

Fui a la tienda de animales al día siguiente. Cuando llegué, John Dickson estaba ocupado con un cliente y lo observé atentamente mientras se movía por la tienda. Llevaba una camisa holgada y vaqueros ajustados. Tenía la pelvis y las caderas de un hombre, pero las movía como una mujer. Sin embargo, el efecto de conjunto no era femenino, y lo encontré extrañamente atractivo. Cuando estuvo libre, sonrió y se acercó a mí.

—Hola, Elizabeth —dijo—. Te estaba esperando. Tengo un mensaje de Martha para ti.

—Pensé que era probable que lo tuvieras. ¿Puedes dármelo ahora?

—No. De hecho, el mensaje está incompleto. Si vienes a mi apartamento esta noche, podría completártelo.

—De acuerdo —dije.

—Ayudaría que trajeses alguna pequeña pertenencia de Martha.

—¿A qué hora?

—¿Te iría bien a las ocho?

—Sí. ¿La dirección es la de tu tarjeta?

—Sí. Nos vemos esta noche.

Al dar media vuelta para irme, bajé la vista y miré una vez más la parte inferior de su cuerpo. La cosa había cambiado. El cambio era prominente y masculino.

Llovió esa noche, y las calles del Upper West Side estaban casi tan desiertas como las de mi barrio. Tomé el metro hacia el norte, y, como de costumbre, el viaje me impresionó y me perturbó a la vez. Nunca había entendido cómo tanta gente parecía viajar en el metro sumida en algún tipo de letargo. El chirrido de las ruedas de metal en las vías, la opaca oscuridad de los túneles y el misterioso e impersonal abrir y cerrar de las puertas de los vagones hacían que me sintiera en una especie de inframundo hostil. La gente subía al vagón y traía consigo el olor a ropa mojada. Se sentaba a mirar su reflejo en la ventana de enfrente, sosteniendo sus goteantes paraguas, cuyas gotas formaban pequeños y oscuros charcos en el suelo.

Me bajé en la calle Ochenta y seis y emergí a un mundo apenas menos opresivo que el que solía frecuentar. La mayoría de las tiendas de Broadway estaban a oscuras, cerradas, a salvo tras puertas plegables de acero. Había hombres observando cómo caía la noche desde los vestíbulos de viejos hoteles, y dependientes aburridos de pie tras mostradores de *delicatessen*, en cuyas bandejas de acero inoxidable se agriaba la ensalada de patata. Pensé en los miles de personas de los edificios de apartamentos que me rodeaban; me las imaginé bebiendo o fumando, intentando olvidar lo que habían hecho, o lo que se disponían a hacer.

John Dickson vivía en el cuarto piso de un descuidado edificio de piedra rojiza en la calle Ochenta y cuatro. No había interfono y la puerta de entrada estaba abierta. Subí los cuatro tramos de escaleras y pasé junto a puertas que eran tan poca cosa que apenas disimulaban los ruidos y los olores de los pequeños apartamentos.

Llamé a la puerta de John, y oí un chirrido metálico cuando apartó la cubierta de la mirilla. Su ojo se hizo visible por un momento, y a continuación desbloqueó dos cerraduras y la puerta se abrió.

El apartamento estaba iluminado por tres velas colocadas sobre mesas pequeñas. Aparte de estas, los únicos muebles que había en la habitación eran un arcón, un colchón en el suelo y tres sillas de madera con respaldo recto. Las paredes estaban vacías. John llevaba puesta una bata gris de manga larga y parecía más femenino que antes. Me di cuenta de que su ambigüedad sexual no se debía al deseo de cambiar de sexo, sino a intentar ignorarlo. Nos sentamos uno frente al otro en una de las mesas. Parecía dar por hecho que no había necesidad de discutir por qué había venido ni por qué me había invitado.

—Te envidio —me dijo.

—¿Por qué?

—Mi poder es pasivo. El tuyo es activo.

—Sin embargo, he recurrido a ti porque necesito ayuda.

—Me gustaría ser tu ayudante. Espero verte a menudo.

Abrió un cajón de la mesa y sacó unas tijeras y un colador sin mango. Los colocó frente a mí. De repente recordé que había soñado con ese encuentro. En el sueño, Frances ocupaba el lugar de John.

—¿Me has traído algo de Martha? —preguntó John.

Había logrado sacar unos fragmentos del espejo que habían quedado en el marco y los había guardado en un pequeño bolso de piel. Dejé el bolso encima de la mesa. John extendió la mano, puso el colador boca abajo sobre el bolso, abrió las tijeras y las colocó justo delante.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Quiero saber qué ha sido de Martha y quién es el responsable de su desaparición.

—Dame las manos —dijo John.

Extendí los brazos y le ofrecí las manos por encima de la mesa. Empecé a excitarme, como nunca lo había hecho antes, aunque lo que sentía era algo parecido a la excitación sexual.

John tenía los ojos cerrados y comenzó a emitir pequeños gemidos de placer que gradualmente se transformaron en una repetición similar a un mantra con la frase: «Ven, Martha». Por fin me apretó las manos, y empezó a jadear y a ahogarse. Me soltó y se llevó los brazos a la cara. Se levantó de repente, tiró la silla al suelo, dio unos pasos por la habitación y se desplomó. Me arrodillé junto a él. Respiraba con dificultad y se había torcido una pierna. Le levanté la bata y tiré de ella. No tenía pelo, y sus formas eran delicadas.

Al poco abrió los ojos y lo ayudé a regresar a la mesa. Se sentó en silencio y por fin dijo:

—Martha ha muerto.

—¿Cómo murió?

—Sé que lo has visto.

—¿De quién era la mano que vi?

—Era la mano de Frances.

—No —dije—. Era la mano de un hombre.

—Voy a enseñártelo —dijo John.

Abrió el cajón de nuevo, sacó un espejo con mango de plata y lo sostuvo frente a su pecho de modo que el cristal mirase hacia mí. Al principio no vi más que una neblina gris, pero a continuación empezó a formarse la imagen de una cara.

—Esta es Frances —dijo John.

La cara que apareció en el espejo era la de James.

Empecé a reírme.

John me miraba impasible, pero supuse que mi risa debía de haberlo ofendido.

—Lo siento —dije—. Ha habido una confusión.

—No ha habido ninguna confusión. No hay ningún error.

—No, soy yo la que está confundida —dije—. No hay confusión posible en lo que me has mostrado. Muchas gracias.

—Me alegro de haber podido ayudarte —dijo John. Me miró de una manera a la que no estaba acostumbrada. Era una mirada de respeto y afecto. No era una mirada posesiva ni egoísta. Me hizo sentir incómoda.

Escuché los sonidos que llegaban de otros apartamentos: sonoras carcajadas; una música repetitiva y horrible; voces lejanas y distorsionadas pertenecientes a la banda sonora de una película antigua. La luz de las velas parpadeaba sobre las superficies desnudas de la habitación. Era como estar en una capilla. No me gustaban las capillas.

Saqué un billete de cincuenta dólares del bolsillo y lo puse sobre la mesa, delante de John. Él sonrió y me lo devolvió.

Empecé a enfadarme. Cogí el billete y lo sostuve sobre la llama de la vela. Mientras el dinero se consumía, John se echó a reír. Su risa era desagradable. Era una risa de casa de huéspedes, no la propia de una capilla. John no era tan distinto de sus vecinos.

Cuando se dio cuenta de que yo no me reía, dejó de hacerlo. Me miró, primero con incertidumbre y luego pidiéndome perdón.

—La austeridad no te sienta bien, John —le dije—. En mi casa hay muchos muebles. Y tenemos colchones con muelles. Quizá podrías venir de visita algún día.

Lo dejé allí. Sabía que no iba a dormir bien esa noche.

A la mañana siguiente, temprano, James entró tambaleándose en mi cuarto, con una botella de coñac casi vacía en la mano, buscando consuelo y ánimos.

Nos tumbamos en la cama, y mientras nos acariciábamos le pregunté:

—James, ¿mataste a la abuela?

Su mano se detuvo, solo por un instante.

Y me respondió con otra pregunta:

—¿No fuiste tú quien lo hizo, Elizabeth?

19

La señorita Barton creía que John Dickson había tenido una revelación, y que era cierta: James había matado a la abuela.

—John no ha tenido ninguna revelación —dije—. Solo está sujeto a fuerzas que no puede controlar.

—Pero identificó a James.

—También acusó a Frances. ¿Pretendes que crea que Frances actuó a través de James?

—No. James actuó por egoísmo. No quería que te mandaran lejos.

Iba a ponerme a discutir con ella cuando caí en la cuenta de que había conseguido lo que quería: había encontrado una explicación convincente. Solo tenía que estar de acuerdo con ella para que tal vez se olvidase del asunto.

—Supongo que podrías estar en lo cierto, Anne —dije—. Pero si así fuera, ¿qué deberíamos hacer? ¿Deberíamos acusarlo o desenmascararlo?

Dudó. Supuse que su propio egoísmo estaba tomando el control. Al igual que James, no le apetecía en absoluto que las cosas cambiaran en casa.

—Sí —dijo—. James debería ser castigado.

Entonces, por primera vez, se me ocurrió que quizá la señorita Barton quería que James se fuera. Puede que la hubiera

subestimado. Ya controlaba a Katherine y tal vez creyera que, si se libraba de James, podría controlarme a mí. Me pregunté si había concertado el encuentro de anoche con John Dickson para intentar convencerme de que James era el culpable. Ella misma podía haber matado a la abuela. Miré sus manos. Eran unas manos masculinas.

—¿Por qué deberíamos castigarlo? —pregunté—. ¿Por qué no podemos aceptar lo que ha hecho como algo que ya está hecho y seguir adelante con nuestras vidas?

—Es una simple cuestión moral. Lo que hizo está mal.

—Creo que la moral solo es simple cuando juzgas lo que ha hecho otro. Si hubieras cometido tú un asesinato, ¿tendrías tanta prisa por descubrir al culpable?

—No lo estás entendiendo, Elizabeth. No importa lo que uno sienta respecto a un acto malvado. Lo importante es no permitir que el mal florezca.

No quería seguir con aquella conversación. Sabía que ahora me contaría cómo había esquivado la tentación de hacer el mal, cuando lo que había hecho, probablemente, era cambiar un tipo de mal por otro infinitamente más común.

—En cualquier caso —dije—, no existen pruebas de que James haya cometido ningún delito.

—Las pruebas deben existir. Simplemente aún no las hemos encontrado. Tal vez tú podrías dar con ellas, Elizabeth.

—¿Cómo?

—Pregúntale. Registra su habitación. Él no sospecharía de ti.

Pensé que quizá había llegado el momento de contratar a una nueva preceptora. ¿Por qué toleraba a aquella mujer sin encanto y

su ridícula charla, tan hueca y tan falsa? ¿Por qué me había dejado engañar?

Esa tarde me encerré en mi habitación, e ignoré a la señorita Barton cuando llamó a la puerta y dijo mi nombre. El Señor Scratch se acurrucó en mi regazo mientras yo tocaba la flauta. Toqué la melodía que Frances me había enseñado y pensé en ella. ¿Por qué ya no podía verla? La señorita Barton había dicho que era porque había dejado de necesitarla. Pero no era cierto. Frances era la única persona que podía resolver la confusión que me rodeaba.

¿Había hecho desaparecer la señorita Barton a Frances de alguna manera? ¿O era cosa de James, como había insinuado John Dickson? Puede que solo hallase la respuesta cuando supiera lo que había pasado en el dormitorio de la abuela esa noche. La abuela y Frances tenían la misma marca, y las dos habían desaparecido la misma noche.

Decidí pasar la noche en la habitación de la abuela.

Después de cenar, la familia se reunió en el estudio. Como de costumbre, los demás parecían reflejar mi estado de ánimo, así que hubo poca conversación. Keith se sentó a mi lado en el sofá y se dedicó a susurrarme bromas tontas —algunas de ellas obscenas— al oído. Le gustaba estar cerca de mí. Dentro de nada pensaría más en mí que en sus serpientes.

Su padre nos observaba y, presa de los celos, se puso a coquetear con la señorita Barton, avergonzándonos a todos.

Cuando Katherine le dijo a Keith que había llegado la hora de acostarse, dije que me iba a leer a mi cuarto, y subí con él las escaleras. Nos detuvimos en la puerta de su cuarto, abrí ligeramente la boca y la apoyé con suavidad en sus labios finos y resecos. Se

zafó del beso a toda prisa y se metió en su cuarto. Me quedé junto a la puerta y no tardé en escuchar unos chillidos débiles y desagradables. Sabía que estaba sujetando por la cola a uno de aquellos ratones condenados, y observando cómo una serpiente hambrienta se preparaba para atacar.

Fui a la habitación de la abuela.

Después de encender la luz de gas y cerrar la puerta con llave, caminé lentamente por la desordenada estancia. Me preguntaba por qué la abuela había vivido en medio de un desorden tan voluptuoso, cuando sus modales y apariencia habían sido tan austeros y sobrios. Solo una parte de la habitación estaba ordenada: el rincón que alojaba un enorme escritorio de persiana.

Junto al escritorio había una estantería con puertas de cristal que contenía una serie de dietarios, cada uno con un número en el lomo. Los números estaban ordenados consecutivamente del uno al cuarenta.

Abrí la estantería y saqué el primer volumen. En la primera página, con una caligrafía precisa, podía leerse: «Descendientes femeninas de Frances Williams: Volumen I, 1573-1583». Examiné varios volúmenes más y descubrí que cada uno abarcaba un periodo de diez años, y consistía en una serie de listas genealógicas marcadas con un complejo conjunto de símbolos, complementadas con pasajes ocasionales que describían eventos de las vidas de algunas de las mujeres nombradas en las listas.

Curiosamente, cada volumen parecía contener aproximadamente el mismo número de listas. Tras examinar un poco más a fondo los dietarios, concluí que, suponiendo que los registros estuviesen razonablemente completos, la descendencia de Frances no era nada

prolífica. Una combinación de pocos nacimientos y muertes prematuras había mantenido el número de descendientes vivos prácticamente igual en todos los periodos a lo largo de cuatro siglos.

No descifré muchos de los símbolos que aparecían en las listas, pero el que parecía ser el más importante lo reconocí al instante. Era idéntico a la señal que había en mi muslo, y solo acompañaba a algunos nombres. Había casos en los que la marca había sido dibujada y luego tachada. Revisé algunos volúmenes recientes y descubrí que los nombres de Martha Cuttner y Anne Barton estaban precedidos de marcas tachadas. La marca delante de mi nombre era reciente y seguía intacta.

Los pasajes descriptivos variaban, desde crípticas frases a largas y detalladas narraciones. La muerte y la incomprensión se mencionaban a menudo. Me moría de ganas de leer todos aquellos dietarios. Eran importantes para mí. Podían ser mi guía.

Me quité la ropa y me acerqué a la gran cama de caoba con dosel de la abuela. Retiré las sábanas y me tumbé sobre el duro colchón. Probablemente era allí donde mi padre y James habían sido concebidos. Cerré los ojos y escuché los ruidos que solía hacer la casa. Alguien pasó de largo junto a la puerta. Katherine se rio. Entonces oí algo que parecía estar presente en la habitación conmigo. Empezó como un leve murmullo intermitente, pero al ir subiendo de volumen me di cuenta de que era susurro. Una mujer parecía respirar con dificultad y decir: «George... George». Abrí los ojos y miré alrededor, pero seguía sola. La voz estaba muy cerca.

Cerré los ojos de nuevo y vi dos figuras. Estaban desnudas y solo era capaz de ver sus siluetas. Recordé lo que había visto cuando cogí el abrecartas en la oficina del abuelo. Estaba viendo aquellas

dos figuras otra vez, y una de ellas era la abuela de joven. Se abrazaron y de nuevo oí susurrar la palabra «George». Poco a poco, empecé a distinguir los rasgos de la pareja. El hombre era George Hurlbut, el cuidador de Lake George. Estaban de pie en una de las habitaciones de nuestra cabaña, y los observé atentamente mientras se dirigían a la cama. La visión se prolongó hasta bien entrada la noche.

Me desperté antes del amanecer y me fui a mi habitación. Me acosté en la cama y acaricié al Señor Scratch mientras pensaba en el significado de lo que había visto. El señor Hurlbut había sido amante de la abuela, y quizá fuese el padre de James o de mi propio padre. Le había hecho aquella visita a la abuela antes de que ella desapareciera, antes de que ella dijese lo del internado. Puede que él fuera el responsable de su repentino cambio de actitud; de hecho, también podría serlo de su desaparición, e incluso de su muerte.

Recordé que James había ido a Lake George a buscar a la abuela. ¿Sabía lo del señor Hurlbut? ¿Qué esperaba encontrar en el lago? ¿Qué había encontrado allí? Me pregunté si James y yo podríamos ir juntos al lago.

20

Me mostré amable durante el desayuno.

—¿Has dormido bien, Elizabeth? —inquirió James.

En realidad se preguntaba dónde había dormido. Llevaba puesto el traje que solía ponerse para hablar con los abogados. No le gustaban los abogados, pero tenía miedo de ofenderlos porque sabía que su vida dependía de ellos. Creyendo que podían interesarme los gestos adolescentes, una vez me dijo que nunca llevaba ropa interior cuando hablaba con ellos, en un intento de faltarles el respeto de forma íntima.

—Sí —dije—. He dormido muy bien. He soñado que estábamos sentados bajo una enorme sombrilla, todos en traje de baño, ante esta misma mesa. Fuera, nevaba. Pero bajo la sombrilla estábamos calentitos, y crecían flores a nuestro alrededor. Katherine se estaba comiendo una orquídea.

Katherine y la señorita Barton sonrieron. Antes de que yo contara mi sueño, las dos parecían tristes. James debía de haberse acostado con Katherine aquella noche.

Después del desayuno, seguí al señor Taylor a la cocina. Su mujer fregaba los platos, con sus pálidas manos sumergidas en el agua gris, entre restos de beicon y huevos revueltos desintegrados. Casi nunca veíamos a la señora Taylor, que nos alimentaba y limpiaba lo

que ensuciábamos. Supongo que no hace falta hablar con aquellos cuyos apetitos y cuyos desperdicios conoces a la perfección.

—Hola, señora Taylor —dije.

Miró alrededor, asintió y al momento se volvió para concentrarse de nuevo en el agua grasienta. Era delgada, y de gestos tímidos, y parecía que apenas hubiera nada bajo su holgado vestido. Me pregunté qué parte de ese cuerpo había podido excitar en otro tiempo al señor Taylor. Los pies, tal vez.

—¿Ha estado alguna vez en Lake George, señor Taylor?

—No, señorita. La señora Taylor y yo teníamos vacaciones cuando la familia iba al lago.

—¿La abuela iba a menudo?

—Bastante a menudo —dijo—. Hubo un tiempo en que el lago parecía gustarle mucho.

Obviamente, mis preguntas lo incomodaban, pero no intentó librarse de mí.

—Supongo que echa de menos a mi abuela.

—Su abuela era única. Nadie podrá reemplazarla —dijo, y se dio la vuelta, como si ya no tuviera nada más que decir.

—Claro que no. Pero debemos arreglárnoslas lo mejor posible hasta que vuelva.

—¿Y si no vuelve, señorita?

—Creo que no tenemos por qué preocuparnos aún.

—Me incomodan las cosas inexplicables.

—Entonces debe incomodarse a menudo, señor Taylor.

—Bastante.

Me dije que lo más probable era que estuviese incómodo a todas horas. ¿No era consciente de que en la vida no había nada que

pudiera explicarse fácilmente? Él pretendía que todo fuera ridículamente sencillo. Para él, un espejo no era más que una superficie que limpiar. Ni siquiera podía soñar con entender mínimamente la vida de la abuela, pero insistía en tratar de comprender su muerte.

—Estoy convencida de que encontraremos una explicación tarde o temprano —dije—. Es lo que todos queremos.

—Sí, señorita.

El señor Taylor se sentó a una mesa, cogió un trapo y empezó a pulir un candelabro de plata.

Pasé la mañana ojeando algunos dietarios de la abuela con la señorita Barton, que ya estaba al corriente de su existencia. Cuando le dije que los había encontrado, pareció disgustarse.

—No creo que tenga mucho sentido que los leas —dijo—. No tienen ningún interés, solo son las estadísticas de una considerable cantidad de infelicidad y desgracias.

—Debe de ser algo más que eso. Y, en cualquier caso, es nuestro legado, ¿no?

—No tenemos por qué depender de ningún legado. Yo lo he rechazado y tú también deberías hacerlo.

—Quizá me resultaría más fácil si supiera algo más de lo que se espera que rechace.

La señorita Barton trató de parecer escéptica, pero su expresión no resultaba convincente. Cuando entramos en la habitación de la abuela y acercamos dos sillas al viejo escritorio, vi cómo se emocionaba, y cómo, probablemente, se asustaba.

Los primeros registros relacionados con la descendencia de Frances consistían básicamente en anotaciones sobre juicios por brujería en el condado de Essex, durante el siglo xvii. Frances Williams había vivido en el pueblo de Hatfield Peverel. Nunca se había casado, pero había tenido una hija. He aquí el primer registro de un patrón persistente, el de hijas nacidas de madres solteras.

Cada una de aquellas entradas hacía más evidente el retrato de una sociedad rural sometida a la ignorancia y el miedo. Se juzgaba y encarcelaba a personas porque los animales del vecino enfermaban o porque habían contribuido a «sembrar la discordia». Los procesos judiciales disminuyeron a finales del siglo xvii, y en 1736 se produjeron dos acontecimientos importantes. El primero fue la derogación de la ley sobre brujería. Y el segundo, que, por primera vez, una descendiente de Frances dejó el Essex rural y se mudó a Londres. Treinta años más tarde, otra cruzó el Atlántico y se estableció en Nueva York. Existían tres familias principales de descendientes: el grupo de Essex; el grupo de Londres, al que pertenecía la señorita Barton, y el grupo de Nueva York, en el que habíamos nacido mi abuela y yo.

Leí varios libros con atención, pero la señorita Barton no le quitaba ojo al único que tenía delante, a la vez que miraba constantemente alrededor. Puede que estuviese aburrida; después de todo, ya había ojeado los libros otras veces, pero respiraba más rápido de lo habitual, y sospeché que su legado no le resultaba tan indiferente como pretendía hacerme creer.

Cuando llegó la hora de comer, dijo que no tenía hambre y que prefería echarse una siesta. Antes de que se fuera, le pregunté por qué creía que se habían derogado las leyes contra la brujería. Lo

pensó un momento. A lo mejor hubiera preferido que siguieran vigentes, pensé.

—Supongo —dijo— que la gente inteligente empezó a darse cuenta de que los pensamientos de una persona no podían hacer daño a otra.

—Pero eso no es verdad, ¿no?

—Sí que lo es, Elizabeth. La única persona a la que puedes herir con tus pensamientos es a ti misma.

—Entonces ¿no hay razón para temer a Frances?

—Los demás no deberían temerla, pero tú, tal vez, sí.

—Nosotras —dije.

James y yo éramos los únicos en el comedor cuando llegó la hora del almuerzo. El señor Taylor había preparado un pequeño bufet, y James estaba sirviéndose la mar de feliz un plato de queso cuando entré en el comedor. Le encantaban los quesos, sobre todo los que olían mal; no solo las picantes y delicadas variedades francesas que me gustaban a mí, sino también el queso de Liederkranz curado en exceso, y el queso alemán cortado a mano, al que él llamaba «queso de pies sucios». Había una botella de vino y un plato de cebolla cruda en rodajas junto a los quesos. Estaba especialmente orgulloso de aquel vino: era un vino griego artesanal, de campo, y según él, era el único que permitía soportar todo aquel queso. Me dio la impresión de que bien podría haber sido vinagre.

James estaba de muy buen humor. Me serví un poco de jamón y ensalada y me senté a su lado. Me puso los dedos bajo la nariz. Olían al queso que había estado manipulando.

—El dedo fecal del destino —dijo, y sonrió.

Fruncí el ceño.

—Ven conmigo a la ópera mañana por la noche —me propuso.

—Sabes que la ópera me incomoda.

—Es una buena. Y en el reparto no hay ningún obeso.

Era «buena» porque era *Don Giovanni*. James sentía por la leyenda de Don Juan lo mismo que un sacerdote siente por el Nuevo Testamento. Pensé que podía estar bien ir con él, después de todo. Contemplar su expresión de asombro, oír sus berridos de aprobación.

—Vale, iré —dije.

Después de comer fuimos a mi habitación. James no se lavó las manos.

Cuando a la mañana siguiente me dispuse a seguir leyendo los dietarios de la abuela, descubrí que faltaba uno de los volúmenes, el vigésimo. Se apreciaba un hueco en el lugar que había ocupado hasta entonces, un hueco que tenía la certeza de que no estaba allí antes. La señorita Barton había salido a hacer un recado y pensé que tal vez había tomado prestado el volumen que faltaba. Continué mi lectura y, al llegar al volumen 21 descubrí que comenzaba con unas páginas tituladas: «Descripción de Varios Conjuros y Ritos Eficaces Empleados por Frances Williams como parte de sus Saberes. Continuación y Conclusión».

Las páginas siguientes contenían palabras y frases que debían pronunciarse si se pretendía conseguir determinadas cosas, eran rituales que podían utilizarse para crear algún tipo de condición

específica. La mayor parte del material era ridículo y no tenía el menor interés: cómo conseguir que una vaca dé leche agria o descolorida; cómo hacer que a alguien le salgan verrugas o lunares; cómo provocar la rigidez en un brazo.

Las palabras que debían pronunciarse variaban desde lo absurdo hasta lo obsceno, y los rituales incluían «obtener la orina del sujeto por la noche» y el uso de diversos animales «familiares» para transmitir ciertas cosas.

Las descripciones eran interesantes, pero no especialmente útiles. Sospechaba que el material que había en el volumen anterior, el volumen desaparecido, era mucho más valioso, y estaba segura de que la señorita Barton se lo había llevado.

21

James y yo fuimos a la ópera esa noche. Utilizamos el coche familiar, un viejo Rolls-Royce negro, que solo me parecía apropiado para funerales. Cruzamos hasta la autopista West Side, y no tardamos en atravesar los muelles y cobertizos que no muchos años antes habían custodiado transatlánticos y cruceros. Algunos de ellos seguían utilizándose, y a veces, en la quietud de la noche, el sombrío estruendo del silbato de un transatlántico resonaba por las calles y llegaba hasta casa. Los que nos encontrábamos allí en ese momento, dejábamos lo que estábamos haciendo y sonreíamos o nos dábamos la vuelta en la cama.

Esa noche, sin embargo, no había ningún barco atracado. Los muelles estaban oscuros, y se recortaban vagamente contra el cielo nocturno. Muchos de los cobertizos habían sido abandonados, y servían como refugio ruinoso a vagabundos y ratas.

James conducía con determinación pero también con temeridad, de modo que en cuestión de minutos ya estábamos en el aparcamiento subterráneo del Lincoln Center.

—Me gusta la idea de entrar en la ópera desde el subsuelo —dijo —. Me siento como Orfeo.

A mí me recordaba más a Príapo. Cruzamos el vestíbulo y subimos las escaleras hasta el primer piso, para ver llegar al público. James

me cogió de la mano y empezó a apretármela involuntariamente cada vez que entraba una mujer particularmente atractiva. Casi parecía haberse olvidado de mí, y me alegré de que así fuera. Su atención a menudo era opresiva, y suponía un alivio que se fijara en los cuerpos de las demás.

Yo también observé a esas mujeres, la mayoría hacían un uso poco inteligente de aquello que mostraban, los brazos, los hombros, un prominente escote. Yo llevaba puesto un vestido que había encontrado en el armario de la abuela. Era negro, de manga larga y largo, con unos pequeños botones blancos en la parte delantera, que iban del escote a la cintura.

Esperamos hasta el último momento para entrar en el auditorio, y ya sonaban las primeras notas de la siniestra obertura cuando nos sentamos. James sacó unos prismáticos plegables del bolsillo y observó atentamente cómo se alzaba el telón. Yo preferí cerrar los ojos. La gente que había en el escenario jamás podría haber hecho las cosas que habían hecho sus personajes. El hombre que interpretaba a Don Giovanni obviamente no había hecho otra cosa en su vida que cantar.

James entendía el papel mejor que nadie que lo hubiese cantado e interpretado. Sabía en qué consistía el carácter violento de Don Giovanni, y su afán, y cuando Leporello cantó el inventario de las conquistas de su amo, James no sonrió. Estaba asombrado, y envidioso.

Durante los intermedios, James observaba el teatro con sus prismáticos, buscando escotes, y examinando hombros. A fin de

cuentas, lo que hacía era descubrir algo que para mí era obvio sin necesidad de agrandar nada: que demasiados hombros tenían la piel seca, y demasiados escotes habían sido desesperada y falsamente aumentados con la ayuda de alambres y elásticos. Y si elevaba los prismáticos, se topaba con rostros que reflejaban el vacío y la debilidad de sus dueñas. Sabía que más tarde aquello lo induciría a mirarme con un respeto renovado.

En el último acto su interés flaqueó y abandonó los prismáticos.

—Vayámonos ya, y evitemos salir con todo el mundo —susurró. Sus palabras apenas podían oírse por culpa de los gritos de Don Giovanni: gritos de desolación eterna entre las llamas que le envolvían. No me moví.

James guardó silencio durante el camino de regreso a casa. Cerré los ojos, intentando olvidar las inquietantes impresiones de la ópera. Pensé en el público, en sus joyas y su ropa carísima, y me pregunté qué habría significado para ellos ver a un hombre dominado por fuerzas sobrenaturales. Algunos se habían divertido, supongo, y a otros les había dado igual. Me pregunté a cuántos, como a James, el espectáculo los había asustado.

Cuando el coche se detuvo, abrí los ojos. No estábamos en casa. Había aparcado junto a la capilla de St. Paul's, una iglesia y su cementerio del siglo xviii que ocupaba una manzana entre los edificios de oficinas que quedaban al norte de nuestra casa.

Miré a James con extrañeza. Me dijo:

—Vamos a sentarnos un rato en el cementerio.

—¿Por qué? —le pregunté. Temía que quisiera hacer en ese lugar algo que no debía hacerse en público.

—Tengo un regalo para ti —dijo—. Será inolvidable si te lo doy ahí dentro. —Abrió la guantera y sacó una caja delicadamente envuelta en papel de regalo.

—Está bien —dije, y salí del coche. Lo que James solía proponerme tendía a parecerme tonto al principio, pero en general terminaba disfrutándolo.

Caminamos entre lápidas desgastadas por la exposición a la intemperie, cuyas inscripciones resultaban en su mayoría ilegibles incluso a la luz del día. Me preguntaba si alguno de nuestros parientes estaría enterrado allí. No recordaba que la abuela hubiera mencionado St. Paul's, pero era probable que algún antepasado nuestro hubiera asistido a más de un funeral en aquella iglesia.

Nos sentamos en un banco junto a un sendero oscuro y recordé la escena del cementerio de *Don Giovanni*, en la que la estatua de un hombre al que Don había matado amenazaba con vengarse.

—Es una pena que no haya estatuas aquí —dije.

—¿Por qué?

—Alguna de ellas podría hablarnos.

—Sí —dijo James—. Oh, claro. Es una lástima.

Se volvió hacia mí y me puso la mano en la garganta un instante. Luego empezó a desabrocharme el vestido. Supuse que iba a dejarme los pechos al descubierto, pero solo abrió el vestido un poco por debajo de la base del cuello. Entonces me entregó el regalo. Lo desenvolví apresuradamente, abrí la caja y encontré un collar de perlas barrocas grises. Algo en ellas resultaba de lo más desagradable.

—Deja que te lo ponga —dijo James.

Me puso el collar y sentí la superficie fría y untuosa de las perlas sobre mi piel. Me produjo un escalofrío. James me besó el cuello y oí, a lo lejos, un susurro espantoso:

—Frances. No.

Y entonces me di cuenta de que había visto aquellas perlas antes. La abuela las llevaba puestas la última vez que la vi.

O bien James no notó mi escalofrío, o bien pensó que era un síntoma de placer.

—¿Te gustan? —me preguntó.

—Son preciosas —dije—. ¿De dónde lo has sacado?

—Llevan generaciones en la familia.

—¿Del lado de la abuela o del abuelo?

—De la abuela. Me dijo que solo las mujeres más hermosas de la familia podían ponerse este collar. Por eso quería que lo tuvieras.

James sabía que la abuela no iba a volver. De lo contrario, no me habría dado sus perlas.

¿Cuál era su conexión con Frances?

No pude pensar en ese tipo de cosas hasta mucho más tarde, cuando James dormía a mi lado, con el sudor aún húmedo en su delgado cuerpo extenuado.

El Señor Scratch correteaba por la alfombra, jugando a perseguir un pequeño objeto brillante: una perla. James me había pedido que no me quitara el collar, y se había roto, y las perlas se habían esparcido sobre la cama y alrededor de ella, por el suelo.

James roncaba ruidosamente, con la boca abierta, su mandíbula exhibía una debilidad que nunca resultaba evidente cuando estaba despierto. Era como si estuviera en un trance inducido por el placer.

Me pregunté si habría sido capaz de matar a quien osara interponerse entre él y semejante placer. No podía estar segura, porque no entendía la clase de fuerza que depende de la confrontación física y el uso de armas rudimentarias.

Puede que James fuera el responsable de la desaparición de la abuela. Recordé que unas noches antes había pensado lo mismo del señor Hurlbut. Quizá si los reunía, descubriría la verdad. Y si la descubría, tal vez de paso también descubriría por qué Frances había dejado de visitarme.

Agarré algunos de los gruesos pelos que crecían en la parte superior del muslo de James y tiré de ellos con fuerza. James resolló y abrió los ojos.

—Quiero que me lleves a Lake George —le susurré.

Él frunció el ceño, quizá molesto porque lo había apartado de sus sueños. Una vez me contó que soñaba a menudo que hacía el amor con una «mujer araña». Tenía seis brazos peludos y sus genitales eran como la boca de un tiburón: no tenían pelo, estaban abiertos y repletos de afilados dientes. El sueño le resultaba placentero.

—¿Al lago? —dijo.

—Sí. Tú y yo solos.

—El lago no es para nosotros, querida. Es cosa de ellos.

—¿De quién?

—De nuestros enemigos —susurró. Volvió a cerrar los ojos y su respiración no tardó en volverse profunda. Se durmió al instante.

Lo convencería por la mañana, cuando la luz del sol le bañara los pies, e iluminara la vena que le latía justo debajo del tobillo. Entonces no pensaría en enemigos.

22

El abuelo vino a desayunar a la mañana siguiente. Dijo estar muy feliz por haber regresado a la familia. Se sentó a mi lado, y ocasionalmente me tocaba de forma abstracta, quiero decir, como si fuese un mueble viejo y caro.

Habló de su deseo de que su nieto se hiciera cargo del negocio familiar algún día, y Keith, obviamente, se angustió solo de pensar en ello. Todos estábamos angustiados en cierto sentido. La presencia amable e insensible del abuelo nos había vuelto conscientes de lo mucho que valorábamos el mundo fuera del mundo que habíamos creado. El abuelo representaba otro mundo, uno en el que las personas extraordinarias no eran bienvenidas. Sin embargo, no suponía una amenaza para nosotros, porque se encontraba en nuestro territorio, donde éramos fuertes. Y por mucho que quisiera que formáramos parte de su mundo, era mucho más probable que él se convirtiese en parte del nuestro.

Mientras el abuelo hablaba con la señorita Barton, me disculpé y subí a su habitación. Su cama estaba deshecha. Había un camisón gris tirado de cualquiera manera sobre las sábanas. Lo cogí y me lo llevé a la cara. Olía igual que olía la señorita Barton: no del todo a limpio, pero tampoco a nada desagradable. Miré alrededor, preguntándome dónde estaría el dietario que faltaba.

Me acerqué a una estantería que había en un rincón de la alcoba. Los libros, en su mayoría, me resultaban familiares por las clases de la señorita Barton, y sentí por ella algo parecido al amor cuando me fijé en cuán desgastadas estaban las encuadernaciones de casi todos aquellos volúmenes. Hubo un tiempo en que pensé que no había objetos más misteriosos y emocionantes que los libros. Disfrutaba especialmente tomando prestado un libro de la biblioteca y examinando sus páginas en busca de pruebas de la persona que se lo había llevado a casa antes que yo. Me imaginaba a alguien tumbado, o tumbada, en la cama, apoyando el libro sobre su cuerpo, permitiendo que se le formara una línea roja allá donde el borde del ejemplar descansaba. Me preguntaba qué pensamientos o sentimientos habrían provocado aquellas palabras en los lectores precedentes. Me gustaba encontrar marcas de lápiz en las páginas; palabras y frases subrayadas; señales para ideas en los márgenes.

Saqué una antología de prosa inglesa y la hojeé. Me detuve cuando di con un párrafo subrayado. Era un ejemplar del siglo xvii de *Charlas de sobremesa*, de John Sleden:

> Que exista una ley contra las brujas no prueba que existan; pero castiga la malicia de quienes usan tales medios para deshacerse de personas. Si alguien afirmara que, con solo voltear un sombrero tres veces y gritar «¡Zas!», podría quitarle la vida a un hombre, por más que no fuese posible que hiciese tal cosa, la ley en cuestión sería sin duda una ley justa.

Devolví el libro a su lugar, y mientras seguía con el dietario, pensé en la forma en que la señorita Barton había aceptado rechazar el poder que le había sido otorgado. Al parecer, lo más fácil era negar

la existencia de la verdad, sin más. Pero rechazar esa verdad era reconocer, en cierto sentido, su existencia.

Me acerqué a la voluminosa cómoda de caoba que ocupaba casi toda la pared. Revisé rápidamente todos los cajones, pasando la mano por debajo de las escasas capas de ropa interior. No eran prendas pensadas para ser vistas; no eran ni modestas ni vistosas, eran meramente utilitarias —la ropa de alguien que se preocupaba por su cuerpo, pero no lo honraba.

En el cajón superior había una bandeja de plástico roja llena de joyas baratas y descuidadas, la mayoría de las cuales no se las había visto puestas. Abrí un relicario deslustrado que contenía un rizo. Era de un cabello fino, de un cabello de mujer, del color del mío.

Encontré el dietario en un estante de su armario, junto a un sombrero de paja azul. Antes de salir de la habitación, me puse el sombrero, le di tres vueltas y dije: «¡Zas!».

Me llevé el dietario a mi cuarto y me senté al escritorio para hojearlo. Entusiasmada, pasé los dedos por la vieja encuadernación con el lomo y las cantoneras de piel, y el corazón empezó a latirme con fuerza, ilusionado de antemano. Aún no lo había abierto cuando la señorita Barton llamó a la puerta y pronunció mi nombre. No le respondí y se fue. La oí moverse por su habitación y regresar ante mi puerta.

—Elizabeth —dijo—. No abras el libro. Solo puede hacernos daño a todos, no solo a los demás, sino también a ti.

No contesté.

—Destruye el libro, Elizabeth. No dejes que te destruya él a ti.

Olvidaba que ella misma había tenido la oportunidad de destruirlo y no lo había hecho. A pesar de lo que fingía sentir, sabía que,

obviamente, el libro era demasiado importante como para deshacerse de él. La incomodaba, pero era más fuerte que ella. Volvió a decir mi nombre unas cuantas veces más y por fin se marchó.

Al abrir el libro, oí un gemido vago y lejano. Podría haber sido la señorita Barton, tumbada en su cama deshecha, movida por la angustia o la envidia. O podría ser alguien más lejano en el tiempo y el espacio, alguien cuyas emociones no eran corrientes en absoluto.

Todas las páginas del libro tenían la esquina superior derecha sucia y doblada. Los hilos que sujetaban las páginas a la cubierta se habían aflojado, y cuando lo posé sobre mi escritorio se desprendieron del lomo unos fragmentos de pegamento reseco. Ningún otro volumen de la serie tenía tantas señales de uso.

El texto estaba organizado en tres secciones principales: una era una lista de «palabras, signos y encantamientos eficaces para conjuros, hechizos y otros actos mágicos»; otra era una descripción de «instrumentos y dispositivos útiles»; y otra era una sección en la que se especificaban rituales concretos y sus resultados. La última parte se subdividía en actos que afectaban a espíritus, animales y humanos.

Fui directa a las páginas que se ocupaban de los espíritus y encontré una señal junto a la entrada titulada «Anular la influencia de un espíritu». El texto decía lo siguiente:

> Por la noche, entra en la habitación de la persona que se encuentra bajo la influencia de un Espíritu. Mientras duerme, córtale un mechón de pelo con unas tijeras. En ese momento, di: «Espíritu, siego tu poder». Mientras conserves el mechón, el Espíritu no podrá ejercer ninguna influencia sobre esa persona.

Recordé la noche en que vi a la señorita Barton saliendo de mi habitación y pensé en el mechón de pelo que acababa de ver en aquel relicario. Cerré el dietario y fui a su dormitorio. Abrí la puerta sin llamar. La señorita Barton estaba acostada en su cama, y se incorporó al instante cuando entré. Corrí a la cómoda, abrí el cajón y saqué el relicario.

No intentó detenerme.

—No lo necesitas —dijo—. Tú vida será mejor sin él.

—¿Una vida como la tuya?

—La vida que quieras, Elizabeth.

—¿Y si quisiera una vida extraordinaria?

—Hay muchas formas de lograrla. Yo puedo ayudarte.

—No es tu ayuda la que quiero. Frances me ayudará. Ella nunca me ha dicho lo que debo hacer o en qué debo creer. No le preocupa lo que está bien o mal, como a ti, sino lo que soy. Deberías entender lo importante que es eso. ¿Acaso no te hemos permitido ser tú misma aquí?

La señorita Barton se sentó en el borde de la cama. Guardó silencio.

Mientras la observaba, percibí un vago movimiento con el rabillo del ojo. Me volví para mirarme al espejo. Frances me sonreía.

Cuando salí de la habitación, la señorita Barton me dijo:

—No olvides a tu abuela, Elizabeth.

Fui al desván, para estar sola con Frances. Nunca la había visto tan feliz.

—¿Me has echado de menos, conejita mía? —dijo.

—Sí. Oh, sí.

—Te dije que esa mujer era peligrosa.

—No pensé que pudiera controlarte.

—Nuestro poder no es el único, Elizabeth. Siempre debes tener cuidado con los demás.

—¿Sabes qué le ha pasado a mi abuela?

—No sé nada de esta casa desde que me desterraron.

—La abuela ha desaparecido. Pensé que habíamos sido nosotras.

—No. Yo estaba en su cuarto, observándola desde el espejo, y esperando a que realizaras el ritual, cuando esa mujer me alejó de ti.

—¿Puedes ayudarme a averiguar qué ha sido de ella?

—No. En este caso deben ayudarte los clarividentes.

Le conté lo de la visita a John Dickson.

—Me dijo que tú eras la responsable de su desaparición, pero me mostró el rostro del tío James. ¿Tienes alguna conexión con él?

Frances se rio.

—No. No visito a hombres.

—Quizá debería olvidarme del asunto. Deberíamos pensar en el futuro.

—No. No olvides lo que ha pasado. Te dije que tuvieras cuidado con los demás. Deberías conocer a tus enemigos y rivales. Ahora cuentas con la suficiente fuerza para protegerte. Hazlo.

James se reunió con nosotras en el desván más tarde. Estaba encantado de verme de tan buen humor. Los tres estábamos encantados. Antes de irse, James me dijo que había organizado un viaje para los dos a Lake George. Saldríamos por la mañana.

Cuando volví a mi habitación encontré a Keith durmiendo en mi cama. A su lado había una serpiente, la rey escarlata, a la que había bautizado como Martha.

La puerta del baño estaba cerrada, y desde dentro me llegó lo que parecía el llanto de un bebé. Me acerqué y la abrí. El Señor Scratch estaba apoyado en la pared de azulejos; sus ojos reflejaban intensamente la luz del dormitorio. Arqueó la espalda y me bufó. Encendí la luz del baño y cerré la puerta.

Volví a la cama y sacudí a Keith. Abrió los ojos y me miró, confuso.

—Keith —dije—. Tienes que sacar de aquí a esa serpiente. El gato está muerto de miedo.

—No le hará ningún daño al gato —dijo.

—¿Qué haces aquí?

—Mamá dice que no puedo ir al lago contigo. ¿Puedes convencerla para que me deje?

—Tienes que ir al colegio.

—Puedo tomarme un par de días libres. Quiero buscar serpientes.

—Quédate aquí con tu madre. Te encontraré una serpiente.

—Tú no sabes dónde buscar.

—El señor Hurlbut me ayudará. Encontraremos una rara. De verdad.

Keith parecía aún más niño de lo habitual. Su labio inferior se curvó hacia abajo haciendo un puchero infantil y poco atractivo. Me pareció horrible, pero lo abracé de todas formas.

—Vete a la cama —le dije.

El gato seguía maullando en el baño. Necesitaba mi consuelo más que Keith.

Toqué a la serpiente con la mano y empezó a moverse a regañadientes. Su cuerpo hinchado indicaba que había comido hacía poco. Coloqué su frío cuerpo de colores chillones alrededor del cuello de Keith, lo cogí de la mano y lo conduje a la puerta.

—Hablamos por la mañana —le prometí.

Cuando se fue, abrí la puerta del cuarto de baño y cogí al señor Scratch.

—Vamos —le dije—. Quiero presentarte a Frances.

Lo llevé ante el espejo, y al instante se calmó.

Frances nos observaba atentamente.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Sí, pequeña. Es una criatura sensible, un aliado.

Dejé el gato encima de la cama. Evitando el lugar que había ocupado la serpiente, se acomodó en la almohada que había junto a la mía y se estiró para poder verme mientras me desnudaba. Frances me dio las buenas noches y su imagen se desvaneció en el espejo.

Esa noche no pude dormir. La confusión, las dudas, y puede que también esa ligera sensación de debilidad que había notado los últimos días, me habían abandonado por fin. Mi cuerpo y mi mente rebosaban confianza y fuerza, hasta el punto de provocarme una especie de mareo similar al que sientes cuando bebes demasiado. Recordé una noche, cuando aún era una niña. Mi padre y yo estábamos solos, y él había bebido tanto que olvidó que yo era pequeña, y que era su hija. Le pregunté por qué bebía tanto. Me tendió el enorme vaso de whisky que sostenía.

—Esta es la única manera de explicártelo —dijo.

Así que bebí el whisky que me ofreció, mientras él ponía un disco en el tocadiscos y empezaba a bailar. Sonaba *La Valse* de Ravel, creo; la escuché con atención y lo observé mientras bebía. El placer fue invadiéndome a medida que mi percepción de la alcoba y de mi padre cambiaba. Sin embargo, advertí que aquel placer me debilitaba, me volvía vulnerable. No creo que mi padre llegara jamás a ser consciente de algo tan simple, ni siquiera cuando tropezaba y se caía, tal como le pasó mientras bailaba aquella noche.

Me terminé el whisky mientras él yacía en el suelo gimiendo y retorciéndose de vez en cuando. La música había dejado de sonar, y la aguja golpeaba el espacio vacío en el surco final del disco cuando llegó mi madre. Palideció al vernos. Sus labios, entreabiertos y airados, también palidecieron. Recordé que se los había pintado de rojo oscuro antes de salir esa noche.

Me abofeteó y le tiró whisky a mi padre en la cara.

Fue una velada instructiva. Esa noche entendí a mis padres, y descubrí que la consciencia no era algo inalterable, que podía adoptar muchas formas. Más tarde aprendería que algunas de esas formas te volvían más fuerte.

Podía sentir esa fuerza creciendo en mi interior mientras esperaba a que amaneciera. En algún momento de la noche, me levanté de la cama y fui a la cómoda. Cogí un pintalabios y dibujé un círculo cuidadosamente proporcionado en el espejo. Dentro escribí «Martha», el nombre de la serpiente de Keith.

Keith no habló conmigo ni con nadie durante el desayuno al día siguiente. Martha, su rey escarlata, había muerto por la noche.

Toqué el relicario de la señorita Barton, que colgaba de mi cuello, e intenté no sonreír.

En la mesa reinaba la expectación. Di por hecho que cuando volviese a sentarme a esa mesa estaría rodeada de gente feliz, pero me preguntaba si sería la misma gente.

La señorita Barton me miró con tristeza, aunque sin rencor. Había actuado llevada por la preocupación, pero sin respetarme, y ambas sabíamos que nunca más podría confiar en ella. No había razón para que se quedara con nosotros. Su marcha le dolería a Katherine, que había aprendido más con mi profesora que yo. Pero Katherine iba a poder hacer nuevas amigas ahora que sabía dónde tenía que buscarlas.

Esperé en el estudio con la señorita Barton mientras James subía a por nuestras maletas.

—¿Cuánto tiempo estaréis en el lago? —me preguntó. Lo hizo en voz baja, como si en realidad no quisiera oír la respuesta.

—Solo un día, o dos —dije—. Supongo que no estará usted aquí cuando volvamos.

Contuvo el aliento un instante, sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Esta casa es peligrosa, ¿verdad?

—Sí. Pero no solo para mí.

—Sobre todo para usted. No querría que le pasara nada, señorita Barton.

—Una vez me llamaste Anne.

—Entonces pensaba que estaba siendo sincera conmigo.

Se puso a llorar. Además de sus lágrimas, por las comisuras de sus ojos también resbalaban trocitos de algún tipo de sustancia amarilla

que parecía haberse acumulado allí. Probablemente pensase que estaba ignorando lo mucho que me quería. No lo estaba ignorando; es que yo me decía que no había nada de admirable en ese amor suyo. Era tan destructivo para mí como podía serlo el odio de cualquiera.

23

James y yo salimos de la ciudad en su deportivo rojo. El Señor Scratch viajaba en mi regazo. James quería tomar la autopista West Side, pero le hice cruzar Nueva Jersey para pasar por el túnel Holland. Me encantaba estar bajo el agua gris del río Hudson, y deseé que no hubiera luces en el túnel. Cuando emergimos al embrollo de caminos y pantanos repletos de basura que había al otro lado del río, dije:

—Creo que la señorita Barton nos dejará muy pronto.

—¿Por qué iba a dejarnos? —preguntó James. No parecía muy preocupado, pero sabía que debería estarlo. La cantidad y el tipo de mujeres que había en la casa era de gran importancia para él.

—No creo que haya estado cómoda desde que la abuela desapareció. Está convencida de que alguien la ha matado. Se ha obsesionado con ello.

James tardó en responder. Me pregunté si estaría pensando en la abuela. No era así, porque lo que dijo fue:

—Tendremos que buscarte una nueva profesora, ¿no?

—Sí —dije—. Quizá alguien un poco más joven.

James sonrió por primera vez esa mañana, y pisó a fondo el acelerador.

No interrumpí sus fantasías, me limité a cerrar los ojos y a acariciar el suave y espeso pelaje del Señor Scratch. Al poco estábamos atravesando una zona rural verde, y James extendía la mano derecha y empezaba a acariciar al gato. Mientras observaba su vigorosa mano recordé por qué hacíamos aquel viaje. La imagen del candelabro descendiendo volvió a mi mente. Pero parecía irrelevante. Quería que nuestro viaje fuera de placer. No había necesidad de ver al señor Hurlbut ni de especular sobre la abuela. Dejaría las especulaciones para la señorita Barton.

El estuche de mi flauta estaba en el estrecho asiento trasero del coche. Alargué la mano hacia atrás y lo cogí. Junté las secciones del instrumento y me llevé la boquilla a los labios. Estaba fría. Me puse a tocar la canción de Frances mientras la mano de James me acariciaba el muslo.

Éramos felices. Y, cuando volvimos a entrar en el estado de Nueva York y empezamos a atravesar zonas montañosas y boscosas, pensé en los animales que acechaban allí, esperando a que otras criaturas cometieran un pequeño descuido. Me moría de ganas de caminar por el bosque a lo largo de la orilla del lago. El Señor Scratch se revolvió en mi regazo. Él también era consciente del cambio a nuestro alrededor. Quizá también lo era, al igual que yo, de otro tipo de cambios —más importantes— que se avecinaban.

Cerca de Albany, James paró en una gasolinera a echar gasolina. Mientras se llenaba el depósito, fue al baño. Sabía que yo prefería quedarme en el coche, porque una vez le conté que disfrutaba de la sensación de leve ansiedad que me producía la vejiga llena. Pensar en ello lo divertía, me dijo, y creo que también lo excitaba, en cierto

sentido. Antes de salir del coche me apretó el abdomen con fuerza y sonrió.

Me tendió la cartera y me pidió que pagara yo la gasolina con su tarjeta de crédito. Saqué la tarjeta y empecé a leerla mientras esperaba al encargado. Cuando llegó, me encontró contemplando la tarjeta con la mirada perdida. No sé cuánto tiempo llevaba de pie, junto a la ventanilla, cuando lo vi. Solo podía pensar en la tarjeta. En el nombre que había visto en ella: James Francis Cuttner.

Estaba pensando en lo que me dijo John Dickson: «Es la mano de Frances». Lo que en realidad había dicho era: «Es la mano de Francis». Y cuando me mostró la fotografía de James, lo identificó de forma correcta como Francis. James había matado a la abuela. Lo había hecho por la misma razón por la que yo había ido al Castle Clinton esa noche: no quería que su madre me mandase a aquel internado. Quería seguir pasándoselo bien. O, como a él le gustaba pensar, lo había hecho porque me quería.

—¿Va todo bien?

James había ocupado su lugar al volante.

—No sabía que tu segundo nombre era Francis.

—No estoy especialmente orgulloso de ello. Mi madre me llamaba así de niño. No es un nombre masculino.

Habíamos vuelto a la carretera, y yo recordé que la abuela me había dicho: «Frances es culpable». En realidad, ella también había dicho «Francis». ¿De qué lo consideraba culpable?

Durante el resto del viaje me pregunté qué iba a hacer con lo que había descubierto, porque ya no era una mera sospecha, era conocimiento. Para cuando llegamos a la cabaña, ya había decidido que dejaría que fuera James quien me guiara.

La cabaña estaba húmeda y fría. Los árboles de hoja perenne y espeso follaje que la rodeaban apenas dejaban pasar la luz del sol, excepto algunos días, pocos, en que corría una brisa seca y cálida. Cuando eso ocurría, la cabaña parecía de mármol en lugar de madera. A menudo, cuando me alojaba allí, me despertaba en mitad de la noche con la sensación de estar durmiendo bajo tierra.

No había vuelto al lago desde la muerte de mis padres, así que no pude evitar pensar en ellos cuando llegué. Pero era sorprendentemente poco lo que podía recordar. Algo parecido a lo que recordarías de alguien que se sentaba a tu lado en clase pero con quien no te llevabas especialmente bien. Podías recordar cosas como lo sucios que estaban sus pies y lo viejas que eran sus sandalias, que tenía la voz nasal y aguda, o los dientes pequeños y puntiagudos. Pero no podías reconstruir nada parecido a un sentimiento que te hubiese provocado aquella relación. Me preguntaba si habría muchas personas que pensaran en sus padres como en algo más que meros tutores accidentales; cuántas los habrían elegido como aquellos con los que querían pasar sus primeros años de vida. ¿Habría alguien que sintiese por sus padres lo que yo sentía por Frances? Había llegado a pensar en ella como mi madre. Nos habíamos elegido la una a la otra, y compartíamos un legado. Si algún día yo llegase a tener una hija, Frances, en mayor medida que yo, sería su madre.

Creo que James también se estaba acordando del día que mi madre y mi padre murieron.

—Vamos a nadar —dijo.

—Sabes que no sé nadar.

—Yo te enseño.

Estaba quitándose la ropa y mirándose en el espejo. Era el espejo en el que vi a Frances por primera vez. Estaba allí ahora, sonriendo, y mirándome a mí en lugar de a James. Me quité el jersey, y me bajé la falda. James me ayudó con la ropa interior.

—Te amo —dijo.

Me preguntaba a qué se refería cuando decía ese tipo de cosas. Probablemente solo a que lo ponía cachondo.

—¿Qué harías por mí? —le pregunté.

—Cualquier cosa.

—¿Le harías daño a alguien?

—A quien fuese.

—¿Te harías daño a ti mismo?

James no me había tomado en serio, pero ahora que me había atrevido a desafiar su valor, supe que lo haría. De repente, parecía haber cobrado conciencia. Supongo que es difícil sentirse valiente sin ropa. Miró alrededor de la habitación y luego fue a la cómoda, abrió un cajón y sacó una vela. Era alta y roja. Nunca había visto una igual en la cabaña. Era el tipo de vela que se usaba en los candelabros de plata de nuestra casa en la ciudad.

James encendió la vela y la sostuvo con su mano izquierda. Colocó su mano derecha a unos treinta centímetros de la llama y poco a poco fue acercándola. Sonreía y me miraba a los ojos.

—Dime cuándo quieres que pare —dijo con voz firme.

Cuando su mano empezó a acercarse a la llama, aunque seguía sonriendo, entrecerró los ojos y se le llenaron de lágrimas. No tenía intención de pedirle que parara. Cuando la mano estaba a escasos centímetros de la llama, vaciló y empezó a temblar. Le había puesto cachondo iniciar aquella ridícula demostración, pero cualquier tipo de

placer que pudiese haberle generado semejante estupidez, ahora lo estaba abandonando.

—¿Suficiente? —preguntó.

Sonreí y sacudí la cabeza. Cerró los ojos. Tensó los músculos de la mandíbula.

Tiró la vela al suelo y dijo:

—Cabrona.

—Creí que me amabas.

—Y te amo, zorra estúpida. ¿No acabo de demostrártelo?

Me mostró la palma de la mano. Estaba empezando a formársele una ampolla. No estaba segura de qué me había demostrado, pero dudaba de que fuera amor. Entramos en el baño y le rocié la mano con un pulverizador anestésico. Los músculos de su mandíbula seguían tensos, y supuse que el dolor debía extenderse mucho más allá de la superficie de su mano.

—¿De dónde has sacado la vela? —le pregunté.

No sabría decir si en sus ojos vi dolor o alarma.

—Se supone que debes pensar en mí, no en la maldita vela.

Tomó mi mano derecha, la cogió con su mano izquierda y me guio fuera de la cabaña, hacia el muelle y la pequeña playa.

—Vamos a nadar —dijo.

Me preguntaba si el señor Hurlbut nos estaría observando desde algún lugar entre los árboles, y qué significarían nuestros cuerpos para él.

Mientras estábamos en la cabaña se habían formado unas horrendas nubes negras, y de vez en cuando caía algún relámpago, demasiado lejos para que pudiéramos oír los truenos. No había viento, el lago estaba tranquilo, y el único sonido que se oía era el

chillido de un par de golondrinas que volaban erráticamente sobre el lago.

James corrió hacia el agua y empezó a nadar con fuerza para alejarse de la orilla. Yo me adentré hasta que el agua fría me llegó a los muslos y luego me sumergí lentamente, sin apenas notar la arena ni las piedras que había en el fondo, de tan entumecido como tenía el cuerpo. Me recosté sobre los codos, manteniendo la cabeza fuera del agua. Cada vez había más relámpagos, y ahora unos débiles truenos lejanos rompían el silencio esporádicamente. Volví a pensar en mis padres y me pregunté cómo se habrían sentido cuando el lago se los tragó. Sumergí la cabeza en el agua y la mantuve allí todo lo que pude.

Me sorprendió descubrir que, transcurridos los primeros momentos, no era consciente del agua, solo lo era de mi cuerpo. El único sonido que oía era el latido acelerado de mi corazón, tan potente y percusivo como el trueno que había oído fuera del agua. Empecé a notar los pulmones como si estuvieran llenos de hielo, y fui consciente de su existencia de forma tan brutal que podía verlos, eran dos bultos inmaculadamente blancos, y flotaban delante de mí. Los brazos y las piernas parecían de metal: fríos y pesados.

Cuando no pude soportarlo más, saqué la cabeza y respiré hondo. El silencio y el cielo que seguía oscureciéndose contrastaban sobrecogedoramente con lo que había visto y oído bajo el agua. James estaba nadando de vuelta. El mundo que veía parecía extrañamente plácido, y me sentí atraída por la intensidad de aquel otro que acababa de dejar. Sumergí la cabeza otra vez. Ahogarse era una forma muy íntima de morir, pensé: te replegabas sobre ti mismo; eran tus propios actos los que acababan contigo.

Había respirado profundamente antes de sumergirme por segunda vez, y permanecí bajo el agua mucho más tiempo que la primera. Cuando estaba a punto de sacar la cabeza, noté una presión en la garganta. Era una mano, y aunque no intentaba estrangularme, tenía la fuerza suficiente como para impedirme salir. Antes de que me entrara el pánico, la mano dejó de ejercer presión, se posó sobre mi hombro y me sacó del agua. Era James, por supuesto. Había estado impidiendo que emergiera con la mano quemada.

—¿Suficiente? —me preguntó.

Cayó un rayo, y casi al mismo tiempo oímos el estruendo del trueno. Corrimos hacia la cabaña mientras el eco del sonido se extendía por las colinas, al otro lado del lago.

James encendió la estufa de gas que había en la cabaña. El conducto de la chimenea estaba envuelto con un material aislante de color gris a su paso por la pared de la cabaña. Un pequeño animal lo había mordisqueado y se había deshecho de parte del aislante. Me pregunté si el animal estaría en la cabaña con nosotros.

La lluvia empezó a caer, retumbando entre las agujas de los pinos. Nos envolvimos en toallas y le vendé la mano a James. Nos metimos en la cama y nos quedamos tumbados sin tocarnos, escuchando la lluvia. James respiraba profunda y uniformemente, casi dormido.

Traté de recordar su expresión tras su tentativa de ahogarme. ¿Tenía cara de que la cosa había sido una broma melodramática? ¿O de haber pretendido demostrar algo sobre la naturaleza y los límites de su amor? Pensé que la muerte, y no el amor, era lo que movía a James. Cuando noté su mano en mi garganta, me di cuenta de que poseía una fuerza que iba más allá de lo físico. No se preocupaba por los medios, como yo, sino por los fines: por el fin último. En ese

momento había hecho que me sintiera vulnerable. Y no me gustaba sentirme así.

Ahora bien, pese a ello, allí estaba, tumbado inocentemente a mi lado. Sabía que me bastaba con levantarme y caminar hasta el espejo para controlarlo.

—James —dije.

—¿Hummm…?

—Antes me has dicho que le harías daño a cualquiera por mí. ¿Te gusta hacerle daño a la gente?

—No le he hecho daño a mucha gente.

—¿Disfrutaste con lo que le hiciste a la abuela?

No se movió, y su respiración siguió siendo tranquila. Pensé que quizá no me había oído.

—Mataste a la abuela, ¿verdad? —pregunté.

—No me importa que creas que lo hice —respondió. Sonaba despreocupado.

—¿Crees que podrías matarme? —pregunté.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Conozco tu secreto.

—Yo también conozco el tuyo, Elizabeth.

—¿Qué secreto?

—Sé lo que es esto. —Puso su mano en la señal de mi muslo—. Sé que querías deshacerte de tu abuela y que te sientes culpable porque ya no está. Pero no debes sentirte así. Cree en lo que sea que quieras creer, por raro que sea. No te querría si fueses como las demás

James empezó a besarme. Probablemente fue la primera vez que sus besos no me gustaban, pero no me resistí. Dejé que jugara

conmigo mientras oía cómo caía la lluvia entre los árboles y trataba de entender lo que había intentado decirme. ¿Creía que yo era la responsable de la desaparición de la abuela, o solo pretendía que me sintiera culpable por lo que él había hecho? Frances y la señorita Barton habían dicho que yo no era la responsable, pero quizá se habían equivocado, porque yo me sentía responsable, aunque no me sentía culpable, como James parecía creer.

Empecé a sentir una especie de enfado que pensé que podía ser arrepentimiento. Sin embargo, no tenía claro de qué me arrepentía. Solo sabía que yo era el tipo de persona que necesita una gran cantidad de certezas para vivir, y parecía estar rodeada de gente que solo pretendía generar incertidumbre a mi alrededor. Quería que James se durmiera para poder hablar con Frances. Volví a centrarme en James. No tardó en culminar aquello que había estado haciéndome y en emitir algún que otro gemido de agradecimiento.

Cuando se durmió, me levanté silenciosamente de la cama y me vestí. La tormenta había pasado y los truenos volvían a oírse lejos. Fui a la otra habitación, donde mis padres habían pasado su última noche juntos. Me situé frente al espejo y observé cómo aparecía la imagen de Frances. Se veía con claridad, aunque ella parecía demacrada. Nunca había sentido su poder con tanta fuerza.

—¿Qué debo hacer? —le pregunté.

—Tienes la fuerza, cosita mía. Ha llegado el momento de que la uses.

—¿Es necesario?

—Sí. Te han acusado. Debes dar una respuesta.

El Señor Scratch saltó sobre la cómoda. Tenía un pequeño animal de pelaje gris en la boca; una especie de ratón, pensé. El ratón

forcejaba débilmente. El gato lo sacudió con fuerza y luego lo dejó caer. El ratón se quedó quieto, respirando agitadamente. Observó al gato un momento y luego comenzó a moverse erráticamente por la cómoda. El Señor Scratch lo detuvo con una pata y, mientras el ratón chillaba tímidamente, se metió la cabeza en la boca y cerró las mandíbulas. Dejó caer el cadáver frente a mí y me miró a los ojos. Puse una mano en su cabeza y sentí las vibraciones de su potente ronroneo.

Me miré en el espejo y vi el rostro sonriente de Frances desvanecerse en la neblinosa luz de la habitación.

24

Estaba mucho más tranquila que antes, y tenía mucha hambre. Habíamos traído algo de comida en una cesta de pícnic, pero seguía en el coche. Salí a buscarla y me comí un trozo de pan francés con un pedazo de uno de aquellos quesos fuertes que le gustaban a James. De beber solo habíamos traído vino, y bebí más de lo acostumbrado. La cabaña me pareció inusualmente silenciosa, aunque, si prestabas atención, ibas percibiendo poco a poco unos pequeños ruidos de fondo. James respiraba ruidosamente en el dormitorio; lo que hacía no era exactamente roncar, sino engullir el aire como lo haría un animal herido. El viento agitaba las ramas empapadas de los árboles, provocando lo que parecía un golpeteo lejano. Salí al porche y escuché con atención. El golpeteo provenía de cerca del lago, de la propiedad contigua, donde el señor Hurlbut tenía su casa. Caminé en dirección al sonido, y unas frías gotas de lluvia que se habían acumulado en los árboles me cayeron encima. Al llegar al lago vi al señor Hurlbut a unos metros de la orilla. Blandía un hacha grande, de dos hojas. Estaba cortando las ramas de un árbol caído. Lo hacía mirando en mi dirección y, cuando me vio, dejó el hacha.

Mientras me acercaba, me pregunté por qué mi abuela lo había elegido como amante. Supuse que debió de ser por su cuerpo,

porque incluso ahora, pese a ser un viejo, resultaba impresionante. Era un cuerpo descuidado, pero no por abandono, como el de la mayoría, sino por haber hecho de él un uso imprudente. Podía entender hasta qué punto sus cicatrices y su olor serían capaces de atraer a una mujer acostumbrada a hombres limpios de piel tersa.

El señor Hurlbut parecía tranquilo mientras me acercaba, pero su mirada reflejaba cualquier cosa menos tranquilidad. No le dije nada hasta que estuve lo suficientemente cerca para ver la barba blanca que cubría sus mejillas y parte de su garganta.

—Hola, señor Hurlbut.

—Hola, Elizabeth. —No me llamó «señorita», como solía hacer—. Acabas de llegar, ¿verdad?

—Sí. El tío James y yo hemos venido en coche.

—Ajá.

No se le daba bien hablar. Los sonidos que emitía parecían sorprenderle, como si fueran producto de un acto poco familiar. Pero no parecía reacio a hablar. Tenía algo que decir. Me senté en el tronco del árbol caído y esperé a que decidiera cómo iba a hacerlo. Puesto que permaneció en silencio un par de minutos, al final fui yo quien dijo lo siguiente:

—Me sorprendió que viniera a visitar a la abuela.

Frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—¿Te dijo ella que había ido a verla?

—No. Le vi.

—¿Ha hablado ella contigo?

—No.

El señor Hurlbut frunció aún más el ceño.

—La abuela ha desaparecido —le dije.

Abrió los ojos de par en par y miró alrededor, como si no supiera quién había dicho aquello. Me miró de nuevo y dijo:

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—¿No lo sabía?

—¿Cómo iba a saberlo?

—James vino a ver si estaba aquí. Pensé que se lo habría contado.

El señor Hurlbut se sentó a mi lado.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —repitió.

—No hay mucho que contar. Desapareció la noche después de su visita. No sabemos cómo.

El señor Hurlbut se puso en pie de repente y cogió el hacha. La levantó y golpeó con saña el tronco del árbol. Aquella era la clase de gesto con el que James hubiera expresado su cabreo, y me convenció, más que con cualquier otra cosa que hubiera podido decir, de que no había sabido nada de la desaparición hasta ese momento.

—¿Qué le dijo a la abuela? —le pregunté.

—Es ese chico —dijo.

—¿Qué chico?

El viejo volvió a sentarse a mi lado y miró al suelo. Debieron de pasar cinco minutos. Había una hormiga negra enorme en mi pierna, moviéndose frenética de un lado a otro y deteniéndose de vez en cuando como si estuviera perdida. Un mirlo cantaba en algún lugar del bosque profundo. Finalmente, el señor Hurlbut dijo:

—Ya no eres una niña, ¿verdad?

—Claro que no.

—Eso significa que no debería fiarme de ti. Pero no hay nadie más.

Puse mi mano sobre la suya, la tensó y la apartó.

—¿Qué opinas de tu tío James?

—Es muy bueno conmigo.

—Pero no es bueno para ti. Deberías alejarte de él.

—¿Fue eso lo que le dijo a la abuela?

Asintió, sin despegar la vista del suelo.

—¿Cómo puede saber si James es bueno o malo? Apenas lo ha visto.

—Lo vi, pero él no se enteró. Lo vi en el lago con tus padres. Cuando murieron. Seguirían vivos si él no hubiera ido con ellos.

—¿Cree que James mató a mis padres?

—Los dejó morir. Los ayudó a morir.

—¿Por qué no lo dijo en su momento?

—A un hombre le cuesta hablar mal de su hijo.

—¿James es su hijo?

—Eso me han dicho. Y no tengo motivos para dudarlo.

Yo tampoco tenía motivos para dudarlo. El parecido físico entre ambos era evidente en cuanto te fijabas. Pero el señor Hurlbut se equivocaba con respecto a James y a mis padres.

—¿Por qué James querría matar a mis padres? —pregunté.

—Deberías saberlo mejor que nadie. Él quería estar contigo.

—James no mató a mis padres. Estoy segura de que no lo hizo.

—Te equivocas, Elizabeth. James no es un buen hombre.

—Es usted el que se equivoca —le repliqué.

No era difícil imaginar cómo había llegado a sentir esa animadversión hacia su hijo. James había vivido en otro mundo. Lo había compartido con la mujer a la que el señor Hurlbut presumiblemente amaba. Me volví para mirarlo. No era más que un

hombre que había envejecido en un mundo en el que hasta la naturaleza era hostil. Había visto árboles partidos por rayos. Había oído a animales aullar de dolor en mitad de la noche y había encontrado sus cuerpos ensangrentados entre los árboles por la mañana. Le había contado a su mujer lo que había visto y había sonreído mientras ella se volvía en silencio, mordiéndose sus labios muertos.

—¿Por qué me cuenta todo esto ahora? —le pregunté.

—No hay nadie más a quien pueda contárselo. Y no puedo permitir que haga más daño. Antes no creía que fuera a causarte ningún daño. Solo pensaba que estarías mejor lejos de él. No quería que lo culpasen de nada. Por eso le pedí a su madre que te enviara a un internado. Pero si le ha hecho daño a su madre, eso significa que no hay nada que no sea capaz de hacer.

Recordé a James sujetándome la cabeza bajo el agua.

—¿Y qué quiere que haga?

—Quédate conmigo —dijo. La luz del atardecer deformaba su rostro. Casi todas las nubes se habían disipado, el cielo era de un rosa refulgente y se reflejaba en las ondulaciones del agua como la luz palpitante de un neón defectuoso—. Quédate en mi casa, al menos, por el momento, mientras voy a ver a James.

—¿Qué piensa hacerle?

—Averiguaré qué ha pasado con su madre.

—Déjeme hablar con él primero —le dije—. Me contará cosas que no le contaría a usted. Mañana vendré a verle y le diré lo que haya averiguado. Entonces decidiremos qué hacer.

El señor Hurlbut temblaba. Le pasé el brazo por encima del hombro y lo besé en la mejilla. Estaba segura de que hacía muchos

años que no estaba tan cerca de una mujer joven.

—Martha —susurró.

Estaba pensando en la abuela. Me pregunté si la recordaba como la última vez que la había visto, o como era antes de que naciese James. Lo rodeé con ambos brazos y puse su cabeza en mi pecho. Se apoyó en mí torpemente, pero agradecido, como lo haría un niño que se hubiera hecho daño, consciente principalmente de su dolor, pero feliz de estar compartiéndolo con alguien. Estaba demasiado débil para enfrentarse a James.

El sol se había ocultado tras la cima de la montaña y seguíamos sentados, presa de nuestro incómodo abrazo. Cuando el cielo se oscureció aún más, el señor Hurlbut dejó de temblar. Cambió de postura, y se hizo evidente que había dejado de llorar por Martha.

—No pasa nada —dije—. No pasa nada. En realidad, no somos parientes.

Cuando regresé a la cabaña, James estaba en la cocina. Tenía un vaso de whisky en una mano y en la otra una cebolla tierna a medio comer. Había restos de comida atrapados en el vello de su pecho desnudo.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—Paseando. Viendo el atardecer.

—He pensado que podías estar celebrando un pequeño ritual a la luz de la luna.

Tal como me esperaba, ahora que ya había hablado de mi «secreto», no dejaría de hacerlo. Pero yo no tenía por qué

responderle. Había maneras más directas de hacerle saber lo que había ocurrido de verdad.

—Me he encontrado con el señor Hurlbut —dije.

A James no pareció interesarle lo suficiente como para responder. Le dio un mordisco a la cebolla. Mientras masticaba, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hemos tenido una conversación muy interesante.

—No sabía que era capaz de mantener una conversación, y desde luego, no una que pudiera resultar interesante. Pensé que se comunicaba mediante su olor.

—¿No sientes ninguna afinidad con él?

—Solo una leve repulsión. Aunque creo que mi madre siempre estuvo interesada en él.

—No sabía nada de su desaparición. Se disgustó cuando se lo mencioné.

—Supongo que le dijiste que yo era el responsable.

—No tenía por qué. Es un hombre listo.

—No le interesan las personas, solo las tormentas y las serpientes.

James se acabó la bebida y volvió a llenarse el vaso.

—Keith quiere que le llevemos una serpiente —dije—. Quizá el señor Hurlbut podría encontrarnos una.

—Yo encontraré una.

—Quiere una que no tenga.

—¿Tiene alguna cascabel?

—No. ¿Debería tener una?

—Es cuidadoso. Y la montaña está llena. Le conseguiremos una por la mañana.

—Tú se la conseguirás —precisé.

James sonrió. Su sonrisa se la había esculpido una dentista carísima cuya consulta visitaba a menudo. Una vez me dijo que no era que le preocupara especialmente el aspecto de sus dientes, sino que le gustaba que aquella joven tan atractiva le metiera los dedos en la boca. Las razones por las que James hacía lo que hacía rara vez eran lo que parecían. Y las verdaderas eran tan poco atractivas como los ridículos muñones que escondían sus dientes de porcelana.

25

A la mañana siguiente me encontré a James en el porche, quitándole la corteza a un palo largo y bifurcado.

—Estoy listo para las víboras —dijo—. ¿Vienes?

—No, gracias.

Mi negativa lo complació, y aumentó su más que evidente entusiasmo. Rara vez me asustaba o me disgustaba cualquier cosa que él me propusiera, así que aprovechó la ocasión para sentirse superior y presumir de valentía. Se metió un poco de chocolate en el bolsillo y cogió una funda de almohada para guardar su trofeo. Cuando estuvo preparado para irse, se me acercó y me puso las manos en los hombros. Pretendía darme un beso, pero en cuanto me miró a los ojos, no lo vio claro. Abrió la boca, dijo:

—Bueno…

Y eso fue todo. Cogió el palo y se encaminó hacia la montaña. El Señor Scratch lo siguió, moviéndose sigilosamente por el borde del sendero. Me metí en el dormitorio, donde me esperaba Frances. Me quedé allí unos minutos, mirándola fijamente y sintiendo su fuerza crecer en mi interior. Había creado una realidad para mí que no podía existir lejos de ella, y lamentaba tener que alejarme constantemente. Pero muy pronto estaríamos más unidas. Muy pronto yo sería la única persona que importase en el edificio de

Coenties Slip, y podría dedicarle a Frances todo mi tiempo. Tal vez lograra aprender a tocarla. Tal vez me despertaría en mitad de la noche y sentiría su cuerpo contra el mío. Su piel fría, y seca.

—Ha llegado el momento de dibujar el círculo —dijo Frances.

Alargué la mano hacia el espejo y la apoyé en la superficie. El cristal no era plano, sino que estaba ligeramente hundido allá donde ella se reflejaba, por lo que parecía que hubiera un relieve superficial. Presioné la superficie y sentí cómo cedía un poco bajo mis dedos.

—El círculo, pequeña —dijo—. Ya tendremos tiempo de tocarnos.

Su imagen estaba un poco borrosa. Vi lágrimas en sus ojos.

Caminé por la orilla del lago hasta un pequeño mirador circular que se alzaba sobre una cima rocosa. La estructura llevaba años abandonada. El tejado se había derrumbado en algunos puntos y la madera sin pintar tenía un aspecto viejo y desgastado. Podría haber sido el esqueleto de una criatura extraña que hubiera salido del mar para morir. Pisé con cuidado el suelo podrido. El diámetro era de unos dos metros. Distinguí algunas iniciales talladas en los postes grisáceos y en las barandillas. Pensé en los amantes que habían pasado por allí, o incluso se habían acostado en aquel suelo, años atrás. Era posible que la abuela y el señor Hurlbut se contaran entre ellos.

Llevaba conmigo un cubo de plástico, que había llenado con arena de la playa que se formaba junto al lago. Me situé en el centro del mirador y cogí un puñado de arena, extendí el brazo y la derramé lentamente entre mis dedos. Repetí el movimiento, girando sobre mí

misma hasta que hube completado el círculo en el suelo. En el interior, utilizando un poco más de arena, escribí «James Francis Cuttner». Cuando terminé, me quedé quieta durante un segundo, en mitad del círculo, pensando en James. Lo imaginé caminando por el bosque, mirando bajo los salientes de las rocas, hurgando en las madrigueras. Empecé a temblar de forma violenta, y a pronunciar palabras que era incapaz de entender. A medida que mi voz se alzaba de forma incontrolada, empecé a transpirar cada vez más. Sentí un hormigueo en la piel y el cielo pareció oscurecerse de repente. Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento es un sonido hueco, un maullido que podría haber sido el de un gato excitado sexualmente.

Abrí los ojos un momento pero volví a cerrarlos al instante para protegerme de la intensa luz. Olía a madera podrida y tenía arena en la boca. Cuando conseguí mantener los ojos abiertos, me levanté poco a poco del suelo del mirador y me agarré un momento a uno de los postes. El sol estaba declinando sobre las montañas del oeste. Abandoné el templete con precaución y emprendí el regreso a la cabaña.

El señor Hurlbut estaba sentado en el porche. No se levantó cuando me acerqué, pero era evidente que se sintió aliviado al verme. Se había afeitado, y aunque llevaba puesta la misma ropa sucia del día anterior, parecía más aseado. Supuse que se había bañado por la noche, y que había pasado un rato metido en la bañera, rodeado de un cerco negro de suciedad mientras su mujer esperaba en la habitación de al lado, escuchando el chapoteo del agua y preguntándose qué clase de horrible acontecimiento había sucedido o estaba a punto de suceder.

—Me he quedado dormida —dije.

—¿Dónde está?

—¿James? ¿No ha vuelto aún? Ha ido a Tongue Mountain a buscar una serpiente para Keith.

—¿Cuándo se ha ido?

—Esta mañana. Temprano.

El señor Hurlbut se levantó y dijo:

—Será mejor que vaya a buscarlo.

—Pero pronto anochecerá.

—Voy a buscar una linterna. No podemos dejarlo ahí fuera toda la noche.

—¿Cómo sabremos dónde buscar?

—Tú te quedas aquí. Esta noche recorreré el sendero principal. Está señalizado. Si no hay suerte, por la mañana iré en busca de ayuda.

—¿Crees que se ha perdido?

—En el mejor de los casos, se habrá perdido. Aunque puede que le haya mordido una serpiente.

—¿Podría ser muy grave?

—No mucho si recibe tratamiento de inmediato. Las mordeduras no suelen ser letales, y hay kits para tratarlas colgados en los árboles a lo largo del sendero. Aunque los niños los saquean. —Me observó con la mirada perdida—. Es una pena que te quedaras dormida —dijo. Al ver que no le contestaba, añadió—: ¿Quieres quedarte aquí o en mi casa?

—Quiero ir contigo.

Para mi sorpresa, no puso objeciones.

—Puede resultar desagradable —dijo—. Y necesitarás unas botas altas.

—Creo que en la cabaña hay unas que me van bien. De goma gruesa.

Empezó a alejarse hacia su cabaña.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Frances estaba encantada.

—Lo has hecho muy bien, mi pequeña —dijo, mientras observaba cómo me cambiaba de ropa. Tenía ganas de apretar mi cuerpo contra el espejo.

El señor Hurlbut llevaba unas botas altas de piel. Una gran linterna de pilas, una caja roja y blanca y el mismo tipo de palo bifurcado que James llevaba consigo. Me entregó la caja.

—Es un botiquín de primeros auxilios —dijo—. Quédate a un metro detrás de mí.

Nos internamos con rapidez en la parte oscura del bosque, tras la relampagueante luz azulada de la linterna. El sendero era ancho y me resultó familiar al principio, pero poco a poco se volvió empinado y apenas perceptible. Al final no parecía haber ningún rastro de que alguien hubiese caminado por allí antes. El señor Hurlbut empezó a dirigir la linterna hacia arriba, en busca de las señales metálicas que debían estar fijadas a los árboles. Tropecé más de una vez con mis ridículas botas, y las ramas de los arbustos y los árboles me arañaron la cara. Me cubrí la cabeza con el antebrazo para protegerme los ojos. Los insectos zumbaban a mi alrededor, y maté de una palmada a un mosquito que se había detenido en mi cuello.

Cuando me miré la mano, me topé con una pequeña mancha de sangre y el cuerpo aplastado del mosquito.

De repente llegamos a un claro al borde de un acantilado. Había oscurecido por completo y se oía el chapoteo del lago contra las rocas. Quedaba muy por debajo de donde nos encontrábamos. El señor Hurlbut se sentó y apagó la linterna.

—¿Ha pasado por aquí? —le pregunté.

—Alguien lo ha hecho. Pero creo que se ha desviado y se ha salido del sendero. Puede que ya lo hayamos adelantado.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Me pregunté qué esperaba encontrar el señor Hurlbut. Si su deseo de vengar la muerte de Martha era mayor que lo que fuera que sintiese por su hijo. No teníamos por qué estar buscándolo de noche. ¿Pretendía ayudarlo o quería encontrárselo en apuros?

El señor Hurlbut volvió a encender la linterna.

—¿Oyes eso? —preguntó.

Agucé el oído, pero solo oí el sonido del agua, el viento en los árboles y el leve zumbido de un motor fueraborda al otro lado del lago. Y entonces oí otra cosa, algo más débil.

—Sí —dije—. ¿Qué es?

—Es un gato. Un gato doméstico, creo.

Se levantó y echó a andar en dirección al lugar de donde procedía aquel sonido. Lo seguí, pero con más cautela que antes. A medida que el sonido se hacía más intenso, reconocí el maullido que había oído en el mirador. Era el Señor Scratch, estaba segura.

Aún seguíamos el sendero, y me dije que debíamos de estar cerca de la cima de la montaña. Aunque la montaña no era mucho más que una colina grande, y a pesar de que la pendiente no era muy

pronunciada, empecé a acusar el cansancio. Tenía la ropa empapada en sudor.

El señor Hurlbut se detuvo y dirigió la linterna hacia un punto fijo que tenía enfrente. Vimos brillar un par de luminosos ojos de un verde amarillento durante un instante. Pero desaparecieron inmediatamente. Vislumbré el destello de un pelaje rojizo escapando del círculo de luz. Y vi algo más. Era una mano emergiendo de la depresión rocosa que teníamos delante. Avanzamos despacio, y cuando ascendimos lo suficiente para tener una mejor visión del terreno, junto a la mano distinguimos un rostro tumefacto, deformado por una desagradable mueca. Era un rostro sin vida. Era el rostro de James.

Tenía los ojos abiertos y la boca torcida en un gesto que semejaba un grito. Era como si hubiera estado debatiéndose para no ahogarse, como si hubiera luchado por mantener la cabeza fuera del agua, extendiendo una mano hacia la superficie por última vez. Recordé la ópera que habíamos visto juntos. En el círculo de luz que dibujaba a su alrededor la linterna, James parecía un Don Giovanni iluminado por los focos mientras era arrastrado definitivamente al inframundo en el instante de su muerte.

El señor Hurlbut se adelantó, yo di la vuelta y esperé a que regresara. Aún llevaba conmigo el botiquín de primeros auxilios, pero sabía que no iba a necesitarlo. Oí al señor Hurlbut forcejeando para mover el cuerpo. Tardó diez minutos en volver. Cuando lo hizo, se detuvo a mi espalda.

—Deberíamos regresar. Llamaré a alguien para que nos ayude a bajarlo por la mañana.

Descendimos torpemente la montaña, sin hablar, mientras allí arriba las criaturas de la noche se acercaban curiosas a oler y a tocar la carne helada e hinchada de James.

Pasé la noche en la cabaña del señor Hurlbut. Nos consolamos el uno al otro mientras una especie de parloteo incomprensible salía de detrás de la puerta del dormitorio de su mujer.

26

Katherine no lloró la tarde del funeral de su marido, pero esa noche, cuando ella, Keith y yo estábamos sentados en el comedor de Coenties Slip, se quedó mirando la silla vacía de la señorita Barton, y empezó a verter lágrimas en el plato que seguía intacto, pues no había probado bocado.

La señorita Barton hizo su destartalada maleta cuando James y yo nos fuimos al lago, y regresó al lugar de donde fuera que hubiese salido. La nota que dejó sobre la cama de Katherine no mencionaba cuál era ese lugar. No iba a poder inmiscuirse, y aunque Katherine estaba triste, no tardaría en descubrir que yo tenía cualidades que harían algo más que reemplazar aquello que tanto le había fascinado de la señorita Barton. Sin embargo, pensaba dejar que lo descubriera por sí misma. No intenté interferir en su estúpido despiste. Los días transcurrían plácidamente.

Las noches, en cambio, eran emocionantes. Las pasaba con Frances. No hablábamos de mi vida, sino de la suya y de las vidas de quienes la habían seguido. Cada noche se volvía más palpable. Mientras le hablaba, pasaba los dedos por el espejo, que se había convertido en algo cálido y flexible.

El señor Cuttner acostumbraba a cenar con nosotros. Era generoso y atento, pero no de forma ofensiva. Empecé a darme

cuenta de que se interesaba por nosotros, pero no nos quería. Dudaba de que alguna vez hubiese querido a alguien, y lo admiraba por ello. Quizá había estado más cerca de amar objetos que a personas. La suya parecía una de esas actitudes que te mantienen a salvo de todo daño, porque las cosas no se dejan poseer por aquello que sus dueños sienten.

Keith había vendido sus serpientes. Puede que por lo que le había pasado a su padre. O puede que porque sus necesidades se estaban volviendo más complejas. Quiso saber si iba a dejar la puerta del baño entreabierta cuando me bañase, y empezó a tararear melodías de *Don Giovanni*, con su voz fina y quebrada que, sin embargo, cada semana se iba volviendo más firme.

Pensaba a menudo en John Dickson y en su austero apartamento. Me preguntaba si le gustaría vivir rodeado de los cuidados muebles de la casa de Coenties Slip.

Rara vez pensaba en James.

No sé exactamente cuándo empecé a tener el sueño. No me preocupó especialmente, porque siempre he tenido sueños muy elaborados. Desde niña, uno de mis grandes placeres ha sido quedarme en la cama al despertar y recordar las imágenes que me había regalado el sueño. Pensaba en ellas como si fueran obsequios, pero nunca traté de imaginar quién me los hacía.

Básicamente, el nuevo sueño siempre consistía en lo mismo. Yo era un bebé: diminuto, desnudo, asexuado, y rígido, como una muñeca antigua. Yacía en un manto de malas hierbas, negro y profundo. Mis ojos y mi cabeza estaban inmóviles, y miraba fijamente el espacio que había sobre mí, que era transparente, pero pesado y distorsionante, como un bloque de vidrio imperfecto. Oía

una respiración brusca, como la de un animal, y algo crujía entre la hierba junto a mí. Poco a poco, dos cabezas aparecían en mi campo de visión. Salían del cuerpo de un reptil. Y eran las cabezas de Frances y de la señorita Barton. La criatura se sentaba a horcajadas sobre mí, y las cabezas descendían, asomando sus lenguas ásperas y pálidas. Las lenguas empezaban a lamer mi cuerpo, lo raspaban emitiendo un sonido seco. Bajo la caricia abrasiva, rítmica e incesante de aquel par de lenguas, mi cuerpo empezaba a empequeñecer, como si fuese un pedazo de queso desgarrado por los dientes de un rallador de acero. Poco a poco, mis rasgos se nivelaban, y mis brazos y mis piernas acababan convertidos en muñones, mientras que mi torso no dejaba de menguar, y cada vez resultaba más indefinido. Al final, yo quedaba reducida a la nada mientras descendía la oscuridad, envolviendo los cuatro ojos brillantes de aquella criatura de dos cabezas.

No le hablé a nadie, y menos aún a Frances, del sueño. Una de las cosas más bonitas de los sueños es que solo los tienes tú. No pensé en lo que podría significar. Habría sido inútil, pues los sueños no significan nada para quien los sueña. Siempre son otros quienes los «interpretan» y les encuentran sentido.

Pero aquellas imágenes me perturbaban. Se repetían cada noche, y si me sentaba en silencio durante el día, no podía evitar oír la respiración animal y el susurro de la maleza. Aunque no lamentaba la ausencia de la señorita Barton, empecé a recordar lo útil que había sido como pasatiempo. Sin embargo, también recordé que me había privado de mis habilidades especiales en una ocasión, así que, por más que me hubiera divertido a ratos con ella, lo cierto era que suponía un peligro constante.

Las tardes se convirtieron en el mejor momento del día para mí. Después de cenar, me iba inmediatamente a mi cuarto, donde podía hablar con Frances. Cada vez dormía menos. Me quedaba sentada frente al espejo con ella, hasta que perdía la consciencia y me dormía. Soñaba aquella cosa, y luego me despertaba y me obligaba a seguir despierta unos minutos antes de que el sueño volviese a empezar.

Hasta que una noche, tras despertar del sueño, mi vida cambió.

Lo que ocurrió en aquella ocasión fue que abrí los ojos rápidamente y que, bajo la tenue luz de la habitación, vi una figura de pie junto al tocador. Al principio me pareció que era Frances, y me invadió la emoción. Era una emoción agradable. ¿Se había liberado al fin del espejo? Nada podría haberme hecho más feliz. Pero cuando hice ademán de levantarme e ir hacia ella, me di cuenta de que no era Frances. Era la señorita Barton, y sostenía su relicario, el relicario que había utilizado para privarme de mis poderes. Aún contenía mi mechón de pelo. Sabía que no podía dejarla salir, pero estaba paralizada. Me miró brevemente, con una expresión que era una mezcla de compasión y antipatía, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación.

No pude ponerme de pie enseguida. Sabía que, si no recuperaba el relicario, podía verme privada de mi legado para siempre. Y tal vez no volvería a ver a Frances nunca más. Me dirigí al espejo. Frances no estaba.

Corrí al pasillo.

—¿Señorita Barton? ¿Anne? Vuelva… Por favor, vuelva.

Gritaba incontroladamente.

Fui a su antiguo cuarto y encendí las luces. La habitación estaba vacía y fría. Me miré en el espejo y solo vi mi rostro bañado en lágrimas.

—¿Frances? No me dejes.

Subí corriendo las escaleras hasta el desván, llamando a la señorita Barton. Escalé los viejos y pesados muebles que estaban guardados allí, arrancándoles las fundas que los mantenían protegidos del polvo, y escudriñando todos los rincones, tratando de dar con el lugar en el que la señorita Barton debía de haberse escondido. Estaba rodeada de polvo, que se arremolinaba bajo la luz mortecina, asfixiándome y cegándome. Me dirigí a tientas hacia la alfombra extendida sobre la que James y yo habíamos pasado tanto tiempo. El viejo espejo brillaba ante mí, y al mirarme en él oí un grito aterrador. En un instante, el cristal se hizo pedazos, desintegrándose en forma de puntiagudos fragmentos afilados.

Permanecí en silencio mientras el polvo se asentaba a mi alrededor, mirando fijamente los fragmentos de cristal astillado. Reflejaban partes aleatorias del desván y todo aquello que contenía: las vigas descubiertas del techo; la tapicería descolorida que cubría una silla; los pliegues de mi camisón.

Entonces vi un destello de movimiento en un trozo grande del espejo roto, e identifiqué un rostro. Era Katherine.

—Elizabeth —dijo—. ¿Qué ha pasado?

Me volví hacia la puerta, donde estaba Katherine. Parecía como si estuviera a punto de echar a correr de un momento a otro, deseosa de alejarse de mí.

—¿Has visto a la señorita Barton? —le pregunté.

—No. ¿Ha estado aquí?

Katherine se apartó un poco de la puerta. Sus anchos hombros dejaban entrever unas manchas cutáneas bajo los tirantes revirados de su camisón. Me resultaba tan repugnante e inútil como de costumbre, pero creí ver un rastro de algo parecido a la vida en sus ojos como no lo había visto desde que la señorita Barton nos dejó.

Cuando empecé a dirigirme a la puerta, Katherine retrocedió aún más.

—Registraré la casa —dijo.

Sabía que no iba a encontrar nada. La ignoré y volví a mi habitación. Cerré la puerta con llave y me puse frente al espejo. Me quité el camisón y lo dejé caer al suelo. Me incliné sobre la cómoda, retiré el pesado espejo del gancho de la pared y lo llevé cuidadosamente a la cama. Me tumbé a su lado, humedeciendo el cristal con las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas, y sentí su frialdad contra mi cuerpo.

—Frances —susurré.

Poco después, Katherine llamó a la puerta y dijo mi nombre. No le contesté esa noche ni al día siguiente. Al final, la oí decir:

—Elizabeth, ha venido a verte un médico.

Oí un metal raspando la cerradura de la puerta del dormitorio. Acerqué el espejo aún más a mi cuerpo.

27

El médico venía a verme casi todos los días. No encontraba ninguna razón para decirle nada. Se hacía llamar doctor Stafford y sonreía con frecuencia, dejando al descubierto sus dientes, notablemente grandes y sucios. Tenía las muñecas gruesas y peludas, y llevaba tres anillos. Creo que era un hombre infeliz.

Me recibió en lo que él llamaba mi sala de estar. Yo no recordaba cómo había llegado a esas habitaciones y las despreciaba. Pensaba con añoranza en la madera pulida y las alfombras con intrincados estampados de la casa de Coenties Slip. Creo que todo en mis nuevas habitaciones era de plástico o metal, y nada estaba decorado. Incluso la gente que venía a hacerme preguntas o a traerme comida vestía de un blanco liso o de verde pálido. No me permitían tener ningún espejo.

Una vez hablé con el doctor Stafford. Le conté lo que acabo de contarte. Me escuchó solemne y atentamente. No me miraba a mí, miraba la libreta de papel amarillo en la que anotaba cosas con una estilográfica verde que chirriaba ligeramente. No me sorprendió que no se creyera nada de lo que le decía. Creo que le pagaban para convencer a la gente de ser tan normal como él.

El médico estaba convencido de que me equivocaba respecto a lo que me sucedió después de la muerte de mis padres. Cuando venía

a verme me hablaba de lo que él llamaba «la verdad».

Aunque no hablaba con el doctor Stafford, solía pensar en todo lo que me había dicho durante las visitas. Solo se había preparado unos pocos discursos y los pronunciaba con una convicción apenas aparente.

Su voz sonaba sosegada, pero tensa, y mientras hablaba sostenía aquella vieja estilográfica verde, la rodeaba con los dedos y presionaba el capuchón con el pulgar. Siempre concluía asegurándome que en la familia todos me querían. Se suponía que yo debía creerme que James había cometido todos aquellos actos por mí; que asesinó primero a mis padres y luego a mi abuela para mantenerme a su lado. Al parecer, todos los implicados prefieren creer en algo ilegal que puede explicarse racionalmente, antes que creer en cualquier tipo de cosa sobrenatural. Prefieren tener un asesino en la familia antes que una bruja.

Supuestamente, el señor Hurlbut asegura haber visto a James, o bien ahogando a mis padres, o bien negándose a rescatarlos. Y el señor Cuttner ahora dice que vio a James sacar el cuerpo de la abuela de la casa esa noche y meterlo en el maletero de su coche. Los dos habían guardado silencio al principio porque querían proteger al hombre que cada uno de ellos consideraba su hijo. Se creía que James había enterrado a la abuela en Lake George cuando fue al día siguiente. Aunque no habían encontrado el cuerpo, seguían creyendo que eso era lo que había pasado. Admití que podían estar en lo cierto respecto a James y la abuela, pero no estaba del todo convencida.

El doctor Stafford hizo lo que se esperaba de él. Preparó una enrevesada explicación racional de lo ocurrido. La explicación me

resultó menos interesante que cualquier otra cosa que me había dicho. Parecía fascinado con el concepto de culpa. Pretendía hacerme creer que, como no quería a mis padres, había decidido castigarme aceptando la responsabilidad de su muerte, y que había imaginado a Frances y todo el asunto de la fuerza y los poderes como una forma de asumir esa responsabilidad.

El doctor no habló en ningún momento de los conceptos del Bien y del Mal, pero habría sido más convincente que lo hubiera hecho. Esperaba de mí exactamente aquello que los hombres ignorantes habían esperado siglos atrás: una confesión y una retractación.

Yo estaba convencida de que mi determinación acabaría colmando su paciencia. Y si no lo hacía, contaba con algo que él no había previsto. Iba a tener un hijo.

No estoy segura de lo que pensaba sobre ser madre. Al principio me consolaba pensar que los poderes que me habían sido arrebatados no se perderían, sino que pervivirían, de alguna forma, en mi hijo. Pero ese pensamiento no me tranquilizó por mucho tiempo. Supongo que la mayoría de los padres ven a sus hijos como una ofrenda que, de alguna manera, los absolverá de la responsabilidad por los errores cometidos. Eso no me bastaba. No tardé en darme cuenta de que sería intolerable ver a mi hijo aceptando unos poderes que yo ya no poseía.

Tenía que recuperarlos.

28

El doctor no tardó en descubrir que estaba embarazada. Y a partir de entonces no dejaba de sonreírme, pero yo seguí sin hablar con él.

Avisó inmediatamente a Katherine para que viniera a verme. Ella me había visitado en más de una ocasión desde que dejé la casa de Coenties Slip, pero su compañía me resultaba deprimente. Se sentaba con la mirada perdida en el suelo de plástico y solo rompía el silencio para hablar de la señorita Barton, quien, al parecer, llamaba de vez en cuando, pero no había dicho dónde vivía.

Me imaginé a la señorita Barton en una pensión, mirando al techo, tumbada sobre un colchón sucio, con el relicario entre sus flácidos pechos. Probablemente se estaría preguntando por qué su traición le había sabido a tan poco. Yo me preguntaba si se arrepentía de lo que me había hecho. Algún día lo haría, estaba segura. Lo sentiría muchísimo.

Se produjo un cambio en el comportamiento de Katherine durante esa última visita. Al principio, solo noté que hablaba más. Luego me fijé en que sonreía como aquel médico. Empecé a darme cuenta de lo valioso que podía resultar el embarazo. El médico y Katherine habían empezado a pensar en mí como en una mujer corriente, ahora que me encontraba en una situación en la que tarde o

temprano acaban las mujeres corrientes. Fue entonces cuando supe que mi salvación residía en aparentar normalidad.

Katherine y yo estábamos sentadas la una frente a la otra. Levanté la cabeza y le presté toda mi atención. Sonrió con entusiasmo y de forma estúpida. Me levanté y caminé hasta su silla. Le recogí la melena con las manos y apoyé su cabeza en mi barriga.

—¿Oyes los latidos del corazón de mi hija? —le pregunté.

La cabeza de Katherine temblaba contra mi cuerpo. Levantó los brazos y noté sus afiladas uñas clavándose en mis nalgas a través de la fina tela de mi bata y mi camisón.

—Oh, cariño —dijo—. Has vuelto.

—Sí —le dije a mi vez.

Las lágrimas de Katherine empaparon la parte delantera de mi bata.

Katherine empezó a visitarme dos veces al día, probablemente con la esperanza de volver a sentir mi vientre en su mejilla. Pero solo se llevó mis palabras.

Empecé a hablar con el médico. Era un hombre de lo más corriente, que creía en las cosas corrientes. Sin embargo, era extraordinariamente inseguro y consideraba a quienes no compartían sus sencillas creencias como «pacientes» a los que debía «tratar». Un paciente que aceptaba aquello en lo que su médico creía se consideraba «curado», lo cual iba a sucederme a mí muy pronto.

—Sí, doctor —decía yo—. Ahora veo que me engañaron. Debo olvidar el pasado. Debo aprender a querer.

Se sentía tremendamente agradecido cuando me escuchaba decir aquello. Se le llenaban los ojos de lágrimas.

Esperaba que me permitieran volver pronto a casa. Había demasiado llanto en aquel lugar.

29

—Tengo una sorpresa para ti, Elizabeth.

Katherine y yo nos habíamos detenido en la entrada de la casa de Coenties Slip. Caía una llovizna que suavizaba la capa oscurecida por el hollín de una nevada anterior.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Una grata sorpresa.

La puerta se abrió. El señor y la señora Taylor estaban de pie, entre las profundas y ricas sombras del vestíbulo. No había auténticas sombras en el lugar del que provenía, solo un leve tono gris para el color que pretendía pasar por sombra bajo el intenso fluorescente.

El señor Taylor dijo:

—Bienvenida a casa, señorita Elizabeth. —La expresión de su rostro y el de su mujer eran similares: una mezcla de curiosidad y terror.

Sonreí y pasé junto a ellos camino del espejo de cuerpo entero que colgaba en la puerta del armario del pasillo. Era agradable estar en casa.

Una voz, que no reconocí, dijo:

—Hola, Elizabeth.

Por encima de mi hombro, reflejado en el espejo, vi a Keith. Aunque su voz era más grave y firme que antes, su apariencia solo había cambiado ligeramente. Daba la impresión de que acababa de descubrir cosas horribles sobre sí mismo y quería contárselo a alguien.

—Hola, Keith —dije—. Tenemos que hablar pronto.

Katherine me cogió del brazo y me apartó del espejo.

—Tu sorpresa está en el estudio —dijo—. ¿Por qué no vas sola?

Caminé hacia el estudio. La puerta estaba cerrada y dudé un momento antes de abrirla. Me pregunté si la sorpresa sería tan de mi agrado como lo era, obviamente, para Katherine. Giré el pomo y dejé que la puerta se abriera.

La señorita Barton estaba en el centro de la estancia. Levantó el brazo derecho dirigiéndolo hacia mí y abrió la mano lentamente. En ella tenía el relicario que me había quitado.

—Quiero devolvértelo —dijo.

—¿Por qué?

—Estoy siendo infeliz.

—Siempre lo has sido.

—No siempre. —Me tendió el relicario—. ¿Lo aceptas? —me preguntó.

—Pónmelo.

Me quité el abrigo y le di la espalda frente al espejo en el que tantas veces había observado a Frances. La señorita Barton estaba detrás de mí, pero no se reflejaba en el espejo; noté su aliento cálido en la nuca, sus manos temblorosas. Al cerrar el broche, empezó a sollozar. Ignoré sus sollozos, pues había empezado a oír otra cosa, mucho más débil. Era un susurro:

—Conejita mía. Mi amor.

Poco a poco, la imagen de Frances comenzó a formarse en el espejo. Nunca había estado tan hermosa.

—No vuelvas a dejarme —le dije.

—No, querida, no lo haré. Ahora estamos a salvo.

Nos sonreímos durante un buen rato. Finalmente, Frances dijo:

—Volveré. Pero ahora tienes que hablar con ella.

Su imagen se desvaneció, y volví a ser consciente de los sollozos de la señorita Barton. Me volví, la llevé al sofá y nos sentamos juntas hasta que se calmó.

—Y ahora, ¿qué? —le pregunté.

—¿Puedo quedarme contigo? Podría cuidar de la pequeña.

—No tendría sentido a menos que aprobaras mi forma de vida. A menos que pudieras criarla como yo pretendo hacerlo.

—Tienes mi aprobación, Elizabeth. Y yo quiero la tuya. Quiero ser tu hermana, quiero ayudarte.

—Entonces ¿eso quiere decir que aceptarás tu legado?

—Ya lo he hecho.

—¿Crees que somos malvadas?

—No necesariamente. Simplemente tenemos poderes. James también los tenía. Los suyos eran naturales, físicos, y los nuestros podrían considerarse sobrenaturales. Pero ambos son poderes humanos que se utilizan con una intención humana. No somos ni más ni menos malvadas que cualquiera. Solo somos humanas.

Me fingí impresionada por lo que la señorita Barton acababa de decir. Ella podía pensar que nuestros poderes eran meramente humanos si quería, pero era estúpido hacerlo. Aunque se trataba de una estupidez que no suponía una amenaza.

Mientras pronunciaba su breve discurso, me pregunté por qué había vuelto. Quizá estaba enamorada de mí. Quizá pensaba que mi hija podría sustituir a la que ella nunca tendría. El caso era que sus razones no me importaban lo más mínimo. Quería que nuestra casa fuese una casa feliz, y ella podía ayudarme a conseguirlo.

30

Y ahora, cada noche, me acuesto y toco mi cuerpo cada vez más pesado, mientras tarareo la melodía que Frances me enseñó. La actividad de la casa se organiza a mi alrededor. O, más exactamente, se organiza en torno a la vida que está creciendo dentro de mí.

Y estoy preocupada. Porque creo que Frances es la única que advierte que la niña solo es un símbolo de todo el poder que hay en mí. Quizá, si no hubiera niña, entenderían mejor quién soy.

Tú me comprendes, ¿verdad? Estoy segura de que sí. Por eso te he contado mi historia. Te imagino sin apenas vello en los brazos y con los dientes pequeños y blancos. A veces, cuando vas sola en el coche, conduciendo junto al río al atardecer, miras el asiento trasero y piensas que allí podrías encontrarte a alguien completamente distinto de la gente que ves en la oficina o en la mesa cada noche.

Tú entiendes por qué me levanto torpemente de la cama, me acerco al espejo y digo:

—Frances. Una vez mataste a un niño, ¿verdad?

Y entiendes por qué Frances me sonríe.

ELIZABETH CUTTNER: RECUERDA ESE NOMBRE.

El redescubrimiento de un clásico de terror gótico estadounidense, protagonizado por una adolescente asesina y seductora, que está conquistando Europa.

«Un cuento tan maravilloso como siniestro. Leer *Elizabeth* es como permitir que se te meta el demonio dentro, y que te guste. Como un fantasma que se te mete en los huesos y te persigue hasta mucho después de leerlo. Qué cuento de terror tan especial».
Virginia Feito



A los catorce años, Elizabeth Cuttner no se hace ilusiones sobre el mundo ni sobre sí misma. Su mirada capta con precisión los detalles truculentos y las miserias más íntimas de sus allegados, lo que resulta ser una condena inapelable. Tras la muerte de sus padres, a la que tal vez ella no fuera del todo ajena, la familia paterna la acoge en su vieja mansión de Manhattan, rodeada de oscuros muelles, cobertizos abandonados y símbolos que se transfiguran en vestigios góticos reticentes al avance de los rascacielos. Ahí, en una atmósfera impregnada de erotismo, relaciones turbias y una inquietante violencia, esta descendiente de una generación de brujas se adentra poco a poco en el arte de lo sobrenatural gracias a las apariciones de Frances. Provista de un pequeño pero eficaz arsenal de espejos, gatos, sapos, serpientes y hechizos, un ambiguo encanto y una sabiduría ancestral, Elizabeth utilizará sin piedad sus poderes para avanzar a sangre fría hacia una afirmación de sí misma de la que nada ni nadie podrán escapar.

«Obra inquietante» (*The New York Times*), novela anómala y pionera, *Elizabeth* nos presenta a una heroína de una escalofriante

sensualidad, una Lolita gótica, cerebral y sarcástica, cuya prosa aguda y alucinada, aunque del todo racional, la hace asombrosamente verosímil.

La crítica ha dicho:

«Elizabeth no tiene compasión con aquello que la rodea, y la manera en que se relaciona con el mundo —y lo cuenta— tampoco. Cada línea es un algo despiadado, y a la vez, aterradoramente familiar».
Laura Fernández (prólogo a esta edición)

«Un torbellino de terror».
Library Journal

«Un elegante estudio de un mundo en el que el mal es total y triunfa por completo».
Sunday Times

«Elizabeth es un concentrado de crueldad, lucidez, conciencia de su capacidad para seducir y manipular a cualquiera. [...] Leer este libro es una aventura en la que todas las sorpresas que la protagonista tiene reservadas, tanto para los demás personajes como para los lectores, se van desvelando poco a poco hasta la última página. La prosa de Greenhall es limpia, nítida, y no necesita detalles truculentos para describir el horror».
Sarah Savioli, *La Repubblica* (*Robinson*)

«¿Bruja o Lolita? Definitivamente, malvada. [...] Una novela gótica del misterioso Ken Greenhall, con una protagonista asesina y seductora, que está conquistando las redes sociales. Un autor al que ha llegado la hora de redescubrir».
Benedetta Marietti, *Il Venerdì* (*La Repubblica*)

«Una novela sobrenatural, gótica y sensual, que construye una tensión escalofriante página a página narrada a sangre fría».
Cristina Taglietti, *7*

«Una Lolita gótica […] en una atmósfera impregnada de erotismo balthusiano, de relaciones abrasadoras y de una violencia insinuada, pero no por ello menos inquietante».
Gazzetta di Parma

«Una historia asfixiante y violenta que se mueve entre el erotismo y la magia negra, con una joven protagonista que interpreta el papel de una Lolita gótica 2.0».
Andrea-Frateff-Gianni, *Il Messaggero*

Ken Greenhall (Detroit, 1928-2014) trabajó como editor en Nueva York, primero en la Encyclopedia Americana y después en la New Columbia Encyclopedia. Tenía un gran interés por lo sobrenatural y pidió una excedencia para escribir su primera novela, *Elizabeth* (Lumen, 2025), que publicó en 1976 con el nombre de soltera de su madre, Jessica Hamilton, para evitar el posible escarnio público. A esta siguieron otras novelas como *Hell Hound* (1977), publicada internacionalmente como *Baxter* y adaptada al cine en Francia en 1989.



Titulo original: *Elizabeth. A Novel of the Unnatural*

Primera edición: Primera edición: enero de 2026

© 1976, Ken Greenhall
Primera edición en Valancourt, 2017
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA) y Valancourt Books
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Laura Fernández, por la traducción y el prólogo

Diseño de portada: Adaptación del diseño original de Valancourt. Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-264-3280-3

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Fue la propia Rhianna quien me contó que en una ocasión tuvo una conversación con su padre sobre videojuegos. A los dos les gustaban mucho. Pero el padre quería saber por qué le gustaban a ella. Y ella le dijo que le gustaban porque le permitían, ehm, «devolver el golpe». Cosa que en el colegio era complicado. Y en la vida. Ya saben. Todo dentro de una pantalla parece más sencillo porque lo es.

Índice

Elizabeth

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Sobre este libro
Sobre Ken Greenhall
Créditos
Nota